

# INTERPRETACIÓN, VERDAD Y ENCARNACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

P. Miguel Ángel Ferrando

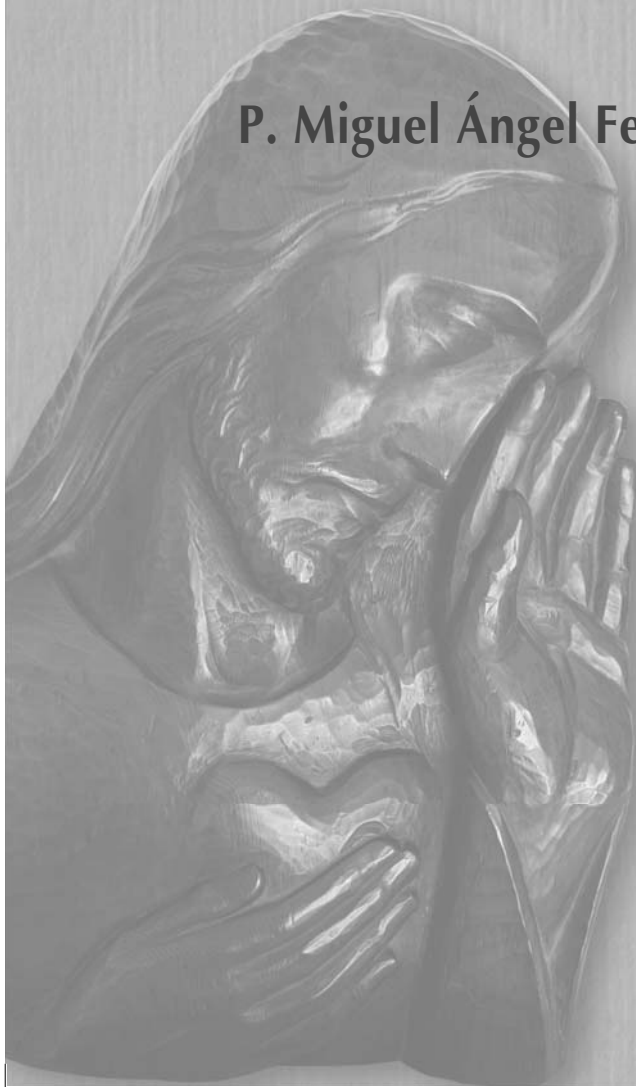
Serie Animación Bíblica de la Pastoral N° 10



Conferencia  
Episcopal  
CHILE  
AREA ECLESIAL

# INTERPRETACIÓN, VERDAD Y ENCARNACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

P. Miguel Ángel Ferrando



Conferencia  
Episcopal  
CHILE  
AREA ECLESIAL

**INTERPRETACIÓN, VERDAD  
Y ENCARNACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS  
P. Miguel Ángel Ferrando**

***Serie Animación Bíblica de la Pastoral Nº 10***

Junio de 2011

**CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE**

Área Eclesial

Comisión Nacional

de Animación Bíblica para la Pastoral

*Imagen Portada:*

*“Sagrado Corazón de Jesús”*

Peter Horn (1935) - Tallado en madera

*Fuente:*

*“Peter Horn (1908-1969), Escultor de Emociones”*

Autora: Gisela Kroneberg

Fotografías: Francisca Jurgensen

Santiago (Chile) 2009

*Diseño y Diagramación:*

María Eugenia Pino Q.

*Impresión:*

...

*Impreso en Chile - Printed in Chile*

# INDICE

|  |    |
|--|----|
| <b>PRESENTACIÓN</b> .....  | 5  |
| <b>1. EL EMPEÑO DE LA HERMENÉUTICA BÍBLICA</b> .....                       | 7  |
| 1.1. DE QUÉ SE TRATA .....   | 7  |
| 1.2. TERMINOLOGÍA .....  | 8  |
| 1.3. INTERPRETACIÓN Y COMUNICACIÓN .....                                   | 10 |
| <b>2. INSPIRACIÓN Y VERDAD</b> .....                                       | 14 |
| 2.1. DESDE EL s. II HASTA EL CONCILIO<br>VATICANO I (s. XIX) .....         | 14 |
| 2.2. LEÓN XIII Y PÍO XII .....   | 17 |
| 2.3. LOS GÉNEROS LITERARIOS .....  | 21 |
| <b>3. VERDAD Y HERMENÉUTICA</b> .....                                      | 28 |
| 3.1. EL CAPÍTULO III DE LA CONSTITUCIÓN<br><i>DEI VERBUM</i> .....         | 28 |
| 3.2. PRINCIPIOS TEOLÓGICOS DE INTERPRETACIÓN .....                         | 41 |
| 3.3. TRADICIÓN, ESCRITURA, MAGISTERIO .....                                | 52 |
| <b>4. EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN: CRISTO,<br/>IGLESIA, BIBLIA</b> ..... | 75 |
| 4.1. EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN.<br><i>Dei Verbum</i> 13 .....          | 75 |
| 4.2. LA ENCARNACIÓN DEL VERBO<br>COMO ANONADAMIENTO .....                  | 77 |
| 4.3. LA IGLESIA .....  | 80 |
| 4.4. LA BIBLIA, PALABRA DE DIOS<br>Y PALABRA HUMANA .....                  | 85 |
| 4.4. CONDESCENDENCIA DIVINA .....  | 88 |
| <b>5. DOCUMENTOS RECIENTES DEL MAGISTERIO</b> .....                        | 90 |
| 5.1. "LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA<br>EN LA IGLESIA" (1993) .....        | 90 |

|  |     |
|--|-----|
| <b>I. Métodos y acercamientos para la interpretación</b> .....   | 92  |
| <b>II. Cuestiones de hermenéutica</b> .....  | 94  |
| <b>III. Dimensiones características de la interpretación católica</b> .....                                | 95  |
| <b>IV. Interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia</b> .....                                      | 97  |
| 5.2. LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA <i>VERBUM DOMINI</i> , DE BENEDICTO XVI (30 de septiembre de 2010) .....    | 98  |
| <b>6. ACTUALIZAR LA SAGRADA ESCRITURA</b> .....  | 101 |
| 6. 1. UN DEBER PRIMORDIAL .....  | 101 |
| 6.2. ANTIGUO TESTAMENTO. ACTUALIZACIÓN DE LOS TEXTOS MÁS ANTIGUOS EN ESCRITOS INSPIRADOS POSTERIORES ..... | 103 |
| 6.3. ACTUALIZACIÓN DEL ANTIGUO TESTAMENTO POR AUTORES JUDÍOS NO INSPIRADOS .....                           | 108 |
| 6.4. EL ANTIGUO TESTAMENTO LEÍDO POR LOS AUTORES DEL NUEVO .....   | 111 |
| 6.5. LA TEOLOGÍA DEL NUEVO TESTAMENTO .....  | 118 |
| 6.6. LA ACTUALIZACIÓN DE LA BIBLIA EN CADA <i>HOY</i> DE LA HISTORIA .....                                 | 121 |

# PRESENTACIÓN



# 1. EL EMPEÑO DE LA HERMENÉUTICA BÍBLICA

## 1.1. DE QUÉ SE TRATA

En los jardines de la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, hay un sencillo monumento. Está ubicado en el mejor sitio, frente a la fachada de la gran sala de reuniones y cerca del East River. Una sola frase en el monumento, una cita del libro de Isaías (2, 4): «Forjarán de sus espadas azadones». Estas palabras fueron pronunciadas a mediados del s. VIII a. JC. ¿En quién pensaba el profeta cuando las dijo? ¿En la Jerusalén concreta, capital del reino de Judá, a la que prometía un futuro de paz tras un presente oscuro y doloroso? ¿En otra Jerusalén misteriosa y definitiva, entrevista allá lejos en el tiempo, en la que ya nunca habría guerras y los hombres trabajarían con gozo y tranquilidad, sin egoísmos ni rivalidades? Una cosa es bien cierta: el autor inspirado no pensó en una organización nacida para defender la paz conquistada sangrientamente con la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las palabras del profeta suenan hermosas grabadas sobre la piedra. Están en su sitio. Son la expresión más profunda y más concisa de la razón de existir de las Naciones Unidas: convertir los instrumentos de muerte en herramientas de trabajo, de bienestar, de progreso. Las han leído millares de delegados de todos los países del mundo. ¿Cuántos preguntaron quién era su autor? ¿Cuántos las han tomado de verdad como el programa de su acción política?

El pequeño monumento neoyorquino plantea con claridad los problemas fundamentales que asaltan al lector de la Biblia. ¿Qué significa realmente lo que estoy leyendo? ¿Cuándo fue escrito? ¿Por quién? ¿Para qué? ¿Cómo pueden hablarme hoy,



a mí, aquí, con tanta elocuencia estas viejas palabras? ¿Cómo seguirán hablando todavía siglos y siglos? ¿Con qué derecho las considero como dichas a mí? ¿Qué están exigiendo de mí? Dar respuesta a esas preguntas es el empeño de la hermenéutica bíblica, de la ciencia de la interpretación de la Escritura.

## 1.2. TERMINOLOGÍA

La palabra *hermenéutica* deriva del verbo griego *hermeneúein*, que significa siempre en el Nuevo Testamento «traducirse»: Kefas, “que se traduce” Pedro (Jn 1,42); Siloé, «que se traduce» el Enviado (Jn 9,7); Melquisedec, “que se traduce” Rey de Paz (Hb 7,2). Aparece cinco veces una forma compuesta, el verbo *diermeneúein*. La Vulgata traduce ambos verbos, el simple y el compuesto, con el mismo término latino, del que procede la palabra castellana *interpretar*. En realidad *interpretar* traduce más adecuadamente la forma compuesta del verbo que la simple, pero *interpretar* y *traducir* son a veces casi sinónimos: se llama *intérprete* al que traduce la palabra hablada, y traductor al que interpreta la palabra escrita. Los ejemplos bíblicos son bastante claros: Jesús *interpretó* lo que la Escritura decía sobre él a un par de discípulos atribulados que se dirigían a Emaús (Lc 24,27). San Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto, insiste en que el don de la glosolalia es muy poco útil para la comunidad si no hay quien *interprete* lo que dice quien habla lenguas (1Co 12,30; 14,5 y 27). Hacer hermenéutica de un texto es, pues, traducirlo a un lenguaje más claro y comprensible. Es explicar lo que realmente significa y comentarlo. Hermenéutica es a la vez traducción e interpretación. Cosa curiosa: aunque el sustantivo procede de un verbo griego, no existe en castellano ningún verbo con esta raíz. *Hacer hermenéutica* es *interpretar* o *comentar*. Se puede interpretar o comentar cualquier texto, inspirado o no. Para entender muchas páginas de libros antiguos es indispensable un trabajo de traducción, de

interpretación y de comentario, sin el cual el sentido del texto escaparía a la mayor parte de los lectores. Las técnicas lingüísticas para interpretar la Biblia son las mismas que las que se emplean con cualquier otro libro. La costumbre ha ido reservando el uso de la palabra *hermenéutica* a la interpretación de la Biblia, quizá porque esta interpretación tiene, además de las reglas comunes, otras de índole teológica que le son peculiares. Hermenéutica e interpretación de la Biblia son, pues, términos prácticamente sinónimos o al menos se usan como tales. Se aplica de preferencia cuando se trata de una explicación global de un pasaje bíblico relativamente extenso que forma una unidad literaria. “Hermenéutica bíblica” equivale a “interpretación de la Biblia”.

Existe otro tecnicismo, *exégesis*, que también procede de un verbo griego, *exégeisthai*. Este verbo aparece en un versículo muy importante, Jn 1,18: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo *ha dado a conocer*” (*exegésato*. Traducción de la *Biblia de América*). ¿Cómo traducir este verbo al castellano de una manera que satisfaga plenamente? *Exegésato* puede significar tanto *dar a conocer* como *interpretar* o *explicar*. El Logos eterno, que ha comenzado a existir en calidad de “carne” en un momento de la historia es, en cuanto Hijo unigénito que existe en el seno del Padre, el único capaz de revelar, de explicar cómo es el Dios a quien jamás ha visto nadie. Jesús es el exegeta del Padre (Hans Urs von Baltasar). También aquí se da el caso de que el verbo griego se ha castellanizado dando origen a un sustantivo, no a un verbo. *Exégesis* ha venido a significar algo así como el análisis minucioso de un texto bíblico con el fin de precisar bien lo que significa cada palabra, una a una y en el contexto de la frase donde se encuentra.

### 1.3. INTERPRETACIÓN Y COMUNICACIÓN

La hermenéutica bíblica se ha convertido en una ciencia difícil. Durante la primera mitad del s. XX se percibió con mayor claridad que nunca el lado humano de la Sagrada Escritura. El enorme desarrollo de los estudios arqueológicos, históricos, y lingüísticos llevó inexorablemente a leer la Biblia con ojos nuevos. Para entender cada vez mejor los libros sagrados hubo que aprender lenguas que nadie hablaba hace siglos, conocer la historia antigua del Medio Oriente, hacer excavaciones, dominar las técnicas del análisis literario en general, saber teología. El intérprete se encuentra hoy ante una avalancha de ciencias auxiliares, cada una de las cuales reclama una especialización que sólo se logra con un trabajo largo e intenso. ¿Qué hacer? Se trata, en el fondo, de un caso particular dentro de la vasta y compleja problemática planteada por la comunicación humana. El hombre percibe y siente de modo personal la realidad que lo rodea y trata de comunicarse con los demás expresando sus vivencias con una serie de símbolos tales como el lenguaje, la pintura, la danza, la música. La música es un buen ejemplo.

Una tempestad es un fenómeno atmosférico. Es un *hecho*. El hecho ha sido observado alguna vez por un músico, sea Vivaldi, Haydn o Beethoven, y por un meteorólogo. Todos vieron algo parecido, pero cada uno de ellos tuvo una *vivencia* distinta frente al fenómeno. Los músicos optaron por *expresar* sus vivencias mediante la música. Ellos intentaron expresar sus emociones ante los demás escribiendo un tiempo de un concierto o de una sinfonía: el concierto *El verano*, la sinfonía *El mediodía*, la sinfonía *Pastoral*. La expresión de sus vivencias exigió, además, que el compositor dominara una *técnica* depurada. He aquí por fin la partitura, que es el resultado de la existencia de un *hecho*, de una *vivencia* suscitada por él y de una *técnica* capaz de expresar esta vivencia.

Ahora bien, nadie escuchará melodía alguna acercando la partitura a la oreja. Para escuchar lo que el compositor ha querido expresar se necesita una orquesta, es decir, un conjunto de personas capaces de *interpretar* las notas inmóviles en el pentagrama y convertirlas en la belleza de una melodía. El oyente puede comprender, entonces, lo que el compositor quiso expresar, su admiración, su temor, su alegría cuando ha pasado la tormenta. La melodía tendrá consecuencias que el compositor ignorará siempre. El oyente puede quedarse indiferente cuando le explican lo que significa el aporte de cada instrumento, los violines, el repiqueteo de la lluvia en el suelo; los timbales, los truenos y el resto de la orquesta, las ráfagas del viento norte. Sin saber tantos detalles, el oyente puede tener una nueva *vivencia* estética e incluso llegar a sentirse en su butaca envuelto en una tormenta. La orquesta puede ser mejor o peor, pero siempre será imprescindible o, en su defecto, un reproductor mecánico de una buena grabación. En la interpretación incidirá también la sensibilidad del intérprete para sintonizar con lo que sintió el compositor.

Puede establecerse una correlación de este proceso con el de la formación y lectura de la Biblia. La Biblia es la expresión escrita de las experiencias que de Dios ha tenido el pueblo judío a lo largo de su historia, que va desde sus orígenes más remotos hasta el s. I a.C. aproximadamente, así como de las experiencias que las comunidades cristianas del s. I d.C. han tenido de la presencia en ellas de Jesús resucitado.

- Los *hechos* son la llegada al país de los cananeos de un grupo de semitas huidos de Egipto durante el s. XIII a.C., el destierro en Babilonia, en s. VI a.C. o la crucifixión de Jesús de Nazaret en Jerusalén hacia el año 30 d.C. bajo el poder de Poncio Pilato.

- Estos hechos han provocado unas *vivencias*, marcadas por la fe de quienes las han experimentado. La vivencia común a todas ellas es la de la existencia de un Dios, el cual dirige los acontecimientos que marcan la vida de un pueblo. Mediante estos acontecimientos Dios se revela como el creador, como el salvador, como el Padre que quiere la vida del pueblo judío y la de todos los demás pueblos del mundo. De la historia del pueblo judío dice el concilio Vaticano II: “De este modo Israel fue experimentando la manera de obrar Dios con los hombres” (DV 14).
- Judíos y cristianos sintieron la necesidad de compartir estas vivencias. Para recordarlas y comunicarlas, los autores de la Biblia recurrieron a una *técnica*, la escritura. Se expresaron empleando los idiomas que ellos hablaban, el hebreo y el griego, y las formas literarias comunes en su época.

La Biblia no es, pues, un tratado de filosofía ni de teología. Es un libro vivo, en el que hay relatos históricos no siempre edificantes, leyes, cantos de amor y gritos de dolor, narraciones novelescas, reflexiones inquietantes, aforismos llenos de sentido común, amenazas y promesas.

Éste es el proceso de ida para lograr la comunicación. Falta el proceso de vuelta, es decir, hay que leer los libros que estos autores escribieron y entender así lo que ellos querían comunicar a sus lectores. Este segundo proceso tiene también varias etapas:

- En el s. XXI la mayor parte de los eventuales lectores de la Biblia no sabe hebreo ni griego. Los lectores necesitan que conocedores de esos idiomas y del suyo propio *traduzcan* la Biblia a los idiomas hoy hablados. Para hacerlo, los traductores necesitan una *técnica* mejor o peor, nunca perfecta. En las traducciones de la Biblia se encuentran

muchos nombres, leyes y situaciones que necesitan, además, una aclaración. Unas buenas explicaciones situarán a cada uno de sus libros en su contexto geográfico e histórico y harán que el texto se convierta en algo comprensible, interesante, aleccionador, capaz de producir en el lector nuevas *vivencias*. Los traductores son la orquesta que *interpreta* una partitura.

- Para hacer bien este trabajo no es absolutamente necesario el ser creyente. Ahora bien, una exégesis puramente racionalista excluirá de antemano hasta la posibilidad de que un texto merezca ser tenido como “palabra de Dios”. Él exegeta racionalista llegará como máximo a la conclusión de que los autores de la Biblia fueron hombres de una fe inquebrantable en las intervenciones de Dios en la historia. La exégesis radicalmente racionalista se parece al músico que interpreta con buena técnica una partitura sin sentir nada de lo que sintió el compositor.
- Como un músico realmente bueno, quien interpreta un texto inspirado tiene que estar él mismo inspirado. El buen intérprete de la Biblia es fiel al texto en la medida en que se siente iluminado e interpelado por él.

La exégesis y la hermenéutica parecen ser, pues, disciplinas difíciles, cuyo dominio está reservado a unos pocos especialistas. Pero, entonces el hombre de buena voluntad y el sacerdote entregado a la pastoral ¿tienen cerrado el acceso a una lectura científica de la Biblia, que sea al mismo tiempo espiritualmente provechosa? ¿El especialista queda encarcelado en los estrechos límites de su especialidad? La Biblia no tiene como fin primordial el desenterrar culturas olvidadas. La Biblia es una palabra que Dios dirige día a día a cada hombre, sea cual sea su cultura. Cada lectura de la Biblia es una llamada para establecer un diálogo con Dios. ¿Cómo es posible este diálogo?

## 2. INSPIRACIÓN Y VERDAD

El tema de la interpretación de la Sagrada Escritura está ligado al de la *inspiración* de sus autores y del texto mismo. Más en concreto está ligado al tema la *verdad* de la Biblia, término que sustituye al de *inerrancia* en concilio Vaticano II. Los autores de la Biblia escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo. De ello se desprenden algunos efectos que afectan a su obra. El primero es la “verdad” de la Escritura. La Biblia es palabra de Dios; luego, el error en ella es impensable. Pero, en realidad la Biblia contiene inexactitudes históricas y equivocadas teorías científicas ¿Cómo se explica que en un libro inspirado por Dios contenga “errores”?

### 2.1. DESDE EL s. II HASTA EL CONCILIO VATICANO I (s. XIX)

#### **Tranquila posesión de una certeza (ss. I-XVI)**

En términos generales se puede decir que durante dieciséis siglos ningún creyente dudó de que la Escritura estuviera exenta de error. El hereje Marción (s. II) negará que sea inspirado el Antiguo Testamento y algunos libros del Nuevo, pero no la veracidad de los que todavía reconoce como palabra de Dios. Los ataques del filósofo Celso (s. II) y del emperador Juliano el Apóstata (s. IV) apuntan contra la inspiración de la Biblia. Es interesante notar que la niegan porque en las páginas sagradas encuentran cosas contradictorias entre sí o que repugnan a la razón humana. Estos ataques no conmovieron la fe en los cristianos.

A fines del s. IV san Agustín reconoce que no ve todo claro en la Biblia. Para resolver el problema, el obispo de Hipona será el primero de los Padres latinos en sentar dos principios valederos siempre para interpretar la Biblia o cualquier otro libro: es necesario tener delante un buen texto (crítica textual) y entender lo que está escrito, es decir, lo que el autor quiere expresar con sus palabras (hermenéutica). Escribe así a San Jerónimo:

“Confieso a tu caridad que sólo a aquellos libros de las Escrituras que llaman canónicos he aprendido a ofrendar esa reverencia y acatamiento, hasta el punto de creer con absoluta certidumbre que ninguno de sus autores se equivocó al escribir. Si algo me ofende en tales escritos, porque me parece contrario a la verdad, no dudo en afirmar o que el códice tiene errata, o que el traductor no ha comprendido lo que estaba escrito, o que yo no lo entiendo” (Carta 82, 1, 3).

En el s. XIII santo Tomás de Aquino sienta un principio hermenéutico que sigue vigente. Un texto bíblico puede tener “sentidos”: literal, alegórico y moral, pero el sentido literal es el más importante (*Summa theologiae* I,1.9 y 10). En el «cuerpo» del artículo 10 dirá: «Pertenece al sentido histórico o literal la primera acepción en que se toma una palabra, que es la de significar alguna cosa». En el mismo artículo, respondiendo a la tercera objeción, señala Santo Tomás que el sentido metafórico pertenece al sentido literal; es decir, cuando en la Biblia se leen expresiones como «el brazo de Dios» no hay que pensar que Dios tenga brazos: es una metáfora que habla de la fuerza de Dios. Y termina: «Es patente que el sentido literal de la Sagrada Escritura nunca puede ser falso».



## **El problema del canon y el concilio de Trento (s. XVI)**

El primer problema, históricamente hablando no fue el de la inspiración de los libros sagrados, sino el del canon, es decir, de saber cuáles son los libros inspirados. Lutero y en general todos los reformadores del s. XVI creían, como los católicos, que Dios ha inspirado unos libros ¿Pero cuáles libros? En la refriega por el tema de las indulgencias, Lutero negó la inspiración de los libros que los católicos llaman deuterocanónicos, es decir, admitidos tardíamente como inspirados, porque él veía afirmada en alguno de ellos la existencia del purgatorio, que él negaba. Los Padres sinodales del concilio de Trento respondieron a Lutero dando la lista definitiva, para los católicos, de los libros inspirados. El concilio habló marginalmente de la inspiración, porque ni católicos ni protestantes la ponían en duda.

## **El caso Galileo (ss. XVI-XVII)**

Los teólogos que condenaron las teorías del gran astrónomo habían tomado al pie de la letra las afirmaciones de Santo Tomás, sin entenderlas. El sentido literal era para ellos el que tienen las palabras tal como suenan, sin imaginar que junto a la metáfora puede haber otras formas de pensamiento y expresión que no coinciden con las del europeo del s. XVI. Galileo decía, en nombre de la ciencia, que la tierra gira en torno al sol. Los teólogos leían en la Biblia que la tierra está fija y son los astros quienes giran en torno a ella. Como el sentido literal no puede ser falso, Galileo estaba en el error; más aún, era un hereje que negaba una verdad revelada.

Galileo adelantó en su defensa un argumento impecable: es verdad que no puede haber oposición entre el dato revelado y el dato científico. Pero si la ciencia parece oponerse a lo que dice la Sagrada Escritura ¿no cabrá sospechar que la Escritura ha sido mal interpretada? Su argumento fue inútil. El sabio fue

condenado y sus obras quedaron hasta mediado el s. XIX en la lista oficial de libros cuya lectura estaba prohibida a los católicos, de no mediar una autorización especial. Los teólogos que lo condenaron ni sabían astronomía ni sabían interpretar la Biblia.

### **El concilio Vaticano I (1870)**

En los siglos siguientes, sobre todo el XVIII y XIX, comenzó a ser negado el que Dios haya inspirado libro alguno. Son los siglos del racionalismo y la Ilustración. El concilio Vaticano I saldrá al paso de estas doctrinas, recogerá la doctrina de Trento y subrayará que todos los de la Biblia, incluidos en el canon, son libros inspirados y añade, además, que “contienen la revelación sin error”. El concilio lo afirma diciendo:

“Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, íntegros, con todas sus partes, como se describen en el decreto del mismo concilio [Tridentino] y se contienen en la antigua versión latina Vulgata, deben ser recibidos por sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque, habiendo sido escritos por la sola industria humana, hayan sido después aprobados por su autoridad, ni sólo porque contengan la revelación sin error, sino porque, habiendo sido escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor”.

## 2.2. LEÓN XIII Y PÍO XII

### **León XIII. La “cuestión bíblica”**

El final del s. XIX y principios del XX es el momento de la crisis modernista. El problema de la inerrancia estalló con caracteres dramáticos a fines del s. XIX, cuando los teólogos franceses

aprendieron alemán y se enteraron del enorme trabajo crítico que los protestantes habían ido haciendo a lo largo del siglo que terminaba. Se habían descubierto las culturas egipcia y babilónica. Milenios de historia pasaron a ser conocidos por el hombre occidental. La creación no pudo ser hecha en 6 días hace menos de 6.000 años, como resulta de los cálculos hechos sobre la longevidad de los patriarcas. El evolucionismo de Darwin parecía también incompatible con los relatos bíblicos de la creación. Aparecieron claras las divergencias entre los datos ciertos de la historia y de las ciencias naturales por un lado y los datos bíblicos por otro. No podían negarse ya ni las dificultades ni la inutilidad de las excomuniones.

Respecto del tema de la existencia de error en los libros inspirados, es importante un artículo escrito por el rector del Instituto Católico de París, Monseñor d'Hulst, en enero de 1893. D'Hulst acuñó la expresión «cuestión bíblica» y apuntó algunas soluciones. Entre los exegetas católicos, dice, hay un «ala izquierda», una «escuela amplia», que se inclina a restringir la inspiración sólo a aquellas verdades que se refieren a asuntos de fe y de costumbres. El artículo causó mucho revuelo. Monseñor d'Hulst tuvo una audiencia con León XIII en abril del mismo año, y éste le aseguró que no se le condenaría nominalmente, aunque las doctrinas del «ala izquierda» fueran desaprobadas. En noviembre del mismo año 1893 León XIII publicaba la primera gran encíclica de la era moderna sobre la Biblia, la *Providentissimus Deus* (1893).

El problema de la inerrancia estaba planteado con toda crudeza y parecía que la única manera de resolverlo era negar la inspiración de algunos pasajes de la Biblia. La mayor parte de los intentos para resolver el problema de la inerrancia, aunque diversos entre sí, traducen la misma mentalidad, parten de los mismos principios y pretenden el mismo fin: explicar cómo la Biblia no contiene errores ni puede contenerlos. A los ataques

y negaciones contra la inerrancia, hechos en nombre de la razón y de la ciencia, se opone una defensa que quiere ser perfectamente racional y demostrativa. Pero en ese terreno, cuando se prescindie de lo que es específicamente cristiano, la acción sobrenatural o inspiración, la batalla está de antemano perdida. Lo está doblemente cuando se aceptan como verdades inconclusas lo que dicen los científicos y no se les ocurre pensar que tal vez los teólogos están interpretando mal la Biblia. No ha llegado todavía la época del saludable escepticismo que engendrará la crisis de la física clásica o el estudio serio de la historia, la antropología y la sociología.

Partiendo, pues, de una actitud racionalista sólo quedaban abiertos dos caminos al apologista. El primero era el de tratar de mostrar que los datos bíblicos, forzándolos un poco, encajaban bien con los datos de la ciencia. Es el camino del *concordismo*. El segundo trataba de arreglárselas para sustraer del influjo de la inspiración a aquellos pasajes que planteaban problemas demasiado arduos, porque claramente contenían “errores”. El problema se complicaba porque se afirmaba que toda la Biblia había sido escrita por inspiración de Dios, pero no estaba claro el concepto mismo de inspiración.

Los Papas León XIII y sus sucesores inmediatos cumplieron una ingrata pero necesaria misión en este terreno. Tenían muy claro que toda la Sagrada Escritura es inspirada y rechazaron cualquier intento de restringir la inspiración sólo a algunas de sus partes, pero callaron a la hora de ofrecer soluciones. León XIII es tajante al afirmar que la Biblia está inspirada por Dios en todas y cada una de sus partes y que no contiene error alguno. Él añade, además, una definición de “inspiración” que el concilio Vaticano II recogerá, haciéndole pequeños retoques. Dice el Papa en la *Providentissimus*, 45 y 46:

(45) “En efecto, los libros que la Iglesia ha recibido como sagrados y canónicos, todos e íntegramente, en todas sus partes, han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo; y está tan lejos de la divina inspiración el admitir error, que ella por sí misma no solamente lo excluye en absoluto, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad con que es necesario que Dios, Verdad suma, no sea autor de ningún error”.

(46) “Por lo cual nada importa que el Espíritu Santo se haya servido de hombres como de instrumentos para escribir, como si a estos escritores inspirados, ya que no al autor principal, se les pudiera haber deslizado algún error. Porque Él de tal manera los excitó y movió con su influjo sobrenatural para que escribieran, de tal manera los asistió mientras escribían, que ellos concibieran rectamente todo y sólo lo que Él quería, y lo quisieran fielmente escribir, y lo expresaran aptamente con verdad infalible. De otra manera, Él no sería el autor de toda la Sagrada Escritura”.

Entre discusiones y condenas va abriéndose paso entre los estudiosos una nueva explicación de la “inerrancia”, mirada al principio con desconfianza, admitida luego por la mayoría de los biblistas: la teoría de los «géneros literarios».

## **Pío XII**

Poco a poco y acabada la primera guerra mundial de 1914-1918, va renaciendo la calma. A partir de 1930, apenas sin decirlo, el método de los “géneros literarios” es ya popular entre los exegetas católicos para resolver el problema de los llamados «errores» de la Biblia. En 1943 Pío XII tendrá el acierto de emplear en su gran encíclica *Divino afflante Spiritu* el término “géneros literarios”, término nacido en campo protestante, y de recomendar calurosamente el uso de ese método:

“Es absolutamente necesario que el intérprete se traslade mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, para que... discerna y vea con distinción qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella edad vetusta” (DB 643).

### 2.3. LOS GÉNEROS LITERARIOS

#### **Qué son los géneros literarios**

La determinación del *género literario* al que pertenece un escrito cualquiera es sólo una parte del “*método histórico crítico*”. El método histórico crítico es un camino con tres etapas: la crítica textual, la crítica literaria y la crítica histórica. “Crítica” significa aquí “discernimiento”.

- La *crítica textual* pretende llegar a establecer un texto lo más semejante posible al que salió de las manos de su autor, cuando se trata de obras antiguas que han llegado hasta ahora en manuscritos y traducciones antiguas. De la Biblia no existe libro alguno del que haya llegado el autógrafo. Las copias manuscritas en hebreo y en griego son centenares y van desde el s. I d.C aproximadamente (los manuscritos del Qumrán) hasta el s. XV, en que Johannes Gutenberg inventó la imprenta. Los manuscritos del Nuevo Testamento más valiosos son los pergaminos de los siglos II-IV y los códices de los siglos V-VI. Lógicamente existen variantes entre un manuscrito y otro. En este océano de variantes los críticos textuales tratan de reconstruir el texto original según reglas técnicas precisas. Las ediciones críticas en hebreo o en griego, junto al texto admitido como más seguro, incluyen notas que remiten a los manuscritos que apoyan esa “lectura” del texto y a otros manuscritos, que traen lecturas distintas. Entre las

traducciones al castellano, sólo la Biblia de Jerusalén incluye algunas notas “críticas”, especialmente en el libro de *Isaías*. Fuera de *Is* cf. por ejemplo las notas a Gn 47,21 y Co 2,2. Ni judíos ni cristianos han definido cual es el texto original de la Sagrada Escritura.

- La *crítica literaria* investiga quién es el autor o los autores de los libros, su unidad, sus fuentes, sus géneros literarios. Tampoco existen definiciones al respecto.
- La *crítica histórica* investiga especialmente si lo que dicen los libros históricos de la Biblia coincide con los hechos, tal como éstos son conocidos por la ciencia histórica. ¿Cómo y en qué coinciden el relato del éxodo y los resultados de las investigaciones actuales sobre el antiguo Egipto? David Federico Strauss, un hegeliano del ala izquierda, afirmaba en su *Vida de Jesús*, publicada entre 1835 y 1837, que el relato de las tentaciones de Cristo en el desierto, según Mt 4,1-11 y Lc 4,1-13, era sólo un “mito” inventado por los evangelistas para enseñar a los lectores que el poder romano venía del diablo. ¿Qué dice sobre el particular la *crítica histórica*?

Los *géneros literarios* no son otra cosa que las categorías literarias generales de que se sirven los autores para expresar su pensamiento. Un escrito es necesariamente un drama, una novela, un poema, una carta. Hacía ya muchos siglos que las preceptivas literarias de los alejandrinos hablaban de género épico, lírico y dramático. Y todos los hombres cultos sabían desde siempre que determinadas ideas o estados de ánimo se expresan mejor en forma de poema que de ensayo filosófico.

Un caso típico es el de la novela histórica, por ejemplo *El adiós al Séptimo de Línea*, de Jorge Inostroza. Aunque la publicó en 1955, el novelista centra la acción en la guerra del Pacífico y trata de reconstruir el ambiente que reinaba en Chile a fines

del s. XIX. En el relato asoman personajes ficticios y personajes reales. Es tal la consistencia de muchos de los primeros, que un lector ignorante de la verdadera historia no alcanzará a distinguirlos de los segundos. El autor no engaña al lector. Éste sabe de antemano que no va a encontrar una historia científica y ello condiciona el grado de adhesión que dará a las afirmaciones hechas por el novelista. Imagínese que dentro de 5000 años, después de muchos incendios y terremotos, como fuente única para conocer la realidad que fue la llamada guerra del Pacífico entre Chile y Perú en 1879 sólo queda un ejemplar de la novela de Inostroza. Es un libro viejo y amarillo al que faltan las primeras y las últimas páginas. ¿Cómo sabrá el historiador del s. LXX que se trata de una novela y no de una historia estrictamente dicha? Cometería una gran equivocación tanto si creyera al pie de la letra todo lo que lee como si no creyera nada de ello.

Pues bien, un libro bíblico es una obra literaria como otra cualquiera. Entonces cabe preguntarse: ¿qué ha querido escribir su autor: un tratado de teología de la historia o una historia propiamente dicha? ¿La narración de algo real o un cuento edificante? La primera obligación del intérprete será averiguar la clave en que ha sido redactado el documento que tiene a la vista. Si el libro de *Jonás*, con su gran pez y sus exageraciones, se toma como una historia real, resulta increíble del todo. Si se lo toma como un cuento admirablemente narrado, que juega con la figura de un casi desconocido profeta del s. VII a.C para enseñar cómo Dios es misericordioso y quiere la salvación hasta de los peores enemigos del pueblo judío, *Jonás* aparece en su brevedad como uno de los libros más bellos y profundos del Antiguo Testamento. La parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) cuenta una anécdota inventada por Jesús. Nadie, sin embargo, le llama embustero por haberla contado y todos admiran la profundidad del relato.



El problema radica en que los hagiógrafos no dicen qué registro han sacado. Para averiguarlo hay que remontarse como se pueda a tiempos lejanos y descubrir, comparando diversos escritos, cómo se expresaban los hombres de aquellas épocas remotas. El principio de los géneros literarios es hoy universalmente admitido. Las discrepancias comienzan cuando se trata de determinar si un texto pertenece a éste género o al otro.

### **Un poco de historia**

La expresión y el método son de cuño protestante. Gunkel, que no creía en la inspiración de los hagiógrafos, puso este método en circulación en 1902, al publicar un estudio sobre el *Génesis*. En la Biblia, dice, hay muchas pequeñas unidades literarias, que él llama «formas». Cada “forma” pertenece a un género literario: es una narración histórica, una leyenda, una sentencia moral, una exclamación lírica, un precepto legal. Estas formas nacen en unas situaciones concretas de ambiente y de tiempo (el *Sitz im Leben*). El intérprete, para saber lo que el texto definitivo dice de veras, ha de descubrir esas formas primarias y trazar en lo posible su historia, desde su nacimiento hasta su incorporación definitiva a un conjunto más amplio. Gunkel sacaba la conclusión de que el *Gn* daba a conocer lo que el recopilador de antiguas leyendas, que en el s. V a.C. puso el *Gn* por escrito, pensaba en ese momento de los orígenes de la humanidad y del pueblo judío. Decía lo que creía verdadero, pero en realidad no sabía lo que había sucedido.

La oposición a la aplicación de los géneros literarios al estudio de la Biblia se agudizó durante el pontificado de S. Pío X. El método tentó al P. Hummelauer, un jesuita alemán que en 1904 lo usó con poca fortuna. Un decreto de la Pontificia Comisión Bíblica, junio de 1905, sobre las narraciones bíblicas sólo en apariencia históricas, pone en guardia frente al principio y

exige argumentos más sólidos para su aplicación, pero no lo condena (DB 168). Durante el pontificado de Benedicto XV (1914-1922) el “modernismo” dejó de ser una obsesión, pero continuó el recelo ante los estudios bíblicos. En la encíclica *Spiritus Paraclitus* (1920) el Papa escribió con una mezcla de cautela y de energía:

“Y no faltan a la Escritura Santa detractores de otro género; hablamos de aquellos que abusan de algunos principios, ciertamente rectos si se mantuvieran en sus justos límites, hasta el extremo de socavar los fundamentos de la verdad de la Biblia y destruir la doctrina católica comúnmente enseñada por los Padres... [Algunos] pretenden que en las Sagradas Letras se encuentran determinados géneros literarios, con los cuales no pueden compaginarse la íntegra y perfecta verdad de la palabra divina, o sostienen tales opiniones sobre el origen de los Libros Sagrados, que comprometen y en absoluto destruyen su autoridad” (DB 510).

La hostilidad contra los géneros literarios tiene una explicación. Los estudios de historia y de arqueología habían hecho imposible a las personas medianamente cultas el creer que la creación del mundo y el origen de la humanidad fueron tal y como los relatan los once primeros capítulos del *Génesis*. Sin embargo había quienes seguían creyendo que no había otra lectura posible de estos capítulos que la estrictamente literal. Hablar de géneros literarios era para ellos la aceptación de que los autores inspirados se habían equivocado, lo cual no era posible.

Desde 1930 de hecho, y discretamente la mayoría de los exegetas, estaba ya de acuerdo en que los autores de la Biblia se expresaban con géneros literarios que eran comunes en su época, pero que ya no son familiares al hombre moderno. Es

de notar que los exegetas de estos años pensaban, al parecer, que el método histórico crítico era válido para el estudio del Antiguo Testamento, pero que no era relevante para el estudio del Nuevo, que planteaba menos problemas.

Pío XII (1939-1958) salió en defensa de la búsqueda de los géneros literarios en los que se han expresados los autores sagrados. En la encíclica *Divino afflante Spiritu* (1943) escribió el Papa:

“El exegeta católico, a fin de satisfacer las necesidades actuales de la ciencia bíblica, al exponer la Sagrada Escritura y mostrarla y probarla inmune de todo error, válgase también prudentemente de este medio, indagando qué es lo que la forma de decir o género literario empleado por el hagiógrafo contribuye para la verdadera y genuina interpretación, y se persuade que esta parte de su oficio no puede descuidarse sin gran detrimento de la exégesis católica” (DB 645).

Las palabras del Papa no fueron bien escuchadas, en vista de lo cual él aprobó expresamente una carta que la Pontificia Comisión Bíblica envió al cardenal Suhard, arzobispo de París, el 16 de enero de 1948. La carta era “sobre la fecha de las fuentes del Pentateuco y sobre el género literario de los once primeros capítulos del Génesis”. A ella pertenece al párrafo siguiente:

“No se puede afirmar ni negar en bloque la historicidad de todos aquellos capítulos, aplicándoles indebidamente las normas de un género literario bajo el cual no pueden ser calificados... Con declarar *a priori* que estos relatos no contienen historia en el sentido moderno de la palabra, se dejaría fácilmente entender que en ningún modo la contienen, mientras que de hecho refieren en un lenguaje

simple y figurado, acomodado a la inteligencia de una humanidad menos avanzada las verdades fundamentales propuestas por la economía de la salvación, al mismo tiempo que la descripción popular de los orígenes del género humano y del pueblo elegido. Entre tanto hay que practicar la paciencia, que es prudencia y sabiduría de la vida" (DB 667).

### 3. VERDAD Y HERMENÉUTICA

#### 3.1. EL CAPÍTULO III DE LA CONSTITUCIÓN *DEI VERBUM*

Si Pío XII fue el primer Papa en elogiar el uso de los géneros literarios para resolver el problema de la inerrancia, el concilio Vaticano II consagró su aplicación en la hermenéutica bíblica como herramienta para entender lo que el autor inspirado quiso decir. La mejor defensa de la Biblia es entenderla.

El capítulo III de la constitución *Dei Verbum* (1965) se titula “*inspiración divina e interpretación de la Sagrada Escritura*”. Tiene tres números: el nº 11 se refiere a la “inspiración y verdad de la Escritura”. El nº 12 trata de “cómo hay que interpretar la Escritura”. El nº 13 toca el tema de “la condescendencia de Dios”.

#### ***Dei Verbum* 11**

El número 11 recuerda la doctrina definida en Trento y en el Vaticano I sobre el canon de los libros reconocidos por la Iglesia como inspirados. Dice el concilio:

“Las cosas sagradas que se contienen y ofrecen por escrito en la Sagrada Escritura, fueron consignadas por inspiración del Espíritu Santo. Pues en virtud de la fe apostólica la Santa Madre Iglesia tiene por sagrados y canónicos los libros enteros tanto del Antiguo como del nuevo Testamento, con todas sus partes, por cuanto, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y han sido entregados a la Iglesia en calidad de tales. Pero

en la elaboración de los libros sagrados, Dios escogió a hombres y los empleó usando ellos de sus facultades y fuerzas, a fin de que obrando Él en ellos y por ellos pusieran por escritos como verdaderos autores (*veri auctores*) todo y sólo aquello que Él quería.

Como todo lo que afirman los hagiógrafos o autores inspirados lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros Sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios quiso consignar en dichos libros para nuestra salvación (*veritatem nostrae salutis causa*)”.

En estas densas palabras cabe destacar:

1. Dios es el autor de la Biblia, como ya se afirmaba en un documento del s. V. Pero el concilio destaca el aporte plenamente humano de quienes la redactaron llamándoles “verdaderos autores”. Dios es autor sólo por analogía. Él inspiró, pero no fue Él quien investigó y puso por escrito en tabillas o pergaminos el resultado de su trabajo. El concilio ha preferido esta denominación a la de “instrumentos”, empleada por santo Tomás de Aquino y recogida por León XIII. Un instrumento aunque sea “vivo”, como precisará Pío XII más tarde, suena como demasiado inerte.
2. El concilio afirma que la Biblia contiene la revelación *sin error*, pero evita adrede la palabra “inerrancia”. La mejor manera de defender a la Biblia es comprender bien lo que ella dice.
3. El acento se pone en la *verdad*. Lo que importa es la verdad, no los pretendidos “errores”. ¿Qué verdad quiso Dios que quedara por escrito? La verdad, cualquiera que sea, que sirve para nuestra salvación. El texto latino dice *veritatem nostrae salutis causa* y tiene varios matices. Puede traducirse “por causa de nuestra salvación” o bien

“para nuestra salvación”. La segunda versión parece más clara. Dios manifiesta la verdad que el hombre no puede descubrir con las solas luces de su inteligencia. Dios no revela sobrenaturalmente lo que el hombre puede alcanzar a conocer con su razón. Una vez más, san Agustín acertó al decirlo lapidariamente: “Dios no quiso hacer matemáticos, sino cristianos”.

Queda así planteada la función de la hermenéutica ¿Cómo llegar a conocer esa verdad? ¿Cómo saber lo que los hagiógrafos querían decir, inspirados por Dios sin tener idea de ello? El número siguiente dará la respuesta del concilio

### ***Dei Verbum 12***

El número 12 lleva el siguiente título: *Cómo debe ser interpretada la Sagrada Escritura*. Dice así:

“Pero como Dios habló en la Sagrada Escritura por medio de hombres y de manera humana, el intérprete de la Sagrada Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención de los hagiógrafos hay que fijarse también, entre otras cosas, en los “géneros literarios”. Pues la verdad se propone y expresa de manera diversa en las textos diversamente históricos, o proféticos, o poéticos, o en otros géneros de expresión. Es ciertamente necesario que el intérprete busque el sentido de lo que, en unas circunstancias determinadas, el hagiógrafo intentó expresar y expresó, de acuerdo con la situación de su tiempo y de su cultura, por medio de los géneros literarios usados en aquel entonces. Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado se propuso afirmar por escrito, hay

que atender debidamente tanto a los modos nativos de sentir, expresarse y narrar al uso en tiempos del hagiógrafo, como a los que solían usarse en aquel entonces en el trato mutuo entre los hombres.

Pero como la Sagrada Escritura debe ser también leída e interpretada con el mismo Espíritu con que fue escrita, para sacar bien el sentido de los textos sagrados hay que atender con no menor empeño al contenido y a la unidad de toda la Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Y corresponde a los exegetas trabajar siguiendo estas reglas, para comprender y exponer con mayor profundidad el sentido de la Sagrada Escritura, a fin de que madure el juicio de la Iglesia a base de un estudio 'en cierto sentido preparatorio. Pues todo lo tocante a la manera de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato divino y el servicio de conservar y de interpretar la palabra de Dios".

El primer párrafo comienza recordando la doctrina establecida en el número anterior: «Dios habló por medio de hombres y de manera humana». Apunta ya un principio fundamental, que será desarrollado en el número 13: en la Biblia se anuncia y se prolonga de alguna manera el misterio de la encarnación de la Palabra. La idea está tomada de una frase de san Agustín, parcialmente citada, que concluye: «Porque así hablando (Dios) nos busca». «Lo que Dios quiso comunicarnos» es, según el cap. I de la *DV*, su propia vida y el misterio de su plan de salvación. Para conocer eso que Dios quiso comunicar al hombre se requiere «estudiar con atención» dos cosas: qué *intentaban decir* los autores humanos y qué *quería Dios dar a conocer* con las palabras de ellos.



El segundo párrafo responde a la pregunta inevitable que deja planteada el primero: ¿Cómo es posible llegar a saber lo que el autor humano ha tenido la intención de expresar? El Concilio se fija aquí fundamentalmente en la vertiente humana de la Escritura. La Biblia es obra de hombres que la redactaron como «verdaderos autores». Es, por tanto, un libro cuyo significado debe ser estudiado con las mismas técnicas con que se trata de entender el contenido de cualquier otro libro no inspirado. Para descubrir la intención del autor hay que averiguar sobre todo los «géneros literarios» y los «modos nativos de sentir, expresarse y narrar» que se usaban en la época en que aquél escribió.

El tercer párrafo tiene en cuenta que la Biblia es más que simple palabra humana y que, por tanto, los principios puramente técnicos de interpretación son insuficientes. Se requieren principios teológicos. El párrafo es muy rico en sugerencias: docilidad al Espíritu, unidad de la Escritura, misión de los exegetas, relaciones entre Escritura, Tradición y Magisterio. Conviene analizar cada uno de estos párrafos.

### **La intención del autor humano**

Para entender un escrito cualquiera, lo primero que uno se pregunta es: ¿qué quiere decir su autor?

No siempre es fácil saberlo. Por ejemplo, para averiguar lo que un autor quiso decir es importante saber lo que calló conscientemente. En el caso de la Biblia es difícil llegar a conocer las fuentes que los hagiógrafos tuvieron a la vista, cómo las entendieron, qué cosas de las que en ellas encontraban les parecieron superfluas. Proyecta mucha luz sobre un libro el seguir el rastro de los documentos de que se ha servido su autor para redactarlo.

Otras dificultades para comprender la intención del autor nacen de la índole misma de la obra escrita. No todas las afirmaciones tienen el mismo peso. Pueden ser finas ironías que niegan lo que afirman. Expresión de simples opiniones por las que el autor ciertamente no se bate o, por el contrario, enérgicas tomas de posición. ¿*Qohelet* habla en nombre propio o finge un debate en el difícil capítulo 3 de su libro? Nadie piensa que el autor del *salmo* 104 ó el del libro de *Job* considerara asunto de vida o muerte la defensa de las pintorescas doctrinas astronómicas a que aluden en sus escritos. En cambio *Habacuc* pone todo el énfasis imaginable al afirmar en nombre del Señor: “El justo por su fidelidad vivirá” (cf. Ha 2,2-4). Además un mismo escritor puede seguir muchos caminos diferentes para expresarse. En la práctica, el idioma es un tesoro demasiado rico del que no siempre uno acierta a seleccionar las mejores joyas, un corcel brioso que se resiste a ser dominado. No basta querer decir algo: hay que saber decirlo. El resultado final es que la obra literaria puede ser bella o vulgar, expresiva u oscura, interesante o aburrida. Los libros bíblicos no escapan a esta ley.

Una vez entregada al público la obra escrita cobra una vida independiente, por dos razones: por lo mucho que en ella puede haber de profundo, puesto por su autor como sin darse cuenta, y por la reacción que suscita en el lector.

1. La riqueza de la obra misma. Sea una obra maestra de la literatura universal, el *Quijote*, por ejemplo. ¿Cervantes pretendió con ella sólo el ridiculizar los libros de caballería? Al hilo de una historia ridícula e inverosímil, Cervantes pintó un magnífico cuadro realista, a veces estremecedor, de la vida española en el paso del s. XVI al s. XVII. Cervantes escribió cuando se hablaba en España un castellano robusto y lleno de color. Además, él era un hombre de una rica experiencia humana, decantada por un gran corazón y una gran inteligencia.

Sin darse cuenta el mismo autor, toda esta riqueza humana empapando cada una de sus páginas. Hoy *El Quijote* es un monumento que dice mucho más del siglo XVII que los libros de historia de aquella época. Mucho más del hombre que un tratado de antropología, y lo dice mejor. Los comentaristas encuentran en él preciosos escorzos de una sociedad que iniciaba su decadencia, noticias sobre la guerra en la tierra y en el mar, hasta indicaciones de cómo era el paisaje de La Mancha visto por Cervantes. Un profesor de Derecho Canónico encontrará en los relatos de matrimonios secretos, numerosos en la primera parte, una ilustración sobre los motivos de los decretos del Concilio de Trento acerca de la presencia de testigos en una boda. Dentro del libro, que en su conjunto es una novela, caben secciones escritas en otro género literario. En el *Quijote* están incrustadas pequeñas novelas, como la del *Curioso impertinente*, y relatos de gran valor histórico, como el del encuentro de Sancho Panza con un grupo de peregrinos alemanes. Cervantes aprovecha el episodio para dar detalles muy interesantes sobre la expulsión de los moriscos ordenada por Felipe III.

2. La reacción que suscita en el lector. Todo ministro de la palabra, profesor o predicador, ha tenido alguna vez en su vida la estupenda experiencia de encontrar entre sus oyentes alguno que ha entablado un animado diálogo interior con aquello que le era dicho. El oyente ha relacionado las palabras oídas con su propia experiencia vital, las ha profundizado, ha proyectado sobre ellas su propia luz. A veces, cuando el diálogo hablado sigue al diálogo interior, el que pronunció las palabras que desencadenaron el proceso queda admirado de los ecos insospechados que su discurso despertó. No había ni pensado en ellos. Con auditorios jóvenes llega a veces a darse el caso de que el oyente atribuye sin darse cuenta al profesor lo que éste ni

ha pensado, pero que sus palabras han sugerido. Quizá sea éste el secreto de las obras geniales. Son capaces de suscitar generación tras generación un diálogo interior siempre renovado, recobran vida para el lector atento y despiertan en él vibraciones siempre nuevas. Si esto pasa con un libro profano, cabe esperar que la Biblia, libro inspirado, encuentre resonancias parecidas, por farragoso que sea el hagiógrafo, el cual no rara vez es, además de inspirado, un literato de mucha talla.

La búsqueda de la intención que el autor humano tuvo al escribir no autoriza a dar a su obra una interpretación subjetiva y caprichosa. Nadie puede acogerse al recurso fácil de alegar, ante un pasaje enrevesado: el texto dice tal cosa, pero el autor quiso sin duda decir tal otra. El texto dice lo que dice. Ocurre que un escritor comienza a redactar con una intención modesta, Cervantes una vez más, y en el calor del esfuerzo el libro va adquiriendo brillo y profundidad, hasta convertirse en algo mucho más importante que lo que fue planeado en un principio. Es el texto mismo, rigurosamente analizado según las técnicas de la filología y de la lingüística, quien tiene la última palabra. Puede sugerir mucho al lector, pero éste debe andarse con cuidado para distinguir bien entre lo que está escrito y lo que a él se le ocurre.

En este momento el número 12 se pone difícil: “El intérprete debe estudiar con atención... lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras” (las de los autores). ¿Coinciden exactamente ambas cosas, lo que Dios quería dar a conocer y lo que los hagiógrafos intentaban decir? ¿Significa esto que Dios haya querido decir más de lo que el hagiógrafo tenía conciencia clara de decir? ¿Tiene la Escritura un sentido más profundo, en términos técnicos un *sensus plenior*, pretendido por Dios pero no por el autor humano, es decir, un sentido que se descubre en las palabras de la Escritura cuando son estudiadas a la luz

de una revelación ulterior o del desarrollo de la comprensión de la revelación?

Un pequeño grupo de éstos quiso introducir una palabra en el párrafo que parecía afirmar la existencia de este *sensus plenior*. Ahora bien ¿cómo saber que ha habido una *revelación ulterior* a las palabras de la Escritura que explique el *sensus plenior*? Todavía cabe pensar en una revelación ulterior a un texto del Antiguo Testamento, pero ¿quién se atreve a hablar de una revelación ulterior al Nuevo? Y ¿cómo decidir si ha habido un desarrollo en la comprensión de la revelación? Los defensores del *sensus plenior* no se han puesto todavía de acuerdo sobre un ejemplo convincente donde se vea claro este sentido.

En el concilio Vaticano II fueron poco más o menos los mismos Padres quienes defendían por un lado la existencia de un *sensus plenior* en la Biblia y, por otro, la de una Tradición de mayor contenido doctrinal que la Escritura. Al mismo tiempo atacaban a los exegetas y al empleo de los géneros literarios en la hermenéutica.

Los encargados de aceptar o rechazar modificaciones repitieron: “Prescindimos de solucionar la cuestión sobre el *sensus plenior*”. “Todo el mundo está de acuerdo en que no se debe zanjar la cuestión”. El documento de la Pontificia Comisión Bíblica *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 de abril de 1993; desde ahora *IBI*) vuelve a tocar el tema en II,B,3:

“El sentido pleno se define como un sentido profundo del texto querido por Dios, pero no claramente expresado por el autor humano. Se descubre la existencia de este sentido en un texto bíblico cuando se lo estudia a la luz de otros textos que lo utilizan, o en su relación con el desarrollo interno de la revelación... Cuando falta un control de esta naturaleza, por un texto bíblico o por una tradición

doctrinal auténtica, el recurso a un pretendido sentido pleno podría conducir a interpretaciones desprovistas de toda validez”.

Reflexionando sobre estos hechos cabe preguntarse si el *sensus plenior* no sería para algunos un «*Deus ex machina*» que justificaría nuevas definiciones dogmáticas de verdades que no pueden ser probadas como reveladas con la Escritura en la mano. Queda la invencible sospecha de que la defensa del *sensus plenior* en el Vaticano II, una vez descartado que el contenido de la Tradición es más amplio que el de la Escritura, fue un ardid para recuperar una autoridad fundada en algo ajeno a la misma Biblia y sustraído a su control. El concilio optó sabiamente por callar. Parece que hoy, en general, los biblistas evitan la palabra *sensus plenior* y prefieren hablar de relecturas o reinterpretaciones de la Biblia.

### **La polémica en torno al método histórico-crítico**

El segundo párrafo del número 12 da ya normas concretas para descubrir la intención del autor o, si se prefiere, para entender lo que realmente dice. La primera norma se refiere a los *géneros literarios*, medio por el que el intérprete indagará lo que el hagiógrafo dice e intenta decir. El concepto “géneros literarios” aparece dos veces en el párrafo, la primera de ellas entrecomillado, indicando así que se trata de un término técnico. Aparecen también una vez las palabras “*genera dicendi*”, expresión que se puede traducir por “manera de hablar”. La insistencia del Concilio es, pues, notable.

Las frases que recibieron la aprobación definitiva de los Padres del Vaticano II tienen una historia muy significativa de las tensiones que hubo en el Concilio entre dos tendencias, una miope y temerosa, otra más confiada en el futuro y de más talla intelectual.

A pesar de la encíclica de Pío XII donde se recomendaba calurosamente el método de los géneros literarios, el cardenal Ruffini publicó un artículo nada menos que en el periódico de la Ciudad del Vaticano negando la validez del método que intenta determinar géneros literarios en la Biblia (*L'Osservatore Romano*, 24 agosto 1961). Indirectamente llegaba hasta atacar las palabras del Papa. Redactado en esta línea, el primer borrador de la *DV* representaba un retroceso respecto de Pío XII. Se evitaba hablar de géneros literarios y se afirmaba que el determinar el *carácter general* de un libro bíblico no era un problema crítico a ventilar por industria humana, sino un problema teológico a zanjar por la Iglesia, entendiendo por Iglesia, parece, un grupo de prelados y teólogos. Quienes pretendían ignorar a los géneros literarios olvidaban que todo cuanto un hombre escribe pertenece a algún género literario, porque no puede existir nada que carezca de forma y de contenido. Y una vez que se han percibido las dificultades que nacen del análisis honrado de los textos, ya no se puede negar la existencia de los problemas.

La expresión *géneros literarios* aparece en el tercer esquema y resiste hasta el documento definitivo, a pesar de la oposición de un reducido número de Padres. En el aula conciliar se dieron las siguientes explicaciones: “No parece conveniente enumerar todos los géneros literarios. Por ello citamos sólo dos o tres”. “No somos exhaustivos en la enumeración de los géneros literarios para no dar la impresión de que cerramos la puerta” a quienes sean capaces de descubrir otros.

Antes de continuar, es interesante preguntarse por el motivo de la cerrada oposición, que hombres inteligentes y bien intencionados, hicieron en 1961 a los géneros literarios. Tal vez esta oposición se deba a las consecuencias de un hecho. En el tiempo de León XIII y Pío XII se hablaba de los géneros literarios presentes en el Antiguo Testamento.

En 1961 ya se aplicaba este método a los evangelios, con resultados alarmantes para saber cuándo y cómo fueron redactados los evangelios y cuál era su valor histórico. Como muestra un dato. En 1926 Rudolf Bultmann había publicado un libro con el título de *Jesus*, en el que profesaba un escepticismo radical frente al valor histórico de los evangelios. Decía Bultmann que las fuentes más antiguas de que se dispone para conocer la vida y predicación de Jesús son posteriores al año 60. Jesús había sido crucificado el año 30. ¿Qué pasó entre los años 30 y 60? ¿Durante este intervalo cómo y cuánto deformó la comunidad cristiana a la figura de Jesús? No se puede negar la existencia de Jesús, reconoce Bultmann, ni que reunió un grupo de discípulos ni que fue ajusticiado en Jerusalén siendo Poncio Pilato el gobernador romano de Judea, pero con los datos disponibles es imposible llegar a saber ni siquiera si Jesús tuvo conciencia de ser el Mesías. “Jesús” sería una abreviatura que significa el movimiento que Jesús suscitó, tal como lo veían sus discípulos 30 años después de que él fuera crucificado.

El tema fue abordado en la Instrucción *Sancta Mater Ecclesia*, del 21 de abril de 1964. Esta instrucción está resumida en *DV* 18 y 19, que tratan del origen apostólico de los evangelios y de su carácter histórico respectivamente. No es éste el momento de abordar el tema. En todo caso, la solución que se le dé dependerá de los métodos hermenéuticos con que se aborden los textos. De hermenéutica habla precisamente *DV* 12.

### **Los modos de expresarse**

El número 12 concluye el segundo párrafo aludiendo a otros procedimientos de la hermenéutica racional para interpretar bien la Biblia: el estudio de la cultura en que vivió inmerso el autor inspirado y la consideración de los modos de pensar, de expresarse y de narrar que usaban en su época. Los comentaristas de la *DV* se preguntan si hay una diferencia notable entre



géneros literarios y modos de pensar y de decir. Las respuestas no son unánimes. Tal vez pueda verse en estas palabras un estímulo para el estudio de la filología y demás ciencias del lenguaje. El Concilio no quiso desarrollar un tratado completo de hermenéutica racional. Se contentó con señalar pistas y mantener abiertos otros caminos.

### **Limitaciones**

Todavía un par de reflexiones a propósito del segundo párrafo del número 12. Un texto bíblico puede ser una narración histórica, un conjunto de poemas, una carta más o menos personal, un apocalipsis, etc. El material que lo integra puede tener orígenes y fisionomías muy diversas. En el caso de los evangelistas, por ejemplo, el autor recoge palabras y narraciones de acontecimientos. Las primeras pueden ser palabras proféticas, refranes, preceptos legales, parábolas. Las segundas recuerdan milagros, enfrentamientos de Jesús con las autoridades judías, cosas acaecidas a solas con sus discípulos y amigos. En las cartas de los apóstoles hay secciones dogmáticas y morales, palabras de aliento o textos tomados de la liturgia... Una vez aislada una de estas unidades literarias, se pregunta el intérprete: ¿cuál es su *"posición en la vida"* (*Sitz im Leben*)? Es decir: esta palabra de Jesús, este relato, este texto litúrgico se conservó en la memoria de los creyentes o fue consignado por escrito en un momento determinado, porque entonces era importante y respondía a una necesidad concreta de una comunidad cristiana o judía. ¿Cuál ha sido, pues, ese momento y cuál esa preocupación?

No basta determinar la naturaleza de una unidad literaria. Además hay que averiguar la razón por la cual el hagiógrafo la ha engarzado en su obra precisamente donde lo ha hecho, y el nuevo sentido que cobra al integrarse en un conjunto más vasto. Una misma unidad literaria, el *Padrenuestro*, por

ejemplo, aparece en contextos muy diversos en el evangelio de Mateo y en el de Lucas. En el primero forma parte del «sermón de la montaña», donde rompe la armonía de una unidad literaria sobre la limosna, la oración y el ayuno (Mt 6, 7-15). En el segundo introduce una serie de enseñanzas de Jesús sobre la oración, dichas, al parecer, ante un grupo reducido de discípulos, que le piden “enseñanos a orar” (Lc 11,2-4). En todo caso, esa diferencia de ubicación arroja mucha luz sobre las técnicas redaccionales de los autores, sobre sus preocupaciones teológicas y sobre la intención de su enseñanza.

Ha pasado casi medio siglo desde que se redactó la *DV*. Los exegetas insisten hoy en la insuficiencia de un método que se limita a buscar las unidades literarias más simples y a señalar las diferentes etapas de la redacción. No basta conocer uno por uno todos los elementos que integran una obra y saber cómo han llegado hasta allí. Hecho eso, todavía falta lo más importante: entender la obra misma, penetrar en el sentido global del texto, poner de manifiesto su mensaje específico.

Para conseguir éxito en esta empresa, los exegetas consideran cada vez con mayor atención los procedimientos filológicos y lingüísticos que se utilizan en la interpretación de cualquier obra literaria, inspirada o no. Estas técnicas no han sido inventadas por los teólogos, sino por estudiosos del complejo fenómeno del lenguaje humano. Aplicadas a los textos bíblicos, abren nuevas posibilidades para una mejor comprensión de la Palabra de Dios. Pero esto tampoco basta.

### 3.2. PRINCIPIOS TEOLÓGICOS DE INTERPRETACIÓN

El tercer párrafo de *DV* 12 señala otros requisitos que deben ser atendidos para interpretar correctamente los textos bíblicos: el mismo Espíritu con que fueron escritos, el contenido y la unidad

de toda la Escritura , la analogía de la fe y las relaciones entre Sagrada Escritura, Tradición viva de la Iglesia y Magisterio. El número termina hablando del trabajo de los exegetas

### **“El mismo Espíritu con que fue escrita” la Biblia**

El tercer párrafo del núm. 12 avanza un paso sobre el anterior. Para interpretar adecuadamente la Biblia no bastan los métodos racionales mejor afinados: «La Sagrada Escritura debe ser también leída e interpretada con el mismo Espíritu con que fue escrita».

La Biblia es un libro plenamente humano, pero un libro inspirado por Dios. El esfuerzo fríamente científico, que manipula los textos con técnica impecable, no basta para desentrañar su sentido más hondo. Muchos apretujaban a Jesús sin ser curados de sus enfermedades. Sólo una mujer, que llena de fe se acercó a hurtadillas para tocar el borde de su manto, recibió la salud (Mc 5,25-34). El Señor fue crucificado en Jerusalén como un bandido. Muchos fueron testigos de su agonía. Sólo quien vio y quien ve en esa muerte innoble el sacrificio del Hijo de Dios es salvado por ella.

El error de la apologética de los siglos s. XIX y XX consistió en descender a la arena de los racionalistas para luchar contra ellos aceptando como buenas sus mismas armas. Admitieron la discusión con el compromiso tácito de no mentar nunca el elemento más real del cristianismo: el don gratuito ofrecido por Dios y alcanzado por la fe, no por la arqueología. El núcleo del misterio, el verdadero sentido de la revelación, se alcanza sólo por la fe y ésta es un acto de la razón que la razón abandonada a sus propias fuerzas no puede hacer. Un exegeta creyente y otro incrédulo, que emplean bien las mismas técnicas, llegan a los mismos resultados sólo hasta un cierto punto.

Puede parecer poco serio el que se exija una actitud no “científica” como condición esencial para interpretar un texto bíblico. Un reproche de esta suerte ya no hace temblar a nadie. La perfecta objetividad no existe. El hombre distante, escéptico, meramente curioso, tiene también prejuicios y no es por cierto el más capaz de entender a quien arriesga su vida por una causa. Nadie puede atreverse a negar la existencia de lo que desconoce. Es poco serio sostener que el mundo termina allí donde termina el alcance de la razón humana. El hecho de que algo no sea manejable por la ciencia positiva no resta un ápice a su consistencia. Si existen realidades de tal naturaleza que sólo pueden ser alcanzadas con un suplemento de luz y de fuerza regalado por Dios, resulta entonces que la fe es el único instrumento adecuado para explorar una peculiar zona de la realidad.

En el texto conciliar la palabra Espíritu está con mayúscula. Se trata, pues, del Espíritu Santo. Uno piensa en 2Co 3,2ss. Los cristianos de Corinto son como una carta de Cristo, escrita por mano del apóstol en las tablas de carne del corazón con una tinta que es el Espíritu de Dios. Los símbolos con que presenta la misma Biblia a este Espíritu son muy significativos: aire, agua, fuego. Los tres elementos carecen de figura externa bien definida y los tres tienen una fuerza enorme para transformar y vivificar las realidades que abrazan. El aire, invisible, penetra en el hombre más hondamente que la luz del sol o el sonido. Sin el aire el hombre muere en pocos minutos. El agua corre por las grietas más estrechas de la tierra y da vida a las semillas. El fuego abraza, abrasa y transforma lo que toca. La función del Espíritu en la Iglesia es la de hacer comprender el mensaje de Cristo, la de transformar internamente a los creyentes, la de vivificar y hacer fecundos los corazones (cf. entre muchos otros textos, Jn 16, 5-15 y Rm 8, 1-27).

El hombre necesita el aliento del Espíritu para entender y saborear lo que Dios le entrega por escrito en la Biblia. Por eso, quien vive penetrado de ese Espíritu, aunque desconozca la hermenéutica racional, cala más hondo en la palabra de Dios que un técnico de la exégesis que cumple su oficio sin una fe profunda. La historia de la Iglesia muestra cómo los mejores intérpretes han sido, además de estudiosos, hombres de oración, humildes discípulos y hacedores de la verdad.

El “principio del Espíritu” es una invitación a ir más allá de las técnicas racionales, pero no a descuidarlas. El Espíritu no se complace en la pereza. Uno de los índices más claros de su impulso es, con el gusto por la oración, el ardor en el estudio.

### **El contenido y la unidad de la Escritura**

El Concilio concreta así el significado del principio del Espíritu. Para captar bien el sentido de los textos sagrados hay que atender al “contenido y a la unidad de toda la Escritura”.

La Escritura tiene una unidad profunda por su autor, Dios, y por su contenido, la revelación de su vida íntima (*DV2*). La Biblia es la obra de un número elevado de verdaderos autores humanos. Se descubre en ella sin dificultad la huella dejada por más de diez siglos de historia en los que el pueblo judío ha pasado por una gama variada de experiencias y ha sufrido el influjo de los pueblos vecinos. Del Antiguo Testamento se podría decir que tiene la unidad cultural que le da el ser archivo de la historia y de la sabiduría de un pueblo que ha evolucionado de una manera bastante homogénea. La unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento es más difícil de percibir, pero no menos real.

Más allá de los verdaderos autores humanos hay un autor divino, que asegura al conjunto la unidad de talante y de

significado. Al análisis de los textos debe seguir una síntesis de los resultados. Unos textos proyectan su luz sobre otros. A través de todos ellos se descubre una línea que se adelgaza a veces pero que no se quiebra nunca. Los mismos judíos percibieron con mucha claridad esta coherencia interna de sus libros sagrados y así se dieron cuenta de que eran palabra de Dios y de que formaban un solo *Testamento*, una sola *Escritura*. Pablo VI ha citado literalmente unas esclarecedoras palabras del P. Lagrange:

“No se acertaría a encontrar el sentido del cristianismo agrupando unos textos, si no se penetra hasta la razón de ser del todo. Es un organismo cuyo principio vital es único. Ahora bien, se ha descubierto hace tiempo y es: la encarnación de Jesucristo, la salvación asegurada a los hombres por la gracia de la redención. Buscando en otra parte, uno se expondría a equivocarse el camino”. Lagrange, *Le sens du christianisme d’après l’exégèse allemande*, París, Gabalda, 1918, p. 325; citado por Pablo VI, “Alocución a la Pontificia Comisión Bíblica”, en *L’Osservatore Romano*, 15 de marzo de 1974.

Prácticamente esto significa que la Biblia no enseña ni defiende nunca dos doctrinas, dos actitudes morales propia y verdaderamente contradictorias. Donde hay contradicción es que al menos uno de los pasajes en conflicto ha sido mal interpretado. Significa también que entre ambos testamentos y al interior de cada una de sus partes hay unos lazos estrechos, una homogeneidad que el exegeta tiene el deber de sacar a la luz.

### **La “analogía de la fe”**

No interesa discutir ahora el sentido que esta expresión puede tener en Rm 12,6, de donde está tomada. En este lugar de *Rm*, la

*analogía de la fe* podría significar el respeto y la consideración por la fe de los creyentes. Pío X y Pío XII hablan de la *analogía de la fe* como de algo a tener en cuenta en la interpretación de la Biblia, pero no definen qué cosa sea. Al tratar de ella se refieren siempre a un texto de León XIII que dice así:

“En los casos en que el sentido de un texto bíblico no ha sido declarado sea por los autores sagrados... sea por la Iglesia... en juicio solemne o por su magisterio universal y ordinario, el intérprete católico deberá seguir la *analogía de la fe* y tomar como norma suprema la doctrina católica, tal como está decidida por la autoridad de la Iglesia; porque, siendo el mismo Dios el autor de los libros santos y de la doctrina que la Iglesia tiene en depósito, no puede suceder que proceda de una legítima interpretación de aquéllos un sentido que discrepe de alguna manera de ésta. De donde resulta que se debe rechazar como insensata y falsa toda explicación que ponga a los autores sagrados en contradicción entre sí o que sea opuesta a la enseñanza de la Iglesia” (*Providentissimus*, DB 105).

Los Papas hacen de la analogía de la fe un criterio negativo de hermenéutica, en el sentido de que sirve para detectar qué explicación de un texto es equivocada por ser contraria la doctrina clara de la Iglesia.

El principio de la analogía de la fe puede tener otra función muy importante, la de estimular la búsqueda del mensaje de la Biblia. En efecto, si la Biblia no puede estar contra la doctrina de la Iglesia, es igualmente verdadero que esta doctrina no puede estar contra la Biblia. En caso de conflictos aparentes, como el desencadenado por Galileo, habrá que examinar con cuidado si la pretendida doctrina de la Iglesia es de la Iglesia o es la opinión de un grupo de teólogos nada más. El resultado de la exégesis es controlado y juzgado por «la doctrina que

la Iglesia tiene en depósito». Pero es también indispensable someter cualquier doctrina a la prueba de la Escritura. La luz que brota de la Biblia puede exigir mejores explicaciones de una definición dogmática e impide a la Iglesia el instalarse en doctrinas y afirmaciones que algunos quisieran de origen divino, pero que son humanas y, por tanto, incompletas, adaptadas sólo a una época y a una cultura o, sencillamente, pobres de contenido e ineficaces.

### **El trabajo del exegeta**

Inmediatamente después de hablar de la analogía de la fe, el Concilio dedica unas líneas al trabajo de los exegetas. La frase del documento conciliar dice:

“Corresponde a los exegetas trabajar siguiendo estas reglas, para comprender y exponer con mayor profundidad el sentido de la Sagrada Escritura, a fin de que madure el juicio de la Iglesia a base de un estudio en cierto sentido preparatorio”.

Estas sencillas palabras tienen tras de sí una historia agitada y muy significativa. En la época más reciente los conflictos comienzan aproximadamente en los albores del s. XX. El pontificado de León XIII (1878-1903) señala el renacer de la teología tomista y de los estudios bíblicos. Los católicos comienzan a enterarse del esfuerzo monumental realizado por los exegetas alemanes, protestantes en su totalidad, en el campo de la investigación histórico-crítica sobre la Biblia. Los resultados obtenidos tras casi un siglo de trabajo tienen mucho de exagerado y aun de falso, pero no se pueden rechazar sin más averiguaciones. En todo caso, demuestran los defectos de la metodología seguida por los profesores católicos y la pobreza de la enseñanza que impartían. Hay que renovarlo todo, hay que plantearse mil problemas en los que nunca se



había pensado, pero cuya solución tiene ahora la urgencia que le confiere un siglo de retraso.

Algunos hombres se pusieron al trabajo. El más ilustre de ellos fue el dominico francés M.J. Lagrange (1855-1938), trabajador incansable, humilde, austero, obediente a las autoridades de la Iglesia, incluso cuando le golpeaban, fundador de l'Ecole Biblique de Jerusalén y de la *Revue Biblique* y autor de muchos libros importantes. Con sus recensiones de libros alemanes va lenta y seguramente mostrando qué hay de bueno y qué de exagerado en esas obras. Él alentó la investigación y serenó los ánimos.

León XIII apoyó en la encíclica *Providentissimus* (1893) el esfuerzo de estos hombres. El Papa también fundó en Roma la Pontificia Comisión Bíblica (1902), “cuyo cometido sea procurar y hacer por todos los medios que la palabra divina alcance entre los nuestros (los católicos) aquella cuidadosa exposición que los tiempos requieren y salga incólume de todo ataque del error y de cualquier temeridad en las opiniones” (DB 143). Apunta en el documento fundacional de esta Comisión una tendencia defensiva un poco huraña frente a la “temeridad” de algunos innominados exegetas.

Durante el pontificado de san Pío X (1903-1914) estalló a la luz la crisis llamada modernista. Los decretos de la Comisión Bíblica hasta 1915 tienen siempre un carácter restrictivo y se traduce en ellos una reserva y una desconfianza invencibles ante los resultados obtenidos por los nuevos métodos. Los decretos están redactados con extraordinaria cautela y no cierran todas las puertas, pero ponen trabas a la difusión entre los fieles de las conquistas logradas por los exegetas y proyectan sobre ellos una sombra de recelo.

Es muy característico del estado de ánimo de la época el cambio de actitud de la curia romana ante el P. Lagrange. En 1892 León XIII le dirigía una afectuosa carta en la que le animaba a seguir en su empeño “tan noble y útil, pero a la vez tan laborioso” (Carta del 17 septiembre 1892; DB 76). Sin embargo, veinte años más tarde, el 29 junio 1912, la Sagrada Congregación Consistorial publicaba un “decreto sobre algunos comentarios bíblicos que no han de ser admitidos en los seminarios”. Entre estos comentarios se incluían “muchos escritos” del P. Lagrange. El 22 de octubre del mismo año la misma Sagrada Congregación mandó una carta al arzobispo de Siena razonando la prohibición del 29 de junio. La carta tiene tres apartados. El más largo de ellos, el III, está dedicado a una crítica, que los años han forzado a rectificar, de la *Revue Biblique* y de tres obras mayores del P. Lagrange (cf. DB, págs. 627-37). El P. Lagrange, sumiso, desistió en 1912 de seguir trabajando sobre el Antiguo Testamento para dedicarse al estudio del Nuevo, que parecía menos conflictivo. Lagrange falleció en 1938 rodeado del respeto de todo el mundo. De él dijo Pablo VI ante los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, que fue “un gran maestro de la exégesis, un hombre en el que han brillado de manera excepcional la sagacidad crítica, la fe y el apego a la Iglesia” (*L’Osservatore Romano*, 15 marzo 1974).

A partir de 1930, ya bajo el pontificado de Pío XI (1922-1939), los exegetas pudieron seguir trabajando sin ser molestados. Fue mérito de Pío XII el escribir en 1943 un párrafo famoso donde sale en defensa de los exegetas. La misma grandilocuencia con que se expresa el Sumo Pontífice da a sus frases una solemnidad particular y atrayente:

“Y por lo que hace a los conatos de estos esforzados operarios de la viña del Señor, recuerden todos los demás hijos de la Iglesia que no sólo se han de juzgar con equidad y justicia, sino también con suma caridad; los cuales,

a la verdad, deben estar alejados de aquel espíritu poco prudente con el que se juzga que todo lo nuevo, por lo mismo de serlo, debe ser impugnado o tenerse por sospechoso. Porque tengan en primer término ante los ojos que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina de fe y costumbres, y que entre las muchas cosas que en los libros sagrados... se proponen, son solamente pocas aquéllas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, ni son muchas aquéllas de las que hay unánime consentimiento de los Padres. Quedan, pues, muchas y ellas muy graves en cuyo examen y exposición se puede y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos, a fin de que cada uno conforme a sus fuerzas contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia. Esta verdadera libertad de los hijos de Dios, que retenga fielmente la doctrina de la Iglesia y, como don de Dios, reciba con gratitud y emplee todo cuanto aportare la ciencia profana levantada y sustentada, eso sí, por el empeño de todos, es condición y fuente de todo fruto sincero y de todo sólido adelanto en la ciencia católica (*Div. affl. Spir.* DB 649 ss).

Las palabras del Papa no lograron, sin embargo, terminar con las discusiones ni con las zancadillas puestas a los exegetas. Unos pocos profesores de teología dogmática no habían entendido los nuevos métodos y veían amenazada la fe del pueblo cristiano por los resultados obtenidos con ellos. Este grupo aprovechó los últimos años del pontificado de Pío XII y los primeros de Juan XXIII para comenzar una nueva batalla. En 1959 la Congregación del Santo Oficio y la de Seminarios publicaron una instrucción contra el primer volumen de la *Introduction à la Bible* de A. Robert y A. Feuillet. En 1960 se hacen graves acusaciones contra los profesores del Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Los acusadores se agrupan sobre

todo en torno a un grupo de docentes y miembros de la curia íntimamente ligados a la romana Universidad Lateranense. En 1961 publica *L'Osservatore Romano* un artículo del cardenal Ruffini atacando a los exegetas y a sus métodos. Los ataques no quedaron en letra muerta. Mes y medio después de la publicación de este artículo, octubre de 1961, fueron alejados de sus cátedras dos ilustres profesores del Pontificio Instituto Bíblico, los jesuitas S. Lyonnet y M. Zerwick. El superior general de la Compañía de Jesús no consiguió que le explicaran los motivos de tal medida.

En este polémico ambiente comenzó el Concilio Vaticano II. El primer borrador de la futura *Dei Verbum* insiste con fuerza en que toca exclusivamente a la "Iglesia" el juicio definitivo sobre el "carácter general" de los libros inspirados. Se elude el término "géneros literarios" y nada se dice sobre quiénes fueron los autores humanos de los libros del Antiguo Testamento.

Es verdad que el exegeta debe atenerse a lo que enseña la Iglesia con un juicio definitivo. ¿Pero no juegan los biblistas papel alguno para que la Iglesia, más exactamente la autoridad eclesiástica, formule ese juicio definitivo, dado hasta ahora sobre poquísimas cosas, como reconocía Pío XII? ¿El biblista mismo no es parte de la Iglesia?

A partir del segundo borrador cambió el enfoque. Los miembros de la comisión responsable de hacer el documento rechazaron una redacción negativa de este tenor: el exegeta no puede estar en contra de un sentido establecido por la Iglesia, ni contra el consentimiento unánime de los Padres. En realidad esa idea estaba ya expresada al hablar de la analogía de la fe y vuelve a ser repetida al fin de DV12. Ahora se trata de alentar el trabajo de los biblistas. Son ellos los primeros llamados a *comprender* y a *exponer* con mayor profundidad el sentido de la Escritura. El juicio de la Iglesia va madurando gracias a los estudios de

teólogos y exegetas, estudios realizados con rigor científico y en un ambiente respetuoso de su legítima libertad. Los exegetas no son peligrosos rivales del magisterio eclesiástico, sino preciosos auxiliares de los que no se puede prescindir.

Tras las escaramuzas a favor y en contra de quienes se sirven de las técnicas exegéticas modernas hay unas actitudes antagónicas de fondo y de mentalidad. Esa mentalidad va también a incidir en las discusiones sobre Tradición, Escritura y Magisterio. De ella se dirá una palabra más adelante.

### 3.3. TRADICIÓN, ESCRITURA, MAGISTERIO

El tema de la Tradición tiene una relevancia especial en el Vaticano II. Antes de referirse a ella en DV 12, los autores del documento han dedicado al tema nada menos que los tres números del capítulo II. El tema de la relación entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio merece ser tratado aparte.

*Tradición* viene del verbo latino *tradere*, entregar. Tradición es la entrega de algo a alguien y puede indicar el acto de entregar, sentido activo, o la cosa entregada, sentido objetivo. El sujeto de la tradición es quien la entrega. Lo que Dios ha querido entregar o revelar de su vida íntima llega a los hombres por dos vehículos: la Sagrada Escritura, que transmite la revelación por escrito, y la Tradición, que la transmite de otra manera, por ejemplo la predicación. No hay obstáculo para que la revelación se transmita por ambos caminos, que no son excluyentes entre sí.

#### **La Tradición en el judaísmo**

Los israelitas conocieron pronto la escritura, ya en tiempos de Moisés (Ex 17,14). La tradición oral, sin embargo, jugó un papel muy importante en la transmisión de la Ley y del recuerdo de

muchos acontecimientos que sólo en épocas posteriores fueron consignados por escrito. Los libros inspirados nacieron, pues, y fueron más tarde interpretados o *releídos* dentro de una *tradicción* amplia, que alentaba toda la vida de Israel: recuerdos ligados a lugares geográficos, como Betel y Sicheim, genealogías de antepasados ilustres, narraciones y cantos populares, fiestas litúrgicas.

Una tradición nacida de la lectura de la Biblia en las sinagogas y en las escuelas rabínicas fue adquiriendo poco a poco consistencia autónoma frente a la Escritura. Jesús reprocha con aspereza a unos fariseos: «Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... anulando así la Palabra de Dios por vuestra tradición, que os habéis transmitido» (Mc 7,8.13). Se trata, pues, de una especie de tradición que carece de autoridad porque no tiene su origen en Dios. La *Mishna* (fin del s. II), los dos *Talmud*, el de Jerusalén y el de Babilonia (ss. V y VI), y los *tratados Midráshicos* (hasta el s. XIII) recogieron esta tradición de los hombres, esta sabiduría nacida del estudio constante de la Torah. Los rabinos la consideraban venida de Dios y en el mismo plano de dignidad que la Escritura.

### **La Tradición en la Iglesia**

También entre los cristianos ha existido una tradición oral que precedió a la redacción de los libros del Nuevo Testamento. Hay testimonios muy interesantes que se remontan a los siglos II y III. Según ellos, el cuarto evangelio fue redactado a fines del s. I por Juan, cediendo a las instancias de los obispos de Asia, deseosos de conservar un recuerdo fiel de lo que predicaba el apóstol. Parece también que Marcos editó su evangelio tomando a hurtadillas nota de lo que decía Pedro, poco amigo de ver escritos sus sermones, por miedo a que la palabra hablada perdiera algo de su vivacidad (Cf. Eusebio, *HE* II, 15. III,39.15; VI,14.6-7). Los estudios más recientes y rigurosos

sobre el Nuevo Testamento son unánimes en confirmar, sobre la base del análisis literario, que una tradición oral precedió a la redacción de los evangelios y de sus fuentes escritas. El Nuevo Testamento nace, pues, en el seno de una Iglesia viva, donde predicación, liturgia e instituciones animan y expresan una fe sólidamente anclada en los hechos, que encuentra en los libros una nueva manera de manifestarse y de difundirse.

Al final de la era apostólica comenzó a dejarse sentir en la Iglesia la presencia de falsos profetas y maestros. Eran hombres orgullosos, aliados del poder civil y, con frecuencia, de costumbres disolutas. Pretendían partir del dato revelado, pero incurrían en el más craso racionalismo (cf. Mt 7,15; 24,11; Mc 13,11; Hch 13,6; 2Pe 2,1-13; 1Jn 2,18-27; 4,1-6; 2Jn 7-11; Ap 16,13; 19,20; 20,10). No es la doctrina de Cristo que dicen predicar lo que les interesa, sino el afiliarse a Cristo a su propio partido. Sólo admiten lo que el hombre puede comprender, y eso lo dice la filosofía de la época, elevada así al rango de maestra indiscutible de la verdad. Son del mundo; por eso el mundo les oye con gusto. En 2Jn 9 hay una curiosa expresión: "Cualquiera que se adelanta demasiado y no se queda con lo que Cristo enseñó, no tiene a Dios". El falso maestro avanza tanto es sus especulaciones que rompe con la doctrina auténtica de Jesús predicada en la Iglesia por los apóstoles y sus legítimos sucesores.

En este momento de crisis hubo que aferrarse a algo. Todavía no se habían escrito todos los libros del Nuevo Testamento ni todas las comunidades conocían todos los que ya circulaban. Tampoco hay una autoridad central con poderes bien definidos. Pablo y Juan se vuelven a una tradición que el primero llamará "depósito" (*parathéke*): Cristo ha revelado a sus apóstoles el rostro del Padre, su propia condición de Hijo y la presencia del Espíritu en sus discípulos. Los apóstoles han sido testigos de la vida y de la enseñanza de Jesús; las han meditado, vivido,

predicado y, finalmente, transmitido como un depósito a sus sucesores al frente de las iglesias; los eslabones de la cadena están al servicio de lo que han recibido para entregarlo a su vez a las nuevas generaciones en toda su pureza. Pablo termina así su primera carta a Timoteo: “Timoteo, guarda el depósito. Evita las palabrerías profanas y también las objeciones de la falsa ciencia; algunos que la profesaban se han apartado de la fe” (1Tm 6,20; cf. 2Tm 1,13ss).

El autor de la primera carta de Juan emplea otro vocabulario, pero la idea es la misma: “En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1Jn 2,24).

El último escrito del Nuevo Testamento es quizá la segunda carta, llamada de San Pedro. Su autor pone el broche a la época apostólica con esta declaración: “Procuró excitar en vosotros, con el recuerdo, una sincera inteligencia: que os acordéis de las palabras predichas por los santos profetas y del precepto del Señor y salvador, dado por vuestros apóstoles” (2Pe 3,1). En estas líneas hay una clara alusión a los libros del Antiguo Testamento, “las palabras predichas por los santos profetas”. El “recuerdo” que aviva “una sincera inteligencia”, se conserva siempre fresco en la Iglesia gracias a la predicación oral, a la liturgia, a la santidad de sus miembros y a los libros inspirados. El Vaticano II expone esta doctrina en el número 7 de la *DV*.

En el seno de la Iglesia se da también un fenómeno parecido al que tiene lugar en el judaísmo de la era cristiana. Era necesario sacar conclusiones concretas de los datos de la revelación para hacer frente a los problemas siempre nuevos que la vida plantea en el campo de la doctrina y de la conducta. Poco a poco van consolidándose una serie de hábitos y maneras de pensar que se enraízan en la Tradición y en la Escritura, pero que no son



ni la una ni la otra. Son las tradiciones eclesiásticas. La Iglesia no cometerá el error del judaísmo. Ella no pondrá a estas tradiciones al mismo nivel de dignidad que la Escritura. Puede ocurrir, sin embargo, y ocurre de hecho en algún momento de la historia, que algunos hombres tomen por Tradición lo que son tan sólo caducas tradiciones eclesiásticas.

Una de estas tradiciones sería, por ejemplo, la de celebrar la liturgia en latín. El Papa san Dámaso, a fines del s. IV, terminó en Roma con el uso litúrgico del griego, que entendían muy pocos, y prescribió el del latín, que era el idioma del pueblo. El concilio de Trento, s. XVI, impuso a toda las Iglesias dependientes directamente de Roma el latín como lengua litúrgica, incluso a los países recién descubiertos e incorporados al cristianismo. El latín llegó a ser una lengua desconocida para la mayor parte de los fieles. El concilio Vaticano II dio vía libre al uso en la liturgia las lenguas vernáculas y saltó así por encima de la pequeña y moderna tradición de Trento para empalmar con la más antigua y universal de san Dámaso. Este Papa empalmó así con la genuina Tradición de la Iglesia, que hace de los sacramentos un signo lo más claro posible del Misterio, pero no un segundo misterio que requiere nuevos signos para ser entendido.

### **La polémica con los protestantes en torno a la Tradición y las tradiciones**

En la polémica con los católicos Lutero (+ 1546) partía de una serie de intuiciones y principios en que hay mucho de verdadero y su buen poco de confuso e incompleto. El reformador sienta como principio una serie de afirmaciones importantes sobre la justificación por la fe y no por las obras. Su convicción de que el pecado original ha arruinado la naturaleza humana, le empuja a afirmar que nada humano puede conducir a Dios. Lutero plantea así una falsa alternativa, que presume

un antagonismo irreductible donde no lo hay: o Dios solo, absolutamente verdadero, o su criatura, que es mentirosa y vana. O someterse a Dios o someterse al hombre. Planteada la cuestión en estos términos, la opción era indudable: Dios solo es quien tiene toda la dirección de la existencia humana. Para vincularse con Dios el hombre no depende de otros hombres o de un poder humano eclesiástico. Esta vinculación no puede estar condicionada por una estructura colectiva de Iglesia que representa un orden público de fe, de culto y de conducta. No existe la jerarquía ni hay un magisterio vinculante. Todos los fieles son sacerdotes al mismo nivel.

Lutero fundaba su doctrina en la Escritura. La Biblia, dice él, no habla de los votos monásticos, ni del celibato sacerdotal, ni del ayuno obligatorio, ni del purgatorio, ni de las indulgencias, ni de los sacramentos. Fuera, pues, con todo eso. La Biblia, especialmente la carta a los Romanos, habla de la justificación por la fe y no por las obras que prescribe la Iglesia romana. En el rechazo a estas "obras" hay una intuición en parte verdadera y un merecido reproche al fariseísmo de muchos católicos que confiaban en su salvación eterna por haber cumplido una serie de buenas obras tales como ayunos, compra de indulgencias y otras parecidas. Estas prácticas, que dependen de la voluntad del hombre, resultaban mucho más cómodas y tranquilizadoras que la adhesión firme y personal a la Palabra de Dios.

Lutero es consciente de que necesita hacer una teología de la Escritura, concebida como principio divino determinante de la existencia cristiana. La Escritura, dice, tiene a Dios como autor, a Jesucristo como contenido objetivo y al Espíritu Santo como principio subjetivo de inteligencia. Lutero admite y practica coherentemente la interpretación histórica y filológica, pero ésta debe servir para encontrar a Cristo. ¿Cómo? Sólo la fe de cada uno, iluminado individualmente por el Espíritu Santo, permite descubrir cuáles son los pasajes de la Biblia que

predican a Cristo y cuáles no. Nunca pensó Lutero que pudiera haber datos revelados fuera de la Escritura.

Los adversarios de Lutero, los controversistas católicos, le golpearon donde no podía dolerle. En vez de hacer un análisis serio de las costumbres criticadas, de la naturaleza de la vinculación religiosa con Dios y del misterio profundo de la Iglesia, ellos adoptaron una postura defensiva y se perdieron en los detalles. El ayuno, los votos monásticos, las indulgencias, los 7 sacramentos, todo eso era querido por Dios, puesto que eran “tradiciones” alabadas y confirmadas por la Iglesia. Así lo probaban los escritos de los Santos Padres, los cánones de los concilios ecuménicos y unas prácticas pluriseculares.

El concepto mismo de Tradición era confuso. La Tradición contendría un cierto número de verdades, ausentes de la Escritura, que permitirían al Magisterio eclesiástico el imponer una disciplina contra la cual Lutero se rebelaba. Repugnaba a Lutero la existencia de un Magisterio humano que impone prácticas que no se encuentran en la Biblia. “Un solo Señor, un solo Maestro”. No hay Tradición alguna. Sólo la Escritura. Como era imposible a católicos y protestantes el ponerse de acuerdo sobre el criterio a seguir en la interpretación de la Escritura, la ruptura entre Martín Lutero y la Iglesia Católica era fatal y sin arreglo.

### **El concilio de Trento (1546-1563)**

Lutero fue excomulgado en 1521 y murió el 18 de febrero de 1546. El concilio de Trento comenzó sus trabajos el mismo año 1546 y los terminó en 1563. Pocas semanas después de la muerte del reformador, el 8 de abril de 1546, concluyeron las discusiones en torno al tema de la Escritura y fueron aprobados dos importantes decretos, uno sobre el canon y otro sobre la edición y uso de los libros sagrados. El

primer decreto comienza con la larguísima frase que se refiere insistentemente a las tradiciones (en plural). El decreto sobre el canon dice:

“El concilio tridentino, proponiéndose que se conserve en la Iglesia la pureza del Evangelio; viendo que esta verdad y disciplina se contiene en los libros escritos y sin escrito en las tradiciones que han llegado hasta nosotros, recibe y venera con el mismo piadoso afecto y reverencia tanto los libros todos del Antiguo y del Nuevo Testamento, cuanto las dichas tradiciones que se refieren a la fe o a las costumbres, como dictadas que fueron oralmente por Cristo o por el Espíritu Santo y conservadas en la Iglesia Católica por no interrumpida sucesión” (DB 48; la cita es literal pero se han suprimido algunos incisos).

El 13 de noviembre de 1564 el Papa Pío IV publicaba una fórmula llamada comúnmente “profesión de fe tridentina”, que debían suscribir todos los dignatarios eclesiásticos y superiores de órdenes religiosas. Esta profesión resume muy bien las ideas del concilio sobre la interpretación de la Escritura. Dice así esta profesión de fe:

“Asimismo, admito la Sagrada Escritura según el sentido que tuvo y tiene la Santa Madre Iglesia, a la cual compete juzgar el verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras; y nunca la recibiré ni interpretaré sino conforme al unánime sentir de los Padres” (DB 64).

En Trento se discutió si era mejor el establecer primero una lista de las tradiciones o decir simplemente que la Iglesia las recibe y venera “con el mismo piadoso afecto y reverencia” con que recibe y venera la Biblia. La votación fue favorable a esta segunda fórmula.

La redacción primitiva del párrafo rezaba: “Esta verdad y disciplina se contiene parcialmente (*partim*) en los libros escritos y parcialmente (*partim*) sin escrito en las tradiciones que han llegado hasta nosotros”. La inclusión de estos dos *partim* significaba que el contenido de la Tradición era cuantitativamente mayor en algunos casos, que el de la Escritura. El P. Bonuccio, superior general de los servitas, pidió que se quitaran los dos *partim*. Parece que no se dio mucha importancia al asunto y la enmienda fue aceptada sin someterla siquiera a votación. Bendita y providencial enmienda.

Los Padres conciliares defendieron sólo el valor y la existencia de tradiciones que no han llegado por escrito a la Iglesia postapostólica. Nada afirman sobre si las verdades así transmitidas son más, menos o las mismas que las llegadas por la Escritura, aunque probablemente los Padres pensaban que eran más. El origen divino de tales tradiciones garantizaba su valor y su autoridad. Se refieren “a la fe y a las costumbres”, es decir, al dogma y a la moral. Las “costumbres” no son los usos eclesiásticos. Estos no son objeto de la definición conciliar. No se da ni definición ni ejemplos típicos de estas tradiciones, de modo que el concepto es impreciso. Los documentos pontificios posteriores irán abandonando el uso del plural para hablar sólo de *Tradición*, en singular.

### **La teología postridentina**

Una cosa es lo que se definió en Trento y otra lo que entendieron y enseñaron los teólogos posteriores. Hasta el s. XVI había existido una interpretación de la Escritura bastante unánime en toda la Iglesia, aprobada al menos tácitamente por Papas y obispos. Rota la unidad, la Iglesia Católica se vio amenazada por una corriente bíblicista de tipo exclusivo, que sacudía algunos principios sobre los que había apoyado su enseñanza y su vida. Como reacción, los teólogos insistirán mucho en

el ejercicio de un magisterio de autoridad, autoridad que de buena fe se afirma poseen también los obispos, pero que de hecho se concentra cada vez más en el Papa.

El proceso culmina en el concilio Vaticano I (1870) con la declaración de la infalibilidad del Sumo Pontífice. Para justificar el ejercicio del Magisterio en algunos puntos resulta cómodo sostener la existencia de una Tradición de origen divino que contiene verdades ausentes de la Escritura. Insensiblemente ha habido un deslizamiento. La dualidad Escritura-Tradición se ha convertido en una dualidad Escritura-Iglesia, entendiendo por Iglesia a la autoridad jerárquica, concentrada en la autoridad papal. La Escritura se ha convertido a los ojos de no pocos buenos católicos en el arma que manejan los herejes para destruir la fe de los hijos de la Iglesia. Los protestantes tienen la Biblia, nosotros tenemos al Papa, la Tradición y los sacramentos. Ningún teólogo llegará a formular semejante disparate, pero se difunde la idea de que leer la Biblia puede ser peligroso. De hecho, los católicos apenas conocían la Escritura y cuando la escuchaban en la liturgia, se la leían en un idioma incomprensible para ellos.

Algunos teólogos inmediatamente anteriores al Vaticano II destruyeron prejuicios, echaron por tierra seguridades infundadas, interpretaron el sentir hondo de la Iglesia, que se manifestaba en el movimiento bíblico, y avanzaron nuevas ideas que iban a cristalizar en la constitución *Dei Verbum*. Y mientras los católicos por una parte estudiaban cada vez con mayor competencia y amor la Escritura, los protestantes, por la suya, iban redescubriendo el sentido y el valor de una Tradición en la Iglesia.

## **El concilio Vaticano II. Un proyecto arrojado al cesto de los papeles**

La comisión teológica preparatoria encargada de redactar los documentos a discutir en el Vaticano II no se había dejado inquietar por el remezón sentido en la teología reciente. Por diversas razones consideró que la doctrina de los teólogos postridentinos estaba madura para ser objeto de una definición dogmática. El primer borrador de lo que andando el tiempo sería la *Dei Verbum* sostenía lo siguiente:

- Hay dos fuentes de revelación: la Tradición y la Escritura. Aquélla sería “el camino por el cual algunas verdades reveladas son conocidas por la Iglesia”, es decir, contiene más verdades que la Biblia.
- La Tradición es defendida a costa de la Escritura. Aunque la Biblia esté inspirada, “sólo gracias a la Tradición apostólica su sentido puede ser entendido y expuesto cierta y claramente”. Pareciera que la Escritura no ha nacido precisamente en el seno de una Tradición, de la que es testigo y vehículo privilegiado.
- La Tradición es concebida sobre todo como un depósito de proposiciones. Con un poco de esfuerzo casi se podría hacer una lista completa. El énfasis se pone en la conservación y defensa de un elenco de verdades. No se ve cómo puede haber progreso en la Tradición. Se vuelva la vista al pasado, no al futuro.

El esquema tenía también elementos positivos, pero quienes lo atacaron en el aula, noviembre de 1962, se fijaron con insistencia en los defectos. Más de la mitad de los Padres votaron en contra de él, pero como no llegaban a los dos tercios exigidos por el reglamento para rechazarlo, el concilio se vio abocado a un callejón con muy mala salida. Se perdería

mucho tiempo discutiendo un proyecto que la mayoría desaprobaba y al que iría desmantelando en las votaciones parciales.

Juan XXIII se dio cuenta de la tensión reinante entre los Padres y se saltó el reglamento. Él mismo retiró el esquema y nombró una nueva comisión para redactarlo, formada por miembros de la Comisión Teológica y del Secretariado para la Unión de los Cristianos, patrocinadores unos e impugnadores los otros del proyecto retirado.

### **El documento definitivo, *Dei Verbum* 7-10**

El segundo esquema, presentado por la comisión mixta, no gustó: buscaba con poco acierto un compromiso. Un tercer esquema es propuesto en julio de 1964 y discutido en la sesión conciliar de aquel año. De él proceden el esquema cuarto y el documento definitivo que Pablo VI promulgó el 18 de noviembre de 1965, menos de un mes antes de la clausura del Vaticano II. La historia de la Constitución dogmática *Dei Verbum* era como una miniatura de la historia del concilio.

El tema de la Tradición es uno de los temas mayores de la *DV* y quizá de todo el Vaticano II. En la *DV* se le dedica todo el capítulo II, números 7-10, y el tema reaparece en los números 12, 21 y 24. Los Padres conciliares eran conscientes de la importancia de sus asertos. En las *Relaciones que acompañan la cuarta redacción*, p. 45, se lee:

“Creemos sin presunción que las imperfecciones [del texto] están superadas con creces por las cualidades. Será útil recordarlas: ... firmeza y claridad en la afirmación de la doctrina católica; una explicación cuidada de la naturaleza, objeto e importancia de la Sagrada Tradición, esto último por vez primera en un documento del Magisterio Supremo,



la libertad ofrecida a las ulteriores investigaciones de los teólogos en las cuestiones discutidas o no absolutamente necesarias” (Citado por perarnau, j. (Ed.), *Constitución dogmática sobre la Revelación divina*. Constituciones y Decretos del Concilio Ecuménico Vaticano II, 7. Castellón de la Plana 1966, pág. 59ss).

Por vez *primera*. Se siente vibrar una nota de legítimo orgullo en estas palabras. Para llegar a esta primera vez el camino recorrido había sido largo y accidentado. El documento evita el problema de decidir si la predicación oral, o Tradición, en cuanto al contenido objetivo, va o no más allá de la predicación escrita o Escritura. Los Padres conciliares renunciaron adrede a dar una solución tajante. Las líneas siguientes son una glosa de los números 8, 9 y 10 de la *DV*.

El número 8 se ocupa de la Sagrada Tradición en cuanto vehículo no escrito de la revelación. El primer párrafo afirma su existencia y describe su naturaleza. La predicación apostólica, que se expresa de un modo especial en los libros sagrados, debe ser conservada hasta el fin de los tiempos por una transmisión ininterrumpida. La sucesión apostólica asegura una continuidad en la plenitud de la revelación entre las dos venidas de Jesucristo. Los apóstoles atribuyeron una gran importancia a que se conservara y se defendiera lo que entregaban a los fieles y que ellos mismos habían recibido.

La Tradición, que los apóstoles recibieron y transmitieron, incluye todo lo necesario para que el pueblo de Dios lleve una vida santa y para que crezca siempre su fe. Es la Iglesia misma con su enseñanza, con su vida y con su liturgia quien transmite a todas las generaciones cuanto ella es y cuanto cree. Lo transmitido no es, pues, un frío elenco de proposiciones verdaderas, sino todo lo que Dios ha revelado con palabras y con hechos para la salvación de los hombres. El conjunto

de la realidad sobrenatural se expresa perpetuamente en la administración de los sacramentos, en la predicación, en la vida toda de la Iglesia entera, que es al mismo tiempo receptora, depositaria y transmisora de la Tradición. La liturgia tiene una importancia especial porque hace presente en cada momento la realidad misma del misterio pascual. La comunidad cristiana puede a veces reparar menos en tal o cual aspecto del misterio, pero ese aspecto vive y es eficaz en los sacramentos.

El segundo párrafo del número 8 afirma el crecimiento de la Tradición. Es muy importante la referencia al Espíritu Santo. Él garantiza que este crecimiento sea homogéneo, es decir, fiel al pasado y abierto a un futuro donde la verdad brillará con plenitud. Crece continuamente la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas. La Iglesia es incapaz de proclamar y de expresar de una sola vez todo el depósito de lo revelado. El progreso en la Tradición consiste en que llega a expresarse con mayor claridad lo que en ella está contenido de manera oscura e implícita. La Tradición no es la vitrina de un museo donde se exhiben valiosas joyas de la antigüedad, sino la vida misma de la Iglesia que, fiel a sus orígenes y proyectada hacia la segunda venida del Señor, encuentra recursos en sus entrañas para responder a las necesidades de cada época. El crecimiento se da cuando los fieles contemplan y estudian las palabras e instituciones transmitidas, cuando comprenden interiormente los misterios que viven, cuando predicán los obispos, sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad.

El tercer párrafo habla de la eficacia de la Tradición. Sus riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora. Su presencia es siempre viva. Gracias a ella conoce la Iglesia el canon o lista de los libros inspirados, los comprende cada vez mejor y así hace de ellos un mensaje siempre actual. Es subrayada una vez más la importancia del Espíritu Santo que hace resonar la voz del evangelio en la Iglesia, introduce a los

fieles en la verdad plena y hace que habite en sus corazones la palabra de Cristo.

El número 9 fue presentado oficialmente con estas palabras: “La relación entre la Tradición y la Escritura, que hemos descrito bastante en el número anterior, aquí se vuelve a considerar en cuanto a su origen, finalidad, objeto y en cuanto a la valoración que de ambas hace la Iglesia”. En el número hay cinco afirmaciones fundamentales:

- Escritura y Tradición están ligadas entre sí y se intercomunican,
- porque proceden de un mismo manantial, que es divino, forman una sola realidad y tienden al mismo fin. La Tradición, pues, no se confunde con las tradiciones de origen meramente eclesiástico;
- en efecto, ambas transmiten la palabra de Dios, una por escrito, otra por la predicación oral. Una vez más se evita el dar respuesta al problema de si es igual cuantitativamente lo que cada una de ellas contiene;
- de aquí resulta que la Iglesia no extrae su certeza sobre lo revelado exclusivamente de la Sagrada Escritura. De hecho, no existe ninguna comunidad cristiana que prescinda de principios de interpretación diversos de la Escritura. Esos principios nunca son extraños al núcleo de la misma Escritura. Su valor radica en que suministran una clave para comprender lo que la Biblia dice.
- Se propone como un deber lo que Trento señalaba como un hecho: Tradición y Escritura *deben ser* aceptadas y veneradas con la misma piedad y reverencia.

El número 10, último del capítulo II, entra en el tema de las relaciones de Tradición y Escritura con toda la Iglesia y con

el Magisterio. Una vez más el relator ofrece aclaraciones luminosas. El depósito de la revelación es un don divino hecho a toda la Iglesia y que ésta tiene obligación de conservar y de transmitir. Para tener certeza de cuál es el sentido auténtico de la palabra de Dios es necesario que hable el Magisterio como tal. De hecho, lo que él define era ya creído por toda la Iglesia y precisamente por ser creído y aceptado, se atreve el Magisterio a declararlo revelado. Las definiciones dogmáticas consagran jurídicamente el deber de adherirse a la verdad propuesta.

- El primer párrafo habla de la concordia entre pastores y fieles para conservar, practicar y profesar la fe recibida.
- El segundo afirma que el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, sólo fue confiado al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en nombre de Jesucristo. Este Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su *servicio*. Por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo los maestros de la Iglesia escuchan, custodian y explican el único depósito de la fe y de él sacan cuanto proponen a la adhesión de los cristianos como revelado por Dios.
- El concilio responde así a una pregunta fundamental: ¿cómo distinguir la Tradición auténtica de las tradiciones que ya no tienen razón para seguir siendo? El número 21 de la *DV* dirá que la Iglesia tuvo y sigue teniendo la Escritura, juntamente con la Tradición, como regla suprema de su fe. Esa regla significa que una proposición sólo es de fe cuando el Magisterio la ha declarado como tal, cerrando el paso a interpretaciones demasiado personales o caprichosas. El Magisterio no encuentra el contenido de sus declaraciones en algún recóndito almacén de verdades, sino en la Tradición viva de la Iglesia, cuyo eje central es la Escritura. Los teólogos de Taizé veían el peligro de que el Magisterio terminara colocándose por encima de la Biblia

y no se dejara juzgar por la palabra de Dios. El riesgo es real. La asistencia del Espíritu Santo es la única garantía de que el Magisterio será sustancialmente fiel a su cometido. El número y el capítulo concluyen afirmando una idea profundamente católica, la de síntesis:

“Así pues es evidente que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, de acuerdo con los sapientísimos designios de Dios, están de tal forma enlazados y unidos entre sí, que uno no se sostiene sin los demás y todos juntos, cada uno a su manera bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas”.

### **Relaciones entre la Escritura, la Tradición y el Magisterio**

“Para sacar bien el sentido de los textos sagrados... hay que tener en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia... Todo lo tocante a la manera de interpretar la Escritura está en último término sometido al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato divino y el *servicio* de conservar y de interpretar la palabra de Dios” (DV 12).

DV 12 subraya, repitiéndola, una idea que ya estaba dicha en el número 10, la de *servicio*. El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino que la sirve.

El concilio no ha dado respuesta a todos los problemas. Es de libre discusión el tema de si el contenido de la Tradición es igual o mayor que el de la Escritura. Prevalece entre los teólogos actuales la idea de que la Escritura contiene ya al menos implícitamente todas las verdades que la Tradición va poniendo de relieve. La función de esta última sería, pues, fundamentalmente criteriológica en cuanto indica cuáles son los

libros inspirados y hace que la Iglesia los comprenda cada vez mejor. Escritura, Tradición y Magisterio no son tres realidades en conflicto, sino íntimamente ligadas e interdependientes. La Escritura tiene una dignidad fuera de serie, pero está inmersa en una Tradición viva, de la que es el eje y la manifestación más autorizada. Su interpretación no queda al arbitrio de los creyentes individualmente considerados, ni siquiera de los más sabios. Es el Magisterio quien tiene el derecho y el deber de decir la última palabra, pero antes de pronunciarla necesita interrogar a la Biblia, a la luz de la ciencia y de la vida de la Iglesia, y escuchar humildemente al pueblo de Dios.

Algunas observaciones sobre los *juicios definitivos* de la autoridad eclesiástica:

- El Magisterio no ha emitido ningún juicio dogmático sobre quiénes han sido los autores humanos de los libros bíblicos, ni sobre la fecha en que fueron redactados ni sobre su unidad de composición.
- Entre las muchas cosas que en los libros sagrados se proponen, son pocas aquellas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia. Quedan, pues, muchas y graves cuestiones en cuyo examen y exposición los intérpretes católicos pueden y deben ejercitar libremente su competencia.
- Cuando el Magisterio se pronuncia sobre un versículo en particular lo hace habitualmente de forma negativa, saliendo al paso de una interpretación falsa que constituye una amenaza para la fe o para la moral. Las citas de la Biblia, con que están esmaltados todos los documentos pontificios y conciliares, no pretenden dar de esos pasajes una interpretación que sería la única y la más profunda.

- Sobre todo el Magisterio ha prestado un servicio insustituible a la Iglesia. Es cierto que ante algunos avances logrados por los exegetas ha reaccionado de forma lenta, medrosa y hasta injusta. Ha hecho callar por algún tiempo a hombres beneméritos. Con frecuencia ha sido más un freno que un estímulo. No es menos cierto que el Magisterio ha impedido a la Iglesia Católica embarcarse en aventuras que, como el racionalismo o el modernismo, han naufragado hasta desde el punto de vista estrictamente científico. La docilidad al Magisterio auténtico es a veces dolorosa, pero nunca termina en una catástrofe. En cambio, siempre acaba mal la rebeldía y el individualismo exacerbado.

### **Actitudes de fondo**

Al hablar de la Biblia la constitución *Dei Verbum* no ha podido agotar todos los temas. Ni la historia ni el progreso de la teología terminan con el Vaticano II. En cualquier caso, parece haber triunfado en él, una vez más y para bien de todos, una mentalidad que importa descubrir netamente.

Tal vez ayuda a darse cuenta de esta actitud de fondo el hacerse una pregunta que engloba dos temas aparentemente diversos. ¿Por qué una lucha tan larga y tan encarnizada a propósito del trabajo de los exegetas en la Iglesia y de las relaciones entre Escritura y Tradición? Las reflexiones que siguen pueden estar equivocadas. Dibujan, sin duda, una caricatura más que un retrato, pero tal vez esbozan rasgos exactos de la realidad.

La lectura de la *DV*, de los comentarios hechos a ella y de las crónicas periodísticas sobre los acontecimientos del concilio deja una impresión bastante clara. En el aula conciliar se enfrentaron dos grupos con ideas distintas sobre la autoridad en la Iglesia y sobre la Iglesia misma.

Se diría que los menos tenían una concepción dualista de la Iglesia, en todos los niveles: Magisterio y exegetas, Escritura y Tradición, criterios racionales y criterios teológicos. Entre los dos miembros de cada una de estas parejas habría una tensión bipolar que los hacían incompatibles: los exegetas se enfrentan con el Magisterio, la Tradición es una fuente de revelación distinta cualitativa y cuantitativamente de la Escritura, la hermenéutica racional contradice los resultados de la hermenéutica teológica. La autoridad sería el radio que mantiene unidos a un centro, el Papa, todos los puntos de la circunferencia impulsados por una terrible fuerza centrífuga que tiende a dispararlos por la tangente. Parece que la Iglesia es concebida como un cuerpo alentado por un soplo de disgregación más que por el Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia no, porque en realidad la Iglesia pareciera reducirse a la jerarquía o, mejor aún, al Papa y, en la práctica, a un restringido grupo de personas que le rodean pretendiendo tener la plenitud del poder de decisión sobre todos los fieles. Uno está tentado de sospechar que algunos piensan que el Espíritu Santo animaría de preferencia a los obispos y, sobre todo, al Papa. A los demás fieles llega sólo el influjo preciso para vivir en gracia, pero no para participar de luces que puedan descubrir nuevas profundidades y cambios de acento en la doctrina oficial.

Frente a los exegetas, que siguiendo una severa disciplina en el análisis de la Biblia pueden hacer tambalear certezas demasiado alegremente tenidas por inamovibles, se levantaría el baluarte de una Tradición más rica de contenido que la Escritura, y de cuya interpretación sólo el Magisterio tiene el secreto.

Todo es aquí coherente. Se quiere seguridad a cualquier precio. Para conseguirla se reduce sutilmente toda la Iglesia al Magisterio y éste a un pequeño grupo de personas que monopolizan la asistencia del Espíritu Santo. Se recela de los demás fieles, de los biblistas, de los teólogos un poco inquietos,



incluso de los obispos de la periferia. Hay como un miedo a la libertad, a la iniciativa, a la creatividad, como si todo esto no viniera de Dios. Inconscientemente se ha operado un contagio de las viejísimas convicciones de todos los totalitarismos que en el mundo han sido: la masa es ignorante y no se puede confiar en ella; abrazará con más facilidad el error que la verdad, porque la verdad brilla menos y es menos atractiva que el error. Afortunadamente para la masa misma, allí está el grupo escogido que ostenta la autoridad absoluta. Sólo ese grupo sabe bien y siempre lo que es bueno y oportuno. A la desconfianza frente a los demás se une el contento de sí mismo y una buena dosis de pereza para dejar posiciones que se han vuelto confortables.

Una vez más en la historia de la Iglesia triunfó el optimismo y la serenidad ante el futuro. Los Padres del Vaticano II creyeron en la fuerza del Espíritu que trabaja corazones humanos, es decir, corazones donde el bien es más fuerte que el mal. El concilio reafirma la función insustituible del Magisterio, subrayando que es querido por Dios como garantía de unidad, pero no como un órgano aparte del resto de la Iglesia y en conflicto con él. Escritura y Tradición, exegetas y sucesores de los apóstoles, pueblo y jerarquía son profundamente solidarios porque todos son miembros del mismo Cristo. Su dinámica interna brota de la misma fuente y empuja hacia el mismo fin. Para gozar de buena salud, Cristo necesita que todos ellos funcionen de acuerdo. La Iglesia enferma a veces de pecado y puede ser herida desde dentro tanto por los abusos de autoridad como por los falsos profetas. Es ley de vida. Los conflictos son inevitables, pero la manera de superarlos no es suprimir uno de los dos polos de la tensión. Tan funesto sería para la Iglesia renunciar al Magisterio como renunciar a la exégesis, renunciar a la jerarquía como renunciar al pueblo, renunciar a la Tradición como renunciar a la Escritura. El concilio pide a todos la seriedad intelectual, la humildad, la colaboración y la confianza mutua.

## Verdad y moral

El tema de la verdad está íntimamente ligado al de la santidad de la Biblia. Algunos textos difíciles, referentes a la moral sexual, son: las hijas de Lot se hacen embarazar por su padre (Gn 19,30ss), el embarazo de Tamara por su suegro (Gn 38,12), la poligamia de David y Salomón (cf. 2Sm 3,2-5, 1Re 11,1ss), la legislación sobre el divorcio y el trato a las esclavas de guerra (Dt 21,10-14; 24:1-4), la ley del Levirato (Dt 25,5-10 y el libro de *Rut*). Más chocantes aún son las leyes que tocan a los actos de crueldad, por ejemplo: los *anatemas* (Jos 6,17ss; 7,26ss, Dt 20,15-18), la ley del Talión (Ex 21,23s), la crueldad de Jehú (2Re 9-10, cf. Os 1:4) y algunos *salmos* como el 137. Los problemas que estos textos plantean, como los que plantea el tema de la verdad, se resuelven de manera semejante: interpretando bien los pasajes difíciles.

Benedicto XVI ha dedicado la VD 42 a “*las páginas ‘oscuras’ de la Biblia*”. Es un número que explica la DV 13 y 15. Dice el Papa:

“En el contexto de la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, el Sínodo ha afrontado también el tema de las páginas de la Biblia que resultan oscuras y difíciles, por la violencia y las inmoralidades que a veces contienen. A este respecto, se ha de tener presente ante todo que *la revelación bíblica está arraigada profundamente en la historia*. El plan de Dios se manifiesta *progresivamente* en ella y se realiza lentamente por *etapas sucesivas*, no obstante la resistencia de los hombres. Dios elige un pueblo y lo va educando pacientemente. La revelación se acomoda al nivel cultural y moral de épocas lejanas y, por tanto, narra hechos y costumbres como, por ejemplo, artimañas fraudulentas, actos de violencia, exterminio de poblaciones, sin denunciar explícitamente su inmoralidad. Esto se ex-

plica por el contexto histórico, aunque pueda sorprender al lector moderno, sobre todo cuando se olvidan tantos comportamientos «oscuros» que los hombres han tenido siempre a lo largo de los siglos, y también en nuestros días. En el Antiguo Testamento, la predicación de los profetas se alza vigorosamente contra todo tipo de injusticia y violencia, colectiva o individual y, de este modo, es el instrumento de la educación que Dios da a su pueblo como preparación al Evangelio. Por tanto, sería equivocado no considerar aquellos pasajes de la Escritura que nos parecen problemáticos. Más bien, hay que ser conscientes de que la lectura de estas páginas exige tener una adecuada competencia, adquirida a través de una formación que enseñe a leer los textos en su contexto histórico-literario y en la perspectiva cristiana, que tiene como clave hermenéutica completa «el Evangelio y el mandamiento nuevo de Jesucristo, cumplido en el misterio pascual» [140: *Propositio* 29]. Por eso, exhorto a los estudiosos y a los pastores, a que ayuden a todos los fieles a acercarse también a estas páginas mediante una lectura que les haga descubrir su significado a la luz del misterio de Cristo.

## 4. EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN: CRISTO, IGLESIA, BIBLIA

### 4.1. EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN. *Dei Verbum* 13

El capítulo III de la constitución *Dei Verbum* termina con el número 13. En este número se establece un paralelismo entre la encarnación de la Palabra del Padre Eterno en la naturaleza humana y la expresión de las palabras de Dios en un lenguaje humano:

“Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura nos muestra la admirable ‘condescendencia’ (*synkatábasis*) de Dios ‘para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita’ (san Juan Crisóstomo). En efecto, las palabras de Dios, expresadas con lenguas humanas, se han hecho semejantes al lenguaje humano, tal como en otro tiempo la Palabra del Padre Eterno, asumida la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres”.

El acontecimiento central de la historia de la salvación es la resurrección de Cristo, imposible sin la encarnación del Hijo de Dios. La encarnación es la clave explicativa de la vida de Jesucristo, del misterio de la Iglesia y de la naturaleza de la Biblia. La encarnación de la Palabra de Dios es aludida con frecuencia en el Vaticano II y después de Concilio.

En relación con la Escritura, Juan Pablo II se refiere dos veces a este misterio en el discurso con que el día 23 de abril de 1993 presentó el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, cuyo

presidente era el cardenal Josef Ratzinger, sobre *la interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 de abril de 1993, 7 y 16).

Benedicto XVI, en el capítulo dedicado a la hermenéutica de la Biblia, de la exhortación apostólica *Verbum Domini* (30 septiembre 2010) se refiere tres veces al misterio de la Encarnación, números 32, 36 y 44. Dice el Papa en el #32:

“Es necesario reconocer el beneficio aportado por la exégesis histórico-crítica a la vida de la Iglesia, así como otros medios de análisis del texto desarrollados recientemente. Para la visión católica de la Sagrada Escritura, la atención a estos métodos es imprescindible y va unida al realismo de la encarnación”.

La encarnación del Hijo de Dios es una realidad de múltiples facetas, que puede ser abordada desde diversos puntos de vista:

Los cristianos de la segunda mitad del s. XX miran a una de ellas con predilección notoria. La asunción que el Verbo ha hecho de una naturaleza humana, verdadera y completa, representa un acercamiento de Dios a las realidades terrestres, que la Iglesia y el cristiano deben imitar.

Los teólogos de los siglos XVI y XVII realizaron verdaderas proezas en el terreno de la metafísica para explicar de alguna forma cómo una persona divina puede asumir realmente una naturaleza humana que no es persona humana.

Los Padres de la Iglesia fueron impresionados poderosamente por otra faceta. La encarnación es el misterio de la humildad de Dios, de la *kenosis* o anonadamiento de su Hijo. San Agustín, por ejemplo, escribe:

«Yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza». Y añade: «El Verbo edificó para sí una casa humilde de nuestro barro» para sanar el orgullo de los hombres y alimentar su amor «viendo ante sus pies débil a la divinidad por haber participado de nuestra túnica de piel» (*Confesiones*, VII, 18, 24).

El paralelismo o coherencia entre Cristo, Iglesia y Biblia puede estudiarse a partir del hecho de la encarnación desde una de estas perspectivas o desde otras. En las líneas que siguen se ha preferido adoptar el punto de vista de san Agustín.

#### 4.2. LA ENCARNACIÓN DEL VERBO COMO ANONADAMIENTO

##### **El hecho**

Cristo Jesús, “existiendo *en forma de Dios (en morfê theoû)* no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se *anonadó (ekénōsen)* a sí mismo, tomando *forma de esclavo (morfên doúlou)* asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2,6-8).

Pablo quiere inspirar a los cristianos de Filipos sentimientos de humildad en sus relaciones mutuas. Por eso les escribe estas palabras, verosíblemente tomadas de un himno cristológico anterior. El apóstol no se interesa aquí por el problema metafísico de la encarnación. Se trata de poner ante los ojos de una comunidad un ejemplo convincente para que sus miembros busquen “cada cual no su propio interés, sino el de los demás» y lleguen a tener «los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Flp

2,4 ss.). Cristo Jesús, en efecto, que gozaba de “*forma de Dios*” antes de asumir carne mortal en el seno de la Virgen María, al existir en “*forma de hombre*” ha renunciado a todas las ventajas que su condición anterior podía haberle otorgado. Jesucristo se ha hecho verdaderamente hombre y con toda verdad ha procedido como tal.

El hombre, considerado como grupo zoológico, es un ser admirable que trabaja solidariamente, domina la naturaleza cada vez mejor y transmite de generación en generación el acervo siempre mayor de sus conquistas. Pero individualmente un hombre es un ser de efímera existencia y de extrema fragilidad. Como individuo sus posibilidades reales están limitadas por dos factores: su propia debilidad, por un lado, y el estado de desarrollo de la sociedad concreta en que le toca vivir, por otro. Hoy, como en el siglo XIX, los hombres no tienen alas para volar, pero hoy vuelan en aviones y hace siglo y medio no. Hace un siglo no podían volar no por ser menos hábiles que los de hoy para pilotar una máquina, sino sencillamente porque todavía no se habían inventado los aviones.

Al hacerse hombre, el Salvador ha asumido todas las limitaciones inherentes a esa condición. Ha asumido las limitaciones propias de los hombres de todas las épocas: fatiga, dolor, muerte. Jesús ha tenido que comer y dormir; con la edad ha progresado en sabiduría, ha hablado un idioma o dos a lo sumo, ha tenido que servirse de sus músculos de hombre para trabajar y caminar. Músculos de hombre, voz de hombre, fatiga de hombre.

Además de estas limitaciones, Jesús sufrió, como cualquier otro de sus contemporáneos, las que le imponía el hecho de vivir precisamente en el siglo I, en un punto concreto del Imperio Romano. No podía desplazarse de un lugar a otro en auto o en helicóptero. No podía anunciar la Buena Noticia sirviéndose de una cadena de periódicos, ni de una emisora de radio, ni

de un simple megáfono. Tenía que emplear largas horas para recorrer a pie distancias que hoy se hacen en pocos minutos. Su voz apenas sería un susurro a cien metros de distancia. Todas estas limitaciones han hecho que su mensaje llegara sólo a un número reducidísimo de hombres.

Es cierto que Jesús en sus años de ministerio público por tierras de Palestina, realizó milagros estupendos. Sin embargo, es notable que todos los milagros de Jesús estén más allá de las ciencias humanas. Mucho ha avanzado desde entonces el conocimiento de las leyes que rigen el universo. Los milagros de Cristo siguen siendo irrepetibles y con toda seguridad lo serán siempre, a pesar de lo que todavía ha de progresar la técnica. Los milagros de Jesús son signos de la presencia de una fuerza salvífica y divina en el mundo. Dan testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios. Responden a la verdad de su naturaleza divina. Manifiestan su gloria (Jn 2,11). Pero no hay un solo milagro que represente un progreso técnico, que ponga a Cristo al nivel de las posibilidades de un hombre de siglos posteriores. Jesús ha respetado todos los límites que su naturaleza humana y su realidad de judío súbdito de Tiberio, han impuesto a su actividad y al cumplimiento de su misión salvadora. Sus milagros son otra cosa. En modo alguno invalidan el aserto fundamental de san Pablo: Cristo Jesús se hizo semejante a los hombres y fue reconocido en su proceder externo como hombre.

### **El escándalo de la encarnación**

El misterio de la encarnación del Verbo es el misterio de los límites humanos que Dios ha querido para su acción redentora. Uno piensa con estremecimiento en lo poco sabio que Dios ha sido al realizar obra tan querida para él mismo como la salvación de los hombres. El anuncio de la llegada del reino de Dios ha sido confiado a un Dios-hombre en quien los límites impuestos por la naturaleza humana parecen prevalecer sobre las infinitas



posibilidades de la naturaleza divina. Aun sin aguardar al siglo XXV, si al menos el Verbo hubiese venido a la tierra cuando había ya trenes, automóviles, radios, periódicos, Internet. La encarnación lleva en sí germinalmente todo el misterio de la cruz, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles (cf. 1Co 1,23).

En resumen, el misterio de la encarnación del Verbo es el misterio de la humildad y de la condescendencia de Dios, que ha querido la salvación de los hombres por caminos desconcertantes en que brilla mucho más la debilidad de la naturaleza humana que el poder de la divina. Ese es también un aspecto esencial del misterio de la Iglesia.

### 4.3. LA IGLESIA

#### **El hecho**

Todo en el cristianismo, cuando es verdadero, lleva la marca de Cristo. Sólo es auténtico en él lo que recuerda a su Señor. Por eso san Pablo no duda en llamar a la Iglesia simplemente *Cristo*: “Porque como el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo” (1Co 12,12). Puesto que la Iglesia es Cristo, todas las facetas del misterio de Cristo tienen exacto reflejo en ella. El concilio Vaticano II afirma:

“La sociedad dotada de organización jerárquica y el cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrena y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no deben considerarse como dos cosas, sino que forman una única realidad compleja, integrada por elementos humanos y divinos. Por esta razón se parece al misterio del Verbo encarnado con analogía considerable.

Porque así como la naturaleza asumida sirve al Verbo de Dios como instrumento vivo de salvación unido a él de manera indisoluble, de forma parecida la estructura social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para acrecentar el cuerpo" (LG 8).

La Iglesia no se asemeja primariamente al hombre, ser compuesto de cuerpo visible y alma invisible. Se asemeja a Cristo, que tiene dos naturalezas: una naturaleza humana, con cuerpo y alma, y otra naturaleza divina.

En el orden operativo la Iglesia perpetúa en el mundo la misión salvadora del Señor porque antes, en el orden entitativo, tiene una estructura que la hace semejante a él. La naturaleza humana fue en el Señor instrumento y límite de su actuación redentora. Sólo allí donde alcanzaba el brazo, la voz o la voluntad humana de Jesús de Nazaret, actuaba la fuerza de Dios y se manifestaba su gloria. Análogamente, será preciso afirmar que sólo allí donde está presente la Iglesia visible con su predicación, su jerarquía y sus ritos sacramentales, se hacen actuales en el mundo los frutos de la redención.

Es cierto que Cristo no está ligado a los sacramentos y que por ello su gracia salvadora puede alcanzar también a hombres que no los han recibido. Esto no invalida el principio de que la Iglesia es el instrumento universal por el que Cristo realiza la salvación de los hombres. Los no bautizados también se ordenan, de forma difícil de explicar pero real, a la Iglesia jerárquica y visible. Cristo ha querido que la Iglesia continuara su ser y su acción. Es impensable, pues, que no juegue un papel central en la obra de la redención de los hombres. A través de ella, de una manera a veces oculta, llega a los hombres la gracia que viene de su cabeza, Cristo, y sólo en ella es esa gracia plenamente fecunda (cf. LG 13-17).

## Problema

Este hecho, esta realidad de la Iglesia, plantea una dificultad análoga a la que planteaba el anonadamiento del Verbo en la encarnación: la naturaleza humana de Cristo parecía estorbar la eficacia de su acción redentora. El que la Iglesia sea una sociedad visible, jerárquica, irremediablemente encadenada a los hombres que la forman, parece un obstáculo al cumplimiento de la misión recibida de Cristo.

La historia de la Iglesia muestra a saciedad todos los inconvenientes que se han seguido de su estructura visible y de la necesaria existencia en ella de una jerarquía con todas sus consecuencias. También en este terreno sorprenden los planes de Dios, que encomienda continuar la obra de Jesús a hombres tan poco influyentes y escasos en número como Pedro y los demás apóstoles.

Los conflictos comienzan en los orígenes mismos del cristianismo. Pedro titubea y sigue una conducta desacertada en la cuestión de las relaciones entre la ley mosaica y el evangelio. Pablo se enfrenta al primer vicario de Cristo y consigue que éste enderece su línea de gobierno (cf. Ga 2,11-14). La Iglesia apostólica tiene valor de paradigma para la Iglesia posterior. Estos titubeos y tensiones, estos errores y enfrentamientos van a ser, deben ser, los compañeros inseparables de toda su existencia a lo largo de los siglos. También es paradigmático el que Dios no haya consentido a Pedro una desviación radical y definitiva.

A partir de Pedro los casos desagradables se multiplican. Papas débiles, ineptos o descaradamente pecadores. Obispos simoníacos, herejes e indignos. Sacerdotes groseros e ignorantes. Fieles tibios, indiferentes, verdadera rémora de la Iglesia.

Los errores y pecados de todo el pueblo de Dios han trascendido más allá de sus relaciones personales con Dios y han incidido en el resultado de la misión de la Iglesia. Ellos han sido la causa del mal empleo de los recursos humanos disponibles, de la incomprensión e indiferencia ante la obra de las misiones, del alejamiento de muchas personas de buena voluntad, etc.

Es fácil el confeccionar un largo catálogo de miserias en el seno de la Iglesia. Interesa más el hacer notar que estas miserias no pertenecen sólo al pasado. Existen ahora y existirán en el futuro. A los fallos y rémoras de otros tiempos han sucedido hoy y sucederán mañana fallos y rémoras que sólo se diferencian de aquéllos en un punto: son más aptos para herir, porque están mejor adaptados a la sociología de quienes los sufren. Nadie puede hacerse ilusiones pensando que el pecado y la estupidez son historias de otros tiempos. Santo Tomás de Aquino enunció un principio de carácter estadístico que se cumple siglo tras siglo: “Lo que puede fallar, falla alguna vez” (*Summa contra Gentiles* III. 71). Los pecados y las torpezas de la Iglesia no serán hoy los mismos que fueron hace uno o varios siglos, pero los habrá necesariamente y resultarán tan fastidiosos y entorpecedores de su marcha como lo fueron aquéllos, por lo menos.

### **Una actitud de fe y cordura**

Estos hechos no invalidan las solemnes promesas hechas por Cristo a sus apóstoles y, a través de ellos, a toda la Iglesia, en especial a sus pastores: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20). “Recibiréis la fuerza del Espíritu que sobre vosotros vendrá, seréis testigos míos en Jerusalén y en toda Judea y Samaría hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). A pesar de todos los límites y debilidades, la Iglesia jerárquica y visible está animada siempre por el Soplo

de Pentecostés. Ella es el instrumento con el que Cristo sigue salvando a la humanidad.

La estructura de la Iglesia condiciona la actitud del cristiano. Porque errores y caídas son inseparables de la vida misma del pueblo de Dios, no es lícito cerrar los ojos ante esa realidad, ni leal el negarla. El cristiano debe vivir alerta, descubrir los fallos y luchar por corregirlos, aunque moleste a la jerarquía. Se ha hablado de “la santa desobediencia” del bajo clero de Colonia a su arzobispo, que pasó al protestantismo y contrajo matrimonio. Gracias a esa rebeldía la diócesis siguió siendo católica en el siglo XVI. Sin llegar a ese extremo, tal fue la actitud de Pablo frente a Pedro.

Pero las cosas no terminan ahí. La disposición definitiva del hombre animado por la fe será la de someterse, la de acatar la autoridad, la de dejar la última palabra a quienes el Señor ha puesto como pastores al frente de su pueblo. Lo pide así la fe que confía en el poder y en la bondad de Dios, cuyo Espíritu asiste a la Iglesia y cuya providencia nunca ha consentido que se pierda quien permanece fiel a esta Iglesia de estructuras imperfectas. El caso del P. Teilhard de Chardin es aleccionador. Su sumisión a unas autoridades miopes e incompetentes avala su doctrina y la santidad de su vida. Ella ha sido un elemento importante en la construcción de su prestigio y de su influencia.

La cordura, la modestia y una sana desconfianza de sí mismo, que son frutos del Espíritu Santo, harán encontrar a los cristianos el justo equilibrio entre la actitud de crítica y la de sumisión. Las tensiones pueden ser a veces muy dolorosas y hasta dramáticas. Pero una persona sensata y humilde descubrirá que la crítica nunca puede tener la mejor parte: en la Iglesia es mayor y más poderoso el bien que el mal.

#### 4.4. LA BIBLIA, PALABRA DE DIOS Y PALABRA HUMANA

##### **Dificultades**

Dios ha querido hablar a los hombres. Podía haber guardado silencio. Pero una vez que ha decidido hablar ha debido servirse de un idioma humano. Dios no puede hacerse entender si no habla una lengua hablada por hombres, la que sea. La palabra de Dios sólo puede ser escuchada cuando se convierte en palabra humana, plenamente humana. El diálogo se establece únicamente entre interlocutores que emplean los mismos signos conocidos por todos, que hablan el mismo idioma.

La Biblia encierra un mensaje dirigido por Dios a todos los hombres. Es un vehículo que transmite por escrito lo que Dios ha dicho con hechos y con palabras. Para ser inteligibles, esto ha sido dicho y escrito en lenguajes humanos. Dios podía haber elegido cualquier idioma: el castellano, el chino, el tagalo... Eligió el hebreo y el griego.

Tanto da que Dios emplee una lengua que otra. Todas plantean los mismos problemas de fondo. Todas en un principio son vivas, habladas. Al cabo de un número mayor o menor de siglos se olvidan y mueren, es decir, dejan de ser vehículo de comunicación entre los hombres. Esto ha pasado ya con las lenguas bíblicas y pasará con el castellano o el inglés.

Una lengua es un medio de comunicación entre unos hombres, pero también de aislamiento respecto a otros. El extranjero que quiere entrar en contacto con quienes hablan un idioma distinto al suyo debe hacer un esfuerzo para aprenderlo. Muchas veces encontrará que las estructuras significativas de ese idioma, el vocabulario y la sintaxis, se adaptan con dificultad a su propio mundo mental, configurado por la lengua materna.

El hebreo es un idioma semítico distinto de las lenguas hoy mayoritariamente habladas en el mundo, que son de tronco indoeuropeo. El griego está más próximo que el hebreo a la mentalidad del hombre occidental, pero hay un abismo entre él y las lenguas habladas, por ejemplo, en el Extremo Oriente. Además ¿qué ha visto Dios en muchos de los redactores de la Biblia para hacer de ellos sus profetas, sus mensajeros? El lector moderno encuentra a los autores inspirados demasiado rudos, poco rigurosos al escribir la historia, incompletos y desordenados, lo que parece imperdonable tratándose de lo que se trata. ¿Por qué ha escogido Dios ese camino para revelar su plan salvador?

Para acercarse humanamente a los hombres, Dios ha tenido que hacerse hombre. Para que la palabra de Dios pueda sonar en oídos humanos ha tenido que hacerse palabra de hombre, idioma de hombre. Esa divina condescendencia es en cierto modo necesaria si ha de haber una comunicación real entre el Creador y la criatura. Pero al mismo tiempo encierra a Dios y a su mensaje en los límites agobiantes de la debilidad humana. Respecto a la Biblia esto significa, por ejemplo:

Son relativamente pocos los hombres que llegan a aprender bien los idiomas bíblicos. La mayor parte de los cristianos han de contentarse con leer la palabra de Dios en traducciones. Las traducciones son siempre imperfectas porque es imposible trasponer perfectamente a la clave de un idioma distinto el sistema de signos y de símbolos propios de una lengua dada. La traducción puede llegar a expresar los mismos conceptos que están en la obra original. Pero las palabras traducidas no pueden despertar en el lector idénticas armonías que despertaban en los lectores del mismo idioma y ambiente cultural que el autor. La traducción no da ni el ritmo ni el tono de una lectura hecha por quien lee un texto escrito en su lengua materna. Y

ritmo, aliteraciones, repeticiones, acentos, tienen también un incalculable valor significativo.

En íntima conexión con el problema de las traducciones está el de la interpretación. Nuevos descubrimientos en el campo de la lingüística y de la arqueología abren nuevos caminos para entender los textos antiguos. La Biblia corre la misma suerte que todas las obras maestras de la literatura universal. Cada época tiene ojos para descubrir sólo una parte de su belleza y de su significado. El trabajo de interpretación es siempre provisional, está siempre comenzando. En el terreno de la exégesis bíblica las técnicas hermenéuticas y los resultados conseguidos con ellas parecen sometidos a un proceso acelerado de cambio. En un momento dado, los estudiantes miran casi con compasión a quienes treinta años antes fueron maestros admirados e indiscutidos. El exegeta realiza su lento y delicado trabajo con una punta de escepticismo y una grandísima dosis de humildad. Hasta genios de la talla de Orígenes y san Agustín han llegado a resultados modestos y transitorios. No existe ninguna razón para pensar que los sabios de hoy corran mejor suerte.

Los libros escritos siglos antes de que la imprenta fuera inventada se han conservado en copias manuscritas, en general muy posteriores a la época en que fueron redactados. La Biblia es también en este terreno un libro plenamente humano. Su texto ha sido copiado una y otra vez. Editores y copistas le han sometido a mutilaciones, adiciones, equivocaciones y cambios de orden hasta llegar a su forma definitiva. La Iglesia admite como inspirado el texto hoy conocido, sin preocuparse de que tal o cual versículo es una glosa o una interpolación. Aunque las glosas están inspiradas, hay que interpretarlas como glosas. El problema, sin embargo, no queda resuelto así. Además de glosas hay textos corrompidos o que difieren de un manuscrito a otro. En ocasiones es difícil y hasta imposible decidir cuáles son las palabras inspiradas, al margen de que sean debidas o



no a la solicitud de un editor. Ni la Iglesia ni la Sinagoga se han atrevido a definir cuál es el texto original. Este es el precio que Dios y el hombre deben pagar para que la encarnación de la Palabra sea un hecho real.

### **Un mensaje para todos los hombres**

La encarnación encierra a la palabra y a la obra de Dios en límites humanos, pero no las sofoca. La naturaleza humana de Cristo y la estructura visible de la Iglesia no son estorbos, sino instrumentos de salvación por los que Dios actúa humanamente en el mundo. De manera análoga, la Biblia es ante todo un vehículo de comunicación entre el Padre y los hijos.

La palabra de Dios se ha encarnado en el idioma de hombres concretos y gracias a eso puede ser oída. Cada lectura de la Biblia, hecha con esfuerzo inteligente y corazón sencillo, lleva a descubrir en sus páginas un nuevo destello de la Verdad eterna e inextinguible. Hay en la Sagrada Escritura una claridad divina capaz de iluminar a los hombres de todas las épocas y culturas, porque en ella, como en la Iglesia, la zona de luz es mucho mayor que la zona de oscuridad. La Biblia no envejece. Es actual siglo tras siglo. Esa perpetua juventud es una prueba convincente de que sus palabras humanas son palabra de Dios.

#### 4.4. CONDESCENDENCIA DIVINA

¿Por qué un Redentor tan verdadero hombre? ¿Por qué una Iglesia tan peligrosamente humana? ¿Por qué una palabra divina tan embebida en palabras humanas? ¿Por qué ha querido Dios depender tanto del hombre para actuar en el mundo?

La respuesta está en la primera página de la Biblia: “Y Dios creó al hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó; macho y

hembra los creó... Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien" (Gn 1,27.31). A diario se difunden por el mundo noticias de guerras y de crímenes. Se da así la impresión de que la bondad y la belleza existen en escasa medida. Y es al revés: la bondad es más amable, más atractiva, más poderosa, más abundante, más arraigada en la naturaleza humana que el mal.

El hecho de la encarnación, con todos los riesgos que entraña, habla con igual fuerza de la bondad de Dios y de la grandeza del hombre. Dios ama y respeta a la criatura en la que brilla su propia imagen. Por ello ha querido necesitar de su trabajo en el orden natural y en el sobrenatural. Dios encarga al hombre que domine todo el universo y su prodigiosa energía (cf. Gn 1,28). También le llama a mediar eficazmente en la propia salvación y en la de sus semejantes. El hombre posee una incalculable capacidad de bien, una poderosa fuerza constructiva, una aptitud radical para colaborar con el Creador y llevar a término su obra.

La Biblia con sus limitaciones, la Iglesia con sus deficiencias, la humanidad de Cristo con su debilidad dan testimonio de que Dios se acerca a los hombres de una manera conatural a ellos. Esta condescendencia no significa que Dios se divierta haciendo cosas descabelladas. La encarnación de la Palabra proclama la grandeza del hombre viviente, que es la gloria de Dios.

## 5. DOCUMENTOS RECIENTES DEL MAGISTERIO

### 5.1. "LA INTERPRETACIÓN DE LA BIBLIA EN LA IGLESIA" (1993)

La importancia y la actualidad de los problemas que implica la interpretación de la Biblia ha sido puesta de relieve por un documento de la Pontificia Comisión Bíblica, fechado en Roma el 15 de abril de 1993 y firmado por el cardenal Josef Ratzinger, pero dado a conocer al gran público a comienzos de 1994. Su título en castellano es *La interpretación de la Biblia en la Iglesia (IBI)*.

Juan Pablo II subrayó la oportunidad de este documento en el discurso pronunciado para presentarlo en la audiencia concedida el 23 de abril de 1993 a miembros del Colegio Cardenalicio, del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, de la Pontificia Comisión Bíblica y del claustro de profesores del Pontificio Instituto Bíblico. Ese día se recordaban los 100 años de la encíclica *Providentissimus*, de León XIII, y los 50 años de la *Divino afflante Spiritu*, de Pío XII, ambas dedicadas a los estudios bíblicos.

La *IBI* consta de un prefacio del cardenal J. Ratzinger, una introducción, una conclusión y cuatro partes. Casi en las primeras palabras del documento se afirma: "La Biblia misma testimonia que su interpretación presenta dificultades". El documento tiene una introducción, 4 partes y una conclusión.

La interpretación de la Biblia es un caso particular dentro de la compleja problemática referente al lenguaje humano. El hombre percibe y siente de modo personal la realidad que lo circunda, y trata de expresar sus vivencias con una serie de símbolos tales como el lenguaje, la música, la danza o la pintura. Con estos símbolos comunica a sí mismo y a los demás lo que él siente. Pero ¿hasta qué punto los símbolos que le brinda la sociedad o que él mismo inventa traducen exactamente sus vivencias? ¿Podrá un receptor a través de estos símbolos revivir la experiencia de su emisor?

¿Hasta qué punto es posible convertir un conjunto de símbolos y signos en otro conjunto de signos y símbolos diferentes, que vengan a significar lo mismo que el primero? Ese es el difícil empeño del intérprete: trasponer a una clave comprensible un conjunto de signos escritos en otra clave, conservando su sentido.

Dos peligros amenazan a los que quieren adentrarse en el estudio y la interpretación de la Biblia:

- El primer peligro es el de estudiar la Biblia con gran rigor científico como se estudia cualquier otro libro religioso antiguo, sin ser creyente. Se puede estudiar así el Corán sin ser musulmán.
- El segundo peligro es una reacción excesiva contra el primero. Es el peligro de una lectura llamada “fundamentalista” de la Biblia. Hay quienes leen el texto en una traducción no siempre fiel, sin el más somero bagaje científico, y entienden las palabras tal como les suenan, en el sentido literal más obvio, convencidos de que su personal comprensión de la Biblia está inspirada por el Espíritu Santo.

## ***I. Métodos y acercamientos para la interpretación***

La *IBI* ha tomado en cuenta estos dos peligros en la parte I, que ocupa casi la mitad del documento. Esta parte se titula: “Métodos y acercamientos para la interpretación” y está subdividida en seis apartados, de la letra A a la letra F.

- El apartado A examina el método histórico-crítico, al que califica de “método indispensable para el estudio científico de los textos antiguos” en general y de la Sagrada Escritura en particular. El Papa insistió en este punto al presentar el documento.
- El B se ocupa de “los nuevos métodos de análisis literario”: análisis retórico, narrativo y semiótico.
- El C considera los “acercamientos basados en la Tradición: acercamiento canónico, el recurso a las tradiciones judías de interpretación, la historia de los efectos del texto.
- El D tiene en cuenta los “acercamientos por las ciencias humanas”: sociológico, por la antropología cultural, psicológicos y psicoanalíticos.
- El E apunta a los “acercamientos contextuales”: liberacionista y feminista.

En todos estos apartados el documento sigue un esquema parecido. Se expone primero la historia y la índole del método en cuestión. Luego se destacan sus méritos, sus límites y sus posibles desviaciones o exageraciones. En estas páginas subyace una intuición fundamental: las palabras de Dios se han encarnado en palabras humanas. Como tales palabras humanas pueden y deben ser tratadas, sin olvidar que siguen siendo palabras de Dios confiadas de manera especial a la Iglesia para su cuidado. A través de todas estas páginas se percibe una

información actualizada, una actitud abierta y un gran respeto hacia los representantes de los diversos acercamientos, que no siempre son católicos.

El apartado F contrasta con los anteriores. Hasta aquí el tono había sido comprensivo y las afirmaciones matizadas. Ahora, al tratar de la “lectura fundamentalista”, el tono se vuelve duro, agresivo, vehemente. Esta manera de leer la Biblia no tiene nada bueno. Parte de prejuicios inadmisibles y llega a resultados peligrosos. El término “fundamentalista” se acuñó en el Congreso Bíblico Americano, Nueva York 1895. Allí se definieron los “cinco puntos de fundamentalismo”: inerrancia verbal de la Escritura, divinidad de Cristo, su nacimiento virginal, doctrina de la expiación vicaria, resurrección corporal en la segunda venida de Cristo, pero “su modo de presentar estas verdades se enraíza en una ideología que no es bíblica”. En la lectura de la Biblia el fundamentalismo “rehúsa todo cuestionamiento y toda investigación crítica”. “Se vuelva incapaz de aceptar plenamente la verdad de la Encarnación misma”. “Insiste de modo indebido en la inerrancia de los detalles”. “Considera como histórico lo que no tenía pretensión de historicidad”. “No tiene en cuenta el crecimiento de la tradición evangélica”. “Considera conforme a la realidad una cosmología antigua superada”. “Se apoya sobre una lectura no crítica de algunos textos de la Biblia para confirmar ideas políticas y actitudes sociales marcadas por prejuicios racistas”. “Es frecuentemente antieclesial”. Son tres páginas ardientes que concluyen con estas palabras:

“El acercamiento fundamentalista es peligroso, porque seduce a las personas que buscan respuestas bíblicas a sus problemas vitales. Puede engañarlas, ofreciéndoles interpretaciones piadosas pero ilusorias, en lugar de decirles que la Biblia no contiene necesariamente una respuesta inmediata a cada uno de sus problemas. El

fundamentalismo invita tácitamente a una forma de suicidio del pensamiento. Ofrece una certeza falsa, porque confunde inconscientemente las limitaciones humanas del mensaje bíblico con su sustancia divina”.

## **II. Cuestiones de hermenéutica**

El primer apartado, letra A, examina la “hermenéutica filosófica”. Se citan como representantes de esta tendencia a Rudolf Bultmann, Hans Georg Gadamer, Paul Ricoeur y, en nota, a Gerhard Ebeling y Ernst Fuchs. El mismo documento reconoce que “es imposible resumir aquí su pensamiento”. Toda interpretación, sea de lo que sea, es hecha por un sujeto, que inevitablemente influye aportando a esa interpretación una cierta dosis de subjetivismo. “La hermenéutica contemporánea es una sana reacción al positivismo histórico” pero “ciertas teorías hermenéuticas son inadecuadas para interpretar la Escritura... por ejemplo la interpretación existencial de Bultmann”. “Una auténtica interpretación de la Escritura es primeramente aceptación de un sentido presente en los acontecimientos y de modo supremo en la persona de Jesucristo. Este sentido se expresa en los textos”.

El segundo apartado, letra B, aborda el tema de los “sentidos de la escritura inspirada”. La exégesis histórica crítica ha adoptado más o menos abiertamente la tesis de que un texto sólo puede tener un sentido. “Pero esta tesis choca ahora con las conclusiones de las ciencias del lenguaje y de las hermenéuticas filosóficas, que afirman la polisemia de los textos escritos”.

La exégesis antigua admitía que un texto bíblico podía tener diferentes niveles de sentido, que se han resumido en dos: *sentido literal* y *sentido espiritual*, al que en el s. XX se ha querido añadir un tercer “sentido más pleno”, el *sensus plenior*.

- El *sentido literal*. Este sentido “es aquel que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados. Es indispensable para saber lo que han querido decir esos autores. El estudio de los géneros literarios busca el encontrar este sentido, lo que no impide que un texto esté “abierto a desarrollos ulteriores, que se producen gracias a ‘relecturas’ en contextos nuevos”. “Es necesario rechazar como no auténtica toda interpretación heterogénea al sentido expresado por los autores inspirados en su texto escrito”.
- El *sentido espiritual* es el de los textos del Antiguo Testamento que literalmente significan una cosa pero que reciben un sentido nuevo al *cumplirse* después de la resurrección de Jesucristo. “El sentido espiritual no puede jamás estar privado de relación con el sentido literal”. “El sentido espiritual no se debe confundir con las interpretaciones subjetivas dictadas por la imaginación”.
- El *“sensus plenior* suscita discusiones. El sentido pleno se define como “un sentido profundo del texto querido por Dios, pero no claramente expresado por el autor humano”. Se descubre cuando un texto bíblico es estudiado “a la luz de otros textos bíblicos que lo utilizan o en relación con el desarrollo interno de la revelación”. “Cuando no hay un control de esta naturaleza... el recurso a un pretendido sentido pleno podría conducir a interpretaciones desprovistas de toda validez”. No hay ejemplos claros de textos que tengan un sentido pleno.

### ***III. Dimensiones características de la interpretación católica***

La tercera parte tiene cuatro apartados. “La exégesis católica no procura distinguirse por un método particular”. “Lo que la caracteriza es que se sitúa conscientemente en la tradición viva



de la Iglesia". Existe un peligro, que el exegeta debe evitar: atribuir al texto bíblico un sentido que no tiene, porque "es el fruto de un desarrollo ulterior de la tradición".

El apartado A trata de "la interpretación en la Tradición bíblica": las relecturas y las relaciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Concluye diciendo que la interpretación debe ser fuente de consenso sobre los puntos esenciales, tener un aspecto de creatividad y ser necesariamente plural. Debe ser hecha en el seno de la Iglesia y exige la participación de los exegetas en toda la vida y la fe de la comunidad creyente de su tiempo.

El apartado B, sobre la interpretación en la Tradición de la Iglesia, toca los temas: formación del canon, exégesis patristica y papel de los diferentes miembros de la Iglesia en la interpretación.

El apartado C se ocupa de la tarea del exegeta. Estos nunca deben olvidar que ellos interpretan la Palabra de Dios, no otra. Su tarea no termina cuando han expuesto bien los elementos literarios del texto. Deben iluminar el sentido del texto como actual palabra de Dios. Tienen también que explicar el alcance cristológico, canónico y eclesial de estos textos.

Finalmente, el apartado D trata de las relaciones de la exégesis con las otras disciplinas teológicas: teología y precomprensión de los textos bíblicos, exégesis y teología dogmática y moral. Concluye diciendo que "la exégesis bíblica debe dejarse iluminar por la investigación teológica... El estudio científico de la Biblia no puede aislarse de la investigación teológica, ni de la experiencia espiritual y del discernimiento de la Iglesia".

#### **IV. Interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia**

El apartado A insiste en la necesidad de la “actualización” del mensaje bíblico, principios y métodos. “La actualización presupone una exégesis correcta del texto, que determina el *sentido literal*”. La actualización tiene también sus límites: se deben eliminar las *lecturas tendenciosas*, como las hechas por las sectas, “por ejemplo los Testigos de Jehová”, o como las lecturas que querrían apoyar sobre textos bíblicos la segregación racial, el antisemitismo o el sexismo, masculino o femenino. Una atención especial es necesaria... para evitar absolutamente el actualizar algunos textos del Nuevo Testamento en un sentido que podría provocar o reforzar actitudes desfavorables hacia los judíos” (Cf. VD 43).

El apartado B trata de la “inculturación”, para que la Biblia pueda echar raíces en los más diversos terrenos. El primer paso es el de hacer buenas traducciones. El paso siguiente es el de “una interpretación que ponga el mensaje bíblico en relación más explícita con los modos de sentir, de pensar, de vivir y de expresarse, propios de la cultura local”. Esta inculturación exige “grandes esfuerzos” a las “nuevas Iglesias locales”.

El apartado C se refiere al “uso de la Biblia” en la liturgia, en el ministerio pastoral y en el diálogo ecuménico. El documento hace un buen elenco de los problemas que enfrenta este diálogo. Las últimas palabras son para recomendar una relectura de los textos inspirados, hecha en la caridad, la sinceridad, la humildad, la conversión del corazón, la santidad de vida y la oración por la unidad.

La Conclusión vuelve a insistir en que la exégesis bíblica cumple en la Iglesia y en el mundo *una tarea indispensable*, rechaza de nuevo el fundamentalismo, recuerda la necesidad de seguir

empleando el método histórico-crítico, aunque este método no puede pretender el monopolio. “La exégesis católica debe mantener su identidad de disciplina teológica”, cuya “finalidad principal es la de la profundización de la fe” y “su función vital la de contribuir a una transmisión más auténtica del contenido de la Escritura inspirada”.

## 5.2. LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *VERBUM DOMINI*, DE BENEDICTO XVI (30 de septiembre de 2010)

Este documento es fruto de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, y tuvo como tema *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. El documento tiene 124 párrafos, repartidos entre una introducción, 3 partes y una conclusión. El tema de “la hermenéutica de la sagrada Escritura en la Iglesia” ocupa el final de la primera parte, números 29 al 49. El documento ha recibido su redacción definitiva de Benedicto XVI en persona. Él firmó también la *IBI*, a la que cita con frecuencia, por lo que las semejanzas son notorias. También hay diferencias. Como en la *IBI*, aquí son continuas las referencias a la *Dei Verbum*, que sigue siendo el documento fundamental del Magisterio de la Iglesia sobre la Biblia.

Desde la segunda línea queda bien expresado el propósito del documento: “el vínculo intrínseco entre Palabra y fe eclesial muestra que la auténtica hermenéutica de la Biblia sólo es posible en la fe eclesial, que tiene su paradigma en el sí de María”. “*El lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia*” (29; subrayado en el texto). Una y otra vez se manifiesta la preocupación del Papa por destacar la armonía entre la razón y la fe, la revelación y la ciencia, consecuencia del realismo de la encarnación. La Palabra de Dios se encarna

como palabra humana, luego hay que estudiarla con todo rigor como lo que es, como humana. Es muy significativa la cita de la *propositio* 25, hecha por los sinodales: “El hecho histórico es una dimensión constitutiva de la fe cristiana. La historia de la salvación no es una mitología y, por tanto, hay que estudiarla con los métodos de la investigación histórica seria” (32). La discusión sobre los géneros literarios parece olvidada. El Papa prefiere hablar de “investigación histórico-crítica”, que es una expresión más amplia. De ella dice: “El fruto del uso de la investigación histórico-crítica moderna es innegable” (34).

Con tanta o mayor fuerza Benedicto XVI pone en guardia contra el peligro de la “hermenéutica secularizada”, que ignora el hecho de que la Biblia es un libro inspirado. Ésta es una interpretación positivista, que parte de la convicción de que Dios no aparece en la historia humana (35). Tras una cita de la encíclica *Fides et Ratio*, de Juan Pablo II, el Papa hace notar que si no se establece una relación adecuada entre fe y razón, se puede pasar del racionalismo al fideísmo, “que llevaría a lecturas fundamentalistas” (36).

A continuación el Papa habla del sentido espiritual de los textos bíblicos, que sólo puede fundarse en el sentido literal (37), de la necesidad de trascender la letra para dar paso al espíritu (con minúscula) conforme a lo dicho en la *DV* 12 (38) y de la unidad intrínseca de la Biblia (39), de la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento (40-41). En el 42 recomienda no soslayar el referirse a las páginas “oscuras” de la Biblia, que muestran el carácter humano de la Escritura y la condescendencia de Dios, que se revela progresivamente (este párrafo ha sido citado por extenso por extenso más arriba, 3.3 fin).

Al hablar de los cristianos y los judíos en relación con La Sagrada Escritura el documento tiene un tono respetuoso con los judíos, a los que llama, con Juan Pablo II, “nuestros hermanos

predilectos". Por eso el diálogo entre ellos es "importante" (43) Después de este párrafo amable choca el siguiente, donde el Papa repite las duras palabras con las que el cardenal Ratzinger hablaba del fundamentalismo en la *IBI* (44). Los números 45-47 tienen un carácter más bien pastoral. En ellos se trata del diálogo entre pastores, teólogos y exegetas, del ecumenismo y de las consecuencias de lo dicho para los estudios teológicos. La *VD* se cierra con dos números donde son recordados algunos santos, que "se dejaron plasmar por la Palabra de Dios a través de la escucha, la lectura y la meditación asidua" (48). "La santidad en la Iglesia representa una hermenéutica de la fe de la que nadie puede prescindir" (49).

## 6. ACTUALIZAR LA SAGRADA ESCRITURA

### 6.1. UN DEBER PRIMORDIAL

La Iglesia ha mirado siempre la Biblia como un mensaje perpetuamente actual que Dios dirige a los hombres de todas las épocas y de todas las culturas. La Iglesia se ha preocupado tanto de hacer serios estudios histórico-críticos sobre el texto sagrado como de acercarlo a los fieles hasta por el arte de retablos y vidrieras. El 14 de marzo de 1974 y hablando a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica, el Papa Pablo vi volvía tres veces en su discurso sobre el tema de la *actualización* de la Biblia:

“La función hermenéutica, en fin, ¿no invita al exegeta a ir más allá de la búsqueda del “puro texto primitivo” y a recordar que es la Iglesia, comunidad viviente, quien actualiza su mensaje para el hombre contemporáneo?... Vuestro trabajo no consiste, pues, simplemente en explicar unos textos antiguos, en narrar unos hechos de manera crítica o en remontar a la forma primitiva y original de un texto o de una página sagrada. El deber primordial del exegeta es el de presentar al pueblo de Dios el mensaje de la revelación, el de exponer el significado de la palabra de Dios en sí misma y en relación al hombre contemporáneo, el de dar acceso a la Palabra más allá de la envoltura de los signos semánticos y de las síntesis culturales... Os toca a vosotros, exegetas, el actualizar, según el sentido de la Iglesia viviente, la Sagrada Escritura para que ésta no sea sólo un monumento del pasado, sino que se transforme en fuente de luz, de vida, de acción” (Texto francés en *L’Osservatore Romano*, 15 de marzo de 1974).

En el campo protestante Karl Barth publicó en 1918 la primera edición de su comentario a la epístola de san Pablo a los Romanos. El prólogo es un manifiesto de sólo una página, que ha influido de manera importante en la teología posterior. De ese prólogo son las frases siguientes:

“El apóstol san Pablo se ha dirigido a sus contemporáneos en tanto que hijos de su tiempo. Sin embargo, mucho más importante que ésta es esta otra verdad: en tanto que profeta y que apóstol del Reino de Dios se dirige a todos los hombres de todos los tiempos. Las diferencias entre entonces y ahora, entre allí y aquí, requieren atención. Ahora bien, esta atención no puede tener más que un fin: reconocer que esas diferencias, por la naturaleza misma de las cosas, no tienen ninguna importancia. El método crítico de la ciencia histórica aplicado a la investigación bíblica tiene su razón de existir en cuanto tiende a preparar una comprensión que en modo alguno es superflua. Pero si fuera necesario escoger entre ella y la antigua teoría de la inspiración, yo recurriría decididamente a esta última: es ella quien tiene una más grande, más profunda, más importante razón de existir, porque tiende a un resultado, la comprensión; un resultado sin el cual todos los preparativos carecen de valor... Una cosa es segura: todas las épocas hambrientas y sedientas de justicia han tenido por más natural el ponerse junto al apóstol Pablo, tomando realmente partido, que el situarse frente a él, guardando la distancia plácida del espectador. Es posible que entremos ahora en una época semejante”.

Es también muy bello el prólogo de la 2.ª edición (1921). En él Barth se defiende de la acusación que le han hecho de ser “enemigo jurado de la crítica histórica”. Dice:

“Lo que yo les reprocho [a los “comentaristas modernos” de la epístola a los Romanos] no es la crítica histórica, de la que, por el contrario, reconozco una vez más y expresamente su razón de ser y su necesidad, sino el hecho de que se quedan en una explicación del texto que no puedo considerar como tal, sino únicamente como una primera y rudimentaria tentativa de explicación; es decir, les reprocho que se limiten a constatar ‘lo que está ahí... para desembocar en un pragmatismo histórico y sicológico”.

La necesidad de actualizar la Sagrada Escritura es urgente. La *IBI* IV.A,1 habla de ella en estos términos:

“Es necesario aplicar su mensaje [el de la Biblia] a las circunstancias presentes y expresarlo en un lenguaje adaptado a la época actual. Esto presupone un esfuerzo hermenéutico que tiende a discernir a través del condicionamiento histórico los puntos esenciales del mensaje”-

Como modelo de sucesivas actualizaciones el documento propone el de “la práctica de la actualización en la Biblia misma”. Es, pues, importante tratar de descubrir cómo las secciones más antiguas del Antiguo Testamento fueron actualizadas en épocas posteriores por los mismos judíos y cómo todo el Antiguo Testamento es actualizado por los autores del Nuevo.

## 6.2. ANTIGUO TESTAMENTO. ACTUALIZACIÓN DE LOS TEXTOS MÁS ANTIGUOS EN ESCRITOS INSPIRADOS POSTERIORES

En el Antiguo Testamento hay una clara evolución teológica. Después del destierro los judíos han analizado desde nuevos puntos de vista tanto los hitos de su historia como las tradiciones escritas y orales legadas por los antepasados, con el fin de



descubrir en ellas una lección para el presente. Se reinterpretan así los textos antiguos a la luz de las nuevas vivencias.

### **Diversas explicaciones de un mismo hecho**

Los ejemplos pueden multiplicarse. Vale la pena estudiar al menos dos casos: la permanencia de una población cananea en Palestina después de la conquista de Josué y el éxodo de Egipto.

Hacia los siglos XIII-XII a.C. los israelitas que han salido de Egipto invaden Palestina. En el país viven ya grupos importantes de filisteos y de cananeos junto a otros pueblos menos fuertes, como los jebuseos, hititas y amorreos (cf. Jos 12). Los invasores consiguen a duras penas establecerse en la tierra prometida. Mantendrán una lucha plurisecular contra los primeros habitantes, cuyo número irá disminuyendo por exterminio o por mezcla de razas, pero sin llegar a desaparecer del todo. La presencia de estos antiguos pobladores será siempre un peligro para los judíos. Peligro militar y peligro religioso de contaminación con sus cultos idolátricos y naturalistas. Este es el hecho.

Este hecho recibe interpretaciones diversas según las épocas. Según las explicaciones más antiguas, poco posteriores a la época de la conquista, el Señor dejó que subsistieran los pueblos enemigos para que Israel se ejercitara en la guerra (Jc 3,1ss.) o para poner a prueba su fidelidad en contacto duradero con ellos (Jc 2,22ss.). En época algo posterior se da otro motivo, recordado en Ex 23,29 y Dt 7,22: Dios no ha querido que la tierra, falta de habitantes, quedara entregada a las bestias salvajes. Los autores deuteronomistas tienen otras ideas sobre el particular: Dios castiga las infidelidades y desobediencias de Israel sirviéndose de esos pueblos (Jos 23,4-13). Seis siglos después, apenas cincuenta años antes de Cristo, el amable autor del libro de la *Sabiduría* aventura otra reinterpretación: la conquista de Palestina ha sido lenta para ofrecer a sus habitantes

una ocasión para arrepentirse, porque Dios, dueño consciente de su fuerza, juzga con moderación y gobierna con extremada indulgencia (Sb 12,3-22).

El éxodo es la fatigosa caminata del pueblo de Dios por el desierto durante una generación, desde que cruza el Mar Rojo al salir de Egipto hasta que atraviesa el Jordán y entra en la tierra prometida. Es un acontecimiento decisivo. El Señor se muestra como el Dios fuerte que escoge y libera a un pueblo miserable y sella una alianza con él. Son cuarenta años de marchas y contramarchas en los que este pueblo murmura, se alborota, desconfía, se arrepiente, vuelve a olvidar al Señor y muestra ya lo duro de su cerviz. Este es el hecho.

El profeta autor de Dt 7,6ss vio en el éxodo una manifestación conmovedora del amor gratuito de Dios por Israel. Poco antes, Oseas había hablado de los días de la marcha por el desierto como de una luna de miel entre Dios y su pueblo (Os 2,16-25). Hacia el 538 a.C. un profeta genial y anónimo ve en el éxodo el modelo de algo así una como una *constante histórica*, es decir, un hecho que descubre la constante voluntad liberadora de Dios y los trámites de su ejecución. Este acontecimiento es al mismo tiempo un tipo, o prototipo, que permite entender nuevas acciones liberadoras y garantiza que llegarán a buen término. Por eso el *Deuteroisaías* no duda en presentar el retorno de los desterrados desde Babilonia a Jerusalén como un nuevo éxodo, aunque la marcha se realiza por tierras fértiles (Is 40,3-5). Finalmente, *Mateo* ve figurados los tiempos mesiánicos en el éxodo y en el retorno de la cautividad (cf. Mt 3,3; 11,10).

Los judíos estiman legítimas estas interpretaciones dispares de un mismo hecho. Para el creyente tiene importancia secundaria un estudio de los acontecimientos, que le lleve a conocer con precisión sólo la geografía del lugar, la cronología de los sucesos y la personalidad de los protagonistas. El creyente contempla lo

que Dios mismo ha hecho, sus *gestas*, para salvar al pueblo. Esa buena voluntad divina permanece para siempre y eso es lo que interesa. El hecho antiguo habla al hombre de hoy y sirve para darle una clave explicativa del presente y del futuro.

### **Diversas relecturas de un mismo texto**

Los capítulos 13 y 14 de *Isaías* parecen reunir un oráculo del gran Isaías contra los asirios y, además, diversas relecturas de sus discípulos, algunas de ellas tres o cuatro siglos posteriores.

Los versículos más antiguos parecen ser Is 14,24-26a, que contienen un juramento del Señor comprometiéndose a quebrantar el yugo de los asirios que han destruido Samaría el año 722 y ahora amenazan a Jerusalén. El oráculo concluye así: “Este es el plan tocante a toda la tierra [de Palestina]”. Un lector posterior, que ya no está amenazado por los asirios, descubre en la profecía una formulación de la actitud constante de Dios frente a todos los enemigos de su pueblo. Por eso añade: “Y tiende la mano sobre las naciones”. El lector intérprete no tiene empacho en soldar su propio comentario a las palabras del profeta. Piensa de buena fe que las palabras del profeta están dirigidas a él y que, al hacerlas presentes a su época, es fiel a la intención del autor. Por la misma razón se atribuirán también a Isaías oráculos posteriores, claramente inspirados en el gran profeta pero dirigidos ahora contra Babilonia, que atacó a Jerusalén un siglo después de la muerte de Isaías (Is 14,3-8).

Un oráculo pronunciado contra una ciudad puede convertirse más adelante en una amenaza contra otra, en una amenaza en general contra los enemigos no ya sólo del pueblo judío, sino de todos los buenos, y en una amenaza apocalíptica a cumplirse al fin el drama de la historia.

Los *salmos* 2 y 110 fueron compuestos con motivo de la coronación de algún rey en Jerusalén o, al menos, durante la época de la monarquía. Pasaron luego a la liturgia y siguen recitándose en ella hasta el día de hoy. Cuando el cristiano canta estos salmos no piensa por cierto en un desconocido rey coronado hace más de veinticinco siglos. Tampoco el judío vuelto de Babilonia pensaba en la desaparecida institución monárquica. Las palabras de estos salmos fueron adquiriendo poco a poco y sin esfuerzo el sentido de una expectación mesiánica.

Estas trasposiciones son posibles porque el judío está convencido de que “la palabra de nuestro Dios permanecerá para siempre” (Is 40,8). Esta convicción explica el incansable ardor con que los escribas comentan la Escritura a partir del siglo V a.C. por lo menos. En el siglo IV o antes se ha extinguido la voz de los profetas en Israel. Surgen nuevas necesidades espirituales y nuevos problemas jurídicos. Para dar respuesta a las unas y a los otros los escribas interrogan a la Biblia y tratan de extraer de ella una lección actual. Nace así el *Midrash* (del verbo hebreo *darash* = buscar), que tiene dos formas, la *halakah* y la *aggadah*.

La *halakah* busca en la Torah o Ley una regla de carácter jurídico. Este tipo de comentario se emplea poco en los sermones de la sinagoga y mucho en los medios doctos de escribas, sacerdotes y gente piadosa. La *aggadah* es un comentario a un texto más antiguo que pretende la formación espiritual de los oyentes, ilustrándolos sobre un punto de doctrina, sobre una costumbre o sobre una fiesta litúrgica. Los procedimientos para hacer estos comentarios son muy diversos y es imposible aquí el aludir siquiera a ellos. Baste señalar que la *aggadah* fue entonces tan corriente como lo es hoy el comentario del evangelio en la misa dominical.

Muchas páginas de los últimos libros del Antiguo Testamento y hasta alguna del Nuevo deben su origen a un comentario ag-

*gádico*. Muchos exegetas modernos ven en *Tb*, *Jdt* y *Est* obras del género *midrash*. *1 y 2Cr* y *Sb* tienen también mucho de comentario a textos y hechos antiguos. En el Nuevo Testamento hay detalles tomados de la *aggadah* rabínica en Hch 7,22, 1Co 10,4 y *Judas* 9.

### 6.3. ACTUALIZACIÓN DEL ANTIGUO TESTAMENTO POR AUTORES JUDÍOS NO INSPIRADOS

Los comentarios midráshicos han dado origen a no pocas páginas de la Biblia, se recordaba un par de líneas más arriba. Muchos de esos comentarios se han perdido. Los que se conservan forman parte de la *Mishná*, del género *halakah* (siglo II d.C), además de los dos *Talmud*, el de Jerusalén y el de Babilonia, que comentan la *Mishna* (siglos V-VI) y de los tratados llamados *Midrashim* (hasta el siglo XIII). El estudio de estas obras es importante para entender mejor el Nuevo Testamento. Seis volúmenes de H. Strack y P. Billerbeck y dos libros de J. Bonsirven ofrecen textos del *Talmud* traducidos al alemán o al francés respectivamente, cuyo eco resuena en muchos versículos del Nuevo Testamento. Un dato es a retener: los comentarios hechos por los rabinos muestran su fe en el valor eterno y siempre actual de los textos sagrados.

Muy interesantes son las traducciones del Antiguo Testamento, sobre todo la traducción del hebreo al griego, llamada de los LXX, y las traducciones del hebreo al arameo, las cuales reciben el nombre técnico de *Targum* (plural *targumim*). *Targum* significa simplemente traducción. Los judíos habían vuelto de Babilonia hablando el arameo. El hebreo, idioma en el que estaban escritos los textos bíblicos, se convirtió cada vez más en una lengua desconocida para el pueblo que habitaba en Palestina. Se hicieron entonces traducciones del hebreo al arameo. El estudio de los *targumim* ofrece perspectivas muy

interesantes. En efecto, los autores de las más antiguas de estas traducciones no se preocupan de ser muy fieles al texto original. Se ve que sirvieron para la lectura pública en la sinagoga y añaden pequeñas glosas o proceden a paráfrasis intencionales del texto para hacer más comprensible y más actual su mensaje.

Seguramente muchos predicadores cristianos sentían sonar todavía en sus oídos las palabras de la Biblia a través de un *targum* escuchado durante su juventud semana tras semana en la sinagoga de su ciudad natal. Así se explicaría el origen de algunas citas del Antiguo Testamento en el Nuevo que no proceden ni del texto hebreo ni de la LXX. Sobre todo resulta interesante comparar los *targumim* con los lugares en que san Pablo hace exégesis de pasajes del Antiguo Testamento. El P. Le Déaut piensa, por ejemplo, que la desconcertante explicación de Dt 30:11-14 que el apóstol propone en Rm 10,6-8 se apoyaría en una glosa como la del *Targum Neophyti* a esos versículos,

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los *targumim* interpretan al traducir y que sus interpretaciones representan más de una vez un progreso teológico. La Biblia se había mantenido viva y actual para las nuevas generaciones gracias a unos procedimientos que dejan perplejo al exegeta moderno, por mucho que admire la fe que los inspiró. Los cristianos debieron servirse gustosamente de estas traducciones en sus controversias con los judíos. Quizá por ello los rabinos se desentendieron de los *targumim* a partir del siglo I y volvieron otra vez la mirada hacia el texto original hebreo, que trataron de unificar.

La traducción de los LXX tiene características semejantes a los *targumim*. Un ejemplo típico y muy conocido puede aclarar algunos puntos. Is 7,14 dice en hebreo: «He aquí que la *muchacha* ha concebido y va a dar a luz un hijo». El traductor griego escribe *virgen* donde el hebreo dice *muchacha*. El oráculo original fue pronunciado en un momento difícil para el reino de

Judá, amenazado por los ejércitos de Aram y de Israel (cf. 2Re 16,5). El profeta anuncia entonces al rey Ajaz el nacimiento de un hijo que se llamará, es decir, que será “Dios-con-nosotros”. Este nacimiento es señal de que Dios no abandona a su pueblo y de que lo librá de los ataques de los reyes que tanto asustan a Ajaz. Hacia el siglo III a.C. el traductor griego se enfrenta con el texto del oráculo y se da cuenta de que el anuncio de Isaías se ha cumplido de una manera imperfecta con el nacimiento de un vástago real. Pero el reino de Judá desaparecerá algunos siglos después de pronunciado el oráculo. El traductor piensa entonces que la profecía en realidad debe referirse a otro nacimiento futuro y milagroso, el del verdadero Dios-con-nosotros. Para significar su convencimiento recurre adrede al cambio de *muchacha* por *virgen*. El traductor es honrado: ha creído ser fiel al pensamiento profundo de Isaías. Una traducción literal hubiera falseado el verdadero alcance del oráculo.

Dos o tres siglos más tarde *Mateo* debe explicar a sus lectores que Jesús es quien salva al pueblo de los pecados. El evangelista sabe que la concepción de Jesús fue milagrosa y que toda su vida demostró ser él el verdadero Dios-con-nosotros. En presencia de estos hechos, el evangelista descubre el sentido más hondo del texto de Isaías en la traducción griega que tiene delante y sin ningún empacho lo refiere a Jesús: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta: la *virgen* concebirá y dará a luz un hijo” (Mt 1,23ss).

Importa llamar la atención sobre dos cosas:

- Nuevos hechos han llevado a comprender de manera nueva los viejos textos. Esta manera de entenderlos es coherente con lo que dicen, pero sin el nuevo acontecimiento, jamás hubiera podido el intérprete alcanzar su sentido profundo.

- Recíprocamente el oráculo profético permite al intérprete cristiano explicar a sus lectores, familiarizados con el Antiguo Testamento, el verdadero significado del hecho que les relata. Así la concepción virginal y la vida de Jesús son el motivo por el que Mateo entiende cristológicamente las palabras de Isaías. Éstas, a su vez, permiten al evangelista hacer creíble a sus lectores el misterio de esa concepción y de esa vida.

#### 6.4. EL ANTIGUO TESTAMENTO LEÍDO POR LOS AUTORES DEL NUEVO

En los párrafos anteriores se ha hecho ya un par de alusiones a la interpretación que los autores del Nuevo Testamento hacen del Antiguo. Lo dicho quería sugerir que más de una vez esa exégesis se sitúa en la línea tradicional de la exégesis judía.

Esto no es todo. Apóstoles y evangelistas tienen una vigorosa personalidad literaria y teológica. No se enfrentan cándidamente ni con los hechos ni con las profecías. Tampoco son unos dóciles discípulos de los maestros rabínicos. Es apasionante el estudio de la hermenéutica que practican estos hombres fundadores de la Iglesia.

#### **San Pablo**

El apóstol respeta sinceramente al Antiguo Testamento. Sabe que el Señor inaugura la nueva alianza según las Escrituras hebreas (cf. 1Co 11,25; 15,3). La convicción fundamental de Pablo es que el Antiguo Testamento existe en función de Cristo, “pues el fin de la Ley es Cristo, para justificación de todo creyente” (Rm 10,4). Esta interpretación cristológica de los viejos textos le lleva a distinguir en ellos la *letra* y el *espíritu* (cf. 2Co 3,6; Rm 2,29; 7,6):



- la *letra* es el sentido que se descubre en los textos al leerlos desde la perspectiva del judaísmo, desde una concepción no cristiana de las intervenciones de Dios en el tiempo, es decir, desde la escatología;
- El *espíritu* es el sentido que se descubre en el Antiguo Testamento cuando se lo refiere a Cristo. Este sentido sólo es accesible con las luces de la fe y bajo el soplo del Espíritu, que ha depositado en los textos una significación profunda ligada al desarrollo último de la revelación.

“La Ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo” (Ga 3,24). La Ley ha sido abolida como institución, pero guarda un valor para el lector cristiano. Ese valor se descubre interpretándola y esto requiere el uso de una metodología adecuada. Los comentaristas de san Pablo han encontrado técnicas rabínicas en sus epístolas y, sobre todo, un principio hermenéutico que da la clave para descifrar lo que el Antiguo Testamento dice hoy al cristiano: ese principio es la *tipología*.

*Typos* (figura o esbozo) es ya un término técnico en 1Co 10,6 y en Rm 5,14 (cf. la excelente nota de la BJ a 1Co 10,6). Un *typos* es un personaje (Adán) o un acontecimiento (el éxodo) que desde épocas remotas anunciaba oscuramente lo que había de acontecer en la plenitud de los tiempos. La tipología supone una doble persuasión: 1) que la historia anterior a Cristo es preparación y anuncio; 2) que en esa historia Dios tiene intenciones salvíficas y maneras de actuar que se repiten a lo largo del tiempo. El ver esta *constante* en un acontecimiento crítico, decisivo, de la magnitud de la vida de Cristo, permite descubrirla mejor en otros acontecimientos críticos, anteriores y preparatorios, tales como el pecado de Adán, la fe de Abraham, la entrega de la Ley a Moisés. Estos hechos, a su vez, permiten explicar de manera inteligible el misterio profundo de Jesucristo. Es muy interesante analizar algunos textos como 2Co 3,14-16 y Ga 3,16.

## La carta a los Hebreos

La misma convicción de que Cristo es el centro de la Escritura está expresada en la carta a los *Hebreos* con técnicas y terminologías bien diversas. El autor parte de que Cristo es *typos*, en el sentido de causa ejemplar, de las realidades del Antiguo Testamento (cf. 8,5). Es decir, Cristo, anterior al mundo y a la Ley, es el modelo conforme al cual ordenó Dios a Moisés organizar la vida litúrgica del pueblo. Por eso es posible hacer una cristología a partir de determinados personajes e instituciones, como Melquisedec y los sacrificios de expiación. El autor de la epístola descubre así en la lectura del Antiguo Testamento la naturaleza de la nueva economía de la salvación y un acabado retrato del Señor como sacerdote supremo y definitivo. Esta exégesis supone conocido a Cristo de antemano en su realidad terrena, pero resulta curioso observar cómo el autor nunca confronta los textos del Antiguo Testamento con los relatos de su vida en los evangelios.

Sobre el valor típico del Antiguo Testamento tiene Pascal unas bellas palabras, con las que termina Bonsirven su libro *Exégese rabbinique et exégese paulinienne*: “Todos esos sacrificios y ceremonias eran, pues, figuras o tonterías. Ahora bien, había cosas claras, demasiado altas para estimarlas como tonterías”.

## Los evangelistas y la Iglesia primitiva

Conviene distinguir en los evangelios los versículos que recogen las palabras atribuidas a Jesús mismo, de aquellos versículos que son claramente redaccionales, tales como comentarios o reflexiones del evangelista. En este párrafo se tienen en cuenta unos pocos versículos redaccionales de los evangelios y algunos textos de los *Hechos de los Apóstoles* que corresponden a estadios muy primitivos de la predicación cristiana. El uso que en esos lugares se hace del Antiguo Testamento puede ser literario y apologético.

- ***Uso literario del Antiguo Testamento***

Desde el punto de vista literario el Nuevo Testamento supone el Antiguo. Aquél no puede ser bien entendido sin éste. Los evangelistas no podían tener como telón de fondo la cultura griega.

Apóstoles y evangelistas expresarán sus convicciones y vivencias religiosas con el lenguaje mismo del Antiguo Testamento, de preferencia según la traducción griega, porque en ese idioma escriben siempre y predicán habitualmente. Es, pues, normal que en el Nuevo Testamento se encuentren muchas citas y reminiscencias literarias de la LXX. Es muy significativo el uso que hacen de términos veterotestamentarios tales como Dios, Señor, Sabiduría y Espíritu. Al emplearlos les dan un alcance nuevo que, sin embargo, sólo es inteligible teniendo en cuenta su acepción antigua.

Los apóstoles carecen de conocimientos filosóficos. Los tecnicismos con que hoy se expresa el misterio de la Santísima Trinidad -naturaleza, esencia, persona- no son términos bíblicos y no han sido clarificados hasta fines del siglo IV. ¿Cómo hablar de la divinidad de Jesucristo o del Espíritu Santo sin caer en el triteísmo? Si los evangelistas dicen que Jesús es Dios, sin más, los oyentes entienden que el único Dios se ha encarnado. entonces o bien Padre e Hijo se funden en una sola persona o bien Padre e Hijo son dos dioses. Para salir al paso de esta dificultad los autores del Nuevo Testamento suelen llamar al Padre *Dios* o *el Dios* (que traduce de ordinario el término griego *Theos*), y llaman a Jesucristo *el Señor* (que traduce el término griego *Kyrios*). Se confiesa así la divinidad del Hijo distinguiéndolo del Padre (cf. 1Co 8, 6).

Las secciones más recientes del Antiguo Testamento hablan de la Sabiduría en términos que dejan la duda de si se trata de

un atributo divino o de una persona propiamente dicha, que participa de la naturaleza divina: clama por las calles, de ella es la inteligencia y la fuerza, fue moldeada desde la eternidad... (cf. Pr 1,20-23; 8,1-9, 6; Sir 1,1-20; 24; Sb 6-9; cf. nota de la BJ a Pr 8,22). En el Nuevo Testamento Jesús es designado como Sabiduría y Sabiduría de Dios (Mt 11,19; Lc 11,49; 1Co 1,24-30; Col 1,16ss; 1Co 10,4). El lector del Nuevo Testamento familiarizado con el Antiguo queda sorprendido. Entonces ¿el hombre crucificado en Jerusalén es la Sabiduría de que hablan los libros sagrados? Aquella divina Sabiduría anterior a las obras más antiguas de Dios no es, pues, una personificación literaria, sino una persona real y concreta: Jesús de Nazaret (cf. Jn 1,1-3). O mejor: Jesús de Nazaret es aquella misma Sabiduría, con los atributos correspondientes.

Igual procedimiento siguen para hablar del Paráclito. El Espíritu del Señor está ya presente en la creación del mundo y juega un papel primordial en la historia de la salvación. Sin embargo, en el Antiguo Testamento no se ve claro que sea una persona. Parecería más bien una manifestación de la fuerza de Dios. Más adelante, los autores del Nuevo Testamento, sobre todo *Lucas* y *Juan*, lo presentan como una verdadera persona. Así esta persona quedará dibujada de golpe con los rasgos divinos que el Espíritu del Señor tenía en el Antiguo Testamento. Los textos son muy numerosos; cf. las notas de la BJ a los versículos siguientes: Gn 1,2; Is 11,2; Ez 36,27; Je 3,10; Sb 7,22; Lc 4,1; Jn 1,33; 14,16; 14,26; Hch 1,8; Rm 5,5; 1Co 12,1.

- ***Uso apologético o profético***

Para la Iglesia primitiva, como para Jesús, la *Escritura* son los libros del Antiguo Testamento. La emplean para la instrucción moral, en la controversia con los judíos y en la liturgia, donde los salmos cobran una nueva significación referidos a Cristo (cf. Hch 4,24-30). Apóstoles y evangelistas argumentan a partir

de citas bíblicas, mostrando así cómo en Cristo se cumplen las profecías relativas al Mesías y a los tiempos mesiánicos.

Esto se ve claro en *Mateo*, que recurre con frecuencia a la fórmula “a fin de que se cumpla el oráculo que dice” (cf. Mt 2,15.17; 4,14; 8.17; 12,17; 13,35; 21,4 etc.). Esta estructura en la argumentación es muy frecuente en los discursos de *Hechos* dirigidos a los judíos. Cf. Hch 2,14-36, primer discurso de Pedro después de Pentecostés, y 13,16-41, discurso modelo de Pablo a cristianos helenistas de Antioquía.

Los autores del Nuevo Testamento están convencidos, como los israelitas de su época, de que la Biblia encierra una enseñanza valedera para todos los tiempos. Además, creen que existe una armonía profunda entre las obras de Dios antes de Cristo y las obras de Dios en Cristo. Por eso citan con aplomo pasajes del Antiguo Testamento en los que descubren una constante del gobierno divino que se aplica en las presentes circunstancias. Los personajes y los acontecimientos de la historia judía llegan a ser, sin que se ponga en duda su existencia, la figura (*typos*) de realidades espirituales futuras. Así el pueblo israelita es visto como figura de Cristo, al que se aplica lo que está escrito de ese pueblo (Mt 2,15, cita Os 11,1); el retorno de la cautividad, del que ya era figura el éxodo, se convierte a su vez en figura de los tiempos mesiánicos (Mt 3,3 = Is 40,3; Mt 11,10 = Mal 3,1, que a su vez se refiere a Ex 23,20), Las profecías sobre el “resto” de Israel valen literalmente de Cristo y de la Iglesia, porque éstos son el auténtico “resto”, el germen del nuevo Israel, pueblo de la nueva y eterna alianza (cf. la nota de la BJ a Is 4,3). Recuérdese el ejemplo característico de Is 7,14, citado por Mt 1, 23, ya explicado. Una vez más se verifica que:

1. los nuevos hechos permiten descubrir en los antiguos textos las constantes que rigen las relaciones de Dios con los hombres: juicio y redención;

2. aquellos textos, por su parte, permiten comprender y expresar el alcance de estos hechos.

Esto es *esencial*: los autores inspirados *parten* no de palabras o de ideas que ilustran con ejemplos ficticios, sino de *acontecimientos históricos* de los que han sido testigos, acontecimientos cuyo sentido se descubre al ponerlos en relación con otros acontecimientos anteriores conocidos por la Biblia.

### Testimonia

Algunos de los primeros misioneros cristianos, quizá muchos y desde luego independientes entre sí, parecen haber empleado con particular insistencia los mismos textos veterotestamentarios para explicar a sus oyentes el sentido de los hechos concernientes a Jesús. Cuando al menos dos autores del Nuevo Testamento realmente independientes uno del otro comentan ciertamente el mismo pasaje del Antiguo Testamento, se puede afirmar que ese pasaje era uno de los *testimonia*.

¿Circulaban antologías de tales *testimonia* o se transmitían sólo por enseñanza oral? Hasta ahora no se ha encontrado ninguna antología. Sin embargo, la existencia de *testimonia* puede deducirse con certeza. Charles H. Dodd ha encontrado al menos quince *testimonia* en el Nuevo Testamento (*According to the Scriptures*. Welwyn 1952):

- *Sal* 2,7; 8,5; 110,1; 118,22ss.
- *Is* 6,9ss; 40,3-5; 8,14; 53,1, 61,1ss.
- *Gn* 12,3.
- *Jr* 31,31-34.
- *Jl* 3,1-5.
- *Za* 9,9.

- *Ha 2,3 ss.*
- *Dt 18, 15.19.*

El examen de estas citas arroja resultados coherentes con lo dicho hasta ahora. Los autores del Nuevo Testamento interpretan al Antiguo en la misma línea que sus predecesores judíos. Parten del convencimiento de que Dios se ha impuesto un plan constante de comportamiento inspirado por la misericordia. La intervención suprema de Dios ha sido la muerte y resurrección de Jesucristo, que representa el juicio definitivo y la redención del mundo. Este acontecimiento proyecta una luz intensa que permite descubrir el sentido de la historia pasada y futura tanto del pueblo de Dios como de todo el género humano.

El Antiguo Testamento ya no pertenece a sus autores. Poco importa lo que éstos hayan querido decir explícitamente. Su obra adquiere nuevas dimensiones en presencia de los acontecimientos posteriores. Los evangelistas y Pablo hacen una exégesis de la Ley y los Profetas discutible a veces y hasta arbitraria en algunos casos, pero en sustancia coherente, flexible y apoyada en una visión profunda del sentido de la historia religiosa de la humanidad.

## 6.5. LA TEOLOGÍA DEL NUEVO TESTAMENTO

La teología del Nuevo Testamento puede contener un elemento helenístico importante, pero su estructura fundamental no es helenística. Esta teología se funda en una hermenéutica cristiana de la Escritura, precisamente porque su clave son estos mismos gestos y palabras, cuyos testigos han sido los apóstoles. La Iglesia desde sus orígenes ha seguido las huellas de María: recordar los acontecimientos y darles vueltas en el corazón comparándolos con los antiguos textos inspirados (cf. Lc 2, 19.51).

Haber visto en Jesucristo el punto donde concurren y se armonizan las profecías aparentemente inconexas sobre el hijo del hombre, sobre el siervo sufriente del Señor, sobre el pastor de Israel y sobre el pueblo de Dios, caído y vuelto a la vida, es una obra maestra de agudeza interpretativa. El resplandor de la resurrección lo ha ordenado y aclarado todo. Todo se *cumple* en Jesús.

Pero ¿quién ha sido el genio que ha encontrado esta clave? No ha sido ninguno de los tres grandes pensadores conocidos que en los orígenes de la Iglesia tuvieron un auténtico poder creador: Juan, Pablo y el autor de la carta a los Hebreos ¿Ha sido un personaje de segunda fila, cuyo nombre cayó en el olvido? Una personalidad de esa talla deja un surco indeleble. Sólo queda una explicación aceptable: esta personalidad es Jesús.

### **Jesús**

La única explicación adecuada del fenómeno cristiano es Cristo. Es verdad que no todas las palabras que en los evangelios aparecen puestas en boca de Jesús han sido pronunciadas literalmente por él mismo. En todo caso conviene tener presente que:

- Muchas de esas palabras son auténticas (ahora es imposible entrar a discutir cuáles lo son con seguridad y cuáles no).
- Todas las palabras puestas en boca de Jesús son coherentes y muestran una profunda unidad de pensamiento.
- Los evangelistas transmiten los dichos del Señor junto con una primera interpretación de ellos. Pero eso es precisamente hacer trabajo de historiador: seleccionar los acontecimientos y discursos verdaderamente importantes.



Son entes históricos los acontecimientos que se explican por sus antecedentes y abren caminos hacia el futuro.

- La exégesis armónica que todos los autores del Nuevo Testamento hacen del Antiguo sólo se explica si Jesús mismo ha sido el inspirador. El Señor en persona “explicó, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, lo que había escrito sobre él en todas las Escrituras” (cf. Lc 24, 27).

Jesús siente por la Escritura el mismo respeto que sus contemporáneos y argumenta con frecuencia a partir de ella. Sin embargo, su exégesis es muy distinta de la de los rabinos en el espíritu y en los detalles, aunque alguna vez, discutiendo con ellos, recurra a sus mismos métodos (cf. Jn 10,34-36).

Es de destacar como una novedad radical el que Jesús da a los oráculos proféticos una *interpretación personalizada*. No se contenta con afirmar que el reinado de Dios está cerca, sino que lo señala con el dedo: está aquí. Y refiere las profecías a su propia persona desde su primer sermón (Lc 4,21 ss) hasta el momento de instituir el sacrificio de la nueva alianza en la última cena (Mc 14,24; cf. Lc 7,22; Mc 14, 61ss). En Jesús se realiza la suprema y definitiva actualización de la Escritura. El concilio Vaticano II resume así la coherencia entre ambos Testamentos:

“Aunque Cristo estableció el Nuevo Testamento en su sangre, con todo, los libros del Antiguo Testamento fueron incorporados íntegros al mensaje evangélico, adquieren y manifiestan su significación completa en el Nuevo Testamento y a su vez lo iluminan y explican” (DV 16).

## Los autores del Nuevo Testamento como exegetas

La exégesis que de sus fuentes hacen los autores de los libros de Nuevo Testamento ofrece un modelo válido. Ellos comparan hechos *recientes con textos* o, más exactamente, con otros hechos contados e interpretados por esos textos. Ese es el camino a seguir para actualizar la palabra de Dios en cada hoy de la historia. La Sagrada Escritura juzga a la historia y no al revés. Los acontecimientos que se suceden o la praxis sociopolítica no son una nueva palabra de Dios superior a la de Cristo y de la Iglesia apostólica.

### 6.6. LA ACTUALIZACIÓN DE LA BIBLIA EN CADA HOY DE LA HISTORIA

#### Progreso teológico

En la revelación en general y en la Biblia en particular hay un *progreso teológico* evidente. Los temas apuntan, maduran, se matizan. Hay diversos niveles de claridad al hablar, por ejemplo, de la divinidad de Jesucristo. Es notable la diferencia entre los primeros sermones de Pedro en *Hechos* y la grandiosa visión cósmica de Cristo en la carta a los *Efesios*.

Esto no autoriza a prescindir hoy de la Biblia como si representara una cota ya superada de la reflexión sobre el misterio cristiano. El método histórico-crítico tiene sólo una función preparatoria cuyo fin es la comprensión del texto inspirado y no su descuartizamiento. Tratar de averiguar el autor de un libro, la fecha en que escribió y los influjos culturales que sufrió, buscar los documentos de base y rastrear la historia de la redacción definitiva, todo eso son tareas indispensables. Pero eso es sólo una etapa previa para llegar a entender mejor el mensaje del texto mismo. Es éste lo que interesa. No puede reducirse el

valor de la Biblia al de sus fuentes, por el hecho de que éstas son más antiguas. El análisis literario de cualquier texto, en particular el análisis de su estructura gramatical y lógica, prueba que las unidades literarias anteriores tienen una significación nueva cuando se las saca de su conjunto primero para ser incorporadas a un nuevo conjunto por un autor consciente de lo que hace. El estudio diacrónico de los textos se completa con el estudio sincrónico. La Biblia no necesita que un ángel se tome la molestia de bajar desde el cielo para revelar a un buen ciudadano norteamericano lo que faltaba a la revelación divina.

Sin poner en duda que la formación de la Escritura ha recorrido un largo camino hasta llegar a ser lo que hoy es, Pablo VI subrayó el valor perenne de la Escritura para la Iglesia diciendo:

“Es justo decir que si la Palabra de Dios ha convocado y engendrado a la Iglesia, también ha sido la Iglesia quien ha sido de alguna manera la matriz de las Escrituras Santas; esta Iglesia que ha expresado o reconocido en ellas, para todas las generaciones futuras, su fe, su esperanza, su regla de vida en este inundo” (Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica. *L'Osservatore Romano* 15 de marzo de 1974. Cf. DV 21).

### **Leer y entender la Biblia**

La Biblia no es un libro esotérico. Sus autores, inspirados por Dios, han escrito para recordar a todo un pueblo los hitos fundamentales de su historia, los que definen su identidad y su proyección hacia el futuro. Esto vale también para la Iglesia hoy. La Iglesia ha recibido la Biblia como un tesoro al que debe tener acceso todo el mundo, un libro que debe ser leído y vivido por toda clase de personas, aun las más sencillas, no sólo por un selecto grupo de intelectuales.

Ahora bien, la Biblia ha sido escrita en unos idiomas que ya nadie habla desde hace siglos y en el contexto de unas culturas distintas a las del hombre moderno. La Iglesia tiene la misión de ser el intérprete que, con buenas traducciones y explicaciones claras, hace accesible hoy la lectura de la Biblia a unos hombres y mujeres de culturas muy diversas. En definitiva, intérprete que debe actualizar la Biblia permaneciendo fiel a lo que ella dice. Sobre la actualización es interesante lo que dice la *IBI* IV, A: su posibilidad, su necesidad, métodos y límites. La actualización no significa la manipulación del texto y presupone una exégesis correcta, que determine su sentido literal.

### **Entender las palabras**

El traductor es quien reemplaza unas palabras escritas un idioma extraño para el lector por otras que le son familiares. El traductor pone en español lo que está originalmente escrito en hebreo o en griego. Las palabras ahora comprensibles, aunque sean fieles al idioma original, pueden tener sentidos análogos, sí, pero en definitiva distintos según el contexto en que estén. Algunos ejemplos:

- El término griego *basileia* puede traducirse al castellano por *reino* y por *reinado*. No es lo mismo “el reino de España” que “el reinado de D. Juan Carlos I” ¿Qué significa pues la expresión “el reino de Dios está cerca” (Mc 1,15 y Lc 4,43)? Tal vez fuera la mejor traducción “está a punto de comenzar el reinado de Dios”. ¿Pero “reino” o “reinado de Dios” significaba para Juan Bautista lo mismo que para Jesús; o para san Pablo después de la resurrección de Jesús (1Co 4,20)?
- Otra palabra difícil es *sarx*. El diccionario dice que se traduce por *carne* ¿Pero qué significa para el lector las 147 veces que *sarx* aparece en el Nuevo Testamento? He aquí

algunos textos sorprendentes traducidos literalmente: “la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14). “El que come mi carne tiene vida eterna” (Jn 6,54). “La carne para nada sirve” (Jn 6,63). “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rm 8,8). “Si ustedes viven según la carne van a morir” (Rm 8,12). *Sarx* no significa en todos estos versículos ni la sexualidad, ni el pecado. Algunos traductores optan por traducir *sarx* por “carne”, pero el resultado es desconcertante (*Biblia de Jerusalén*). Otros buscan expresiones como “las inclinaciones de la naturaleza débil” (*Biblia de oración- Dios habla hoy*) o “apetitos” (*Biblia de América*).

- El término *porneía*, que procede de *porné*, prostituta, tiene también significados diferentes. En Mt 5,32 puede significar *adulterio*, o alguna de las uniones tenidas por incestuosas en Lv 18,6-21 (cf. Hch 15,29). En Ga 5,19 puede significar cualquier forma de libertinaje. En Ap, sin embargo, *porneía* significa *idolatría*, conforme a la tradición que se remonta a Oseas, profeta del s. VIII a.C, quien ve al Señor como esposo de Israel. Según esta tradición la idolatría es un adulterio (Cf. Ap 9,21, 14,8, 18,3; Os 2,4-25, Jr 2, Ez 16).

Para comprender bien el sentido de las palabras son útiles los “vocabularios” que incluyen algunas traducciones de la Biblia. Sigue siendo muy útil el *Vocabulario de Teología Bíblica*, publicado bajo la dirección de Xavier Léon-Dufour hace más de 50 años. También ayudan las “Concordancias”. Tienen el defecto inevitable de que los términos castellanos no siempre traducen una sola palabra griega o hebrea, y el mismo término griego o hebreo puede ser traducido por distintas palabras en español.

Los pocos ejemplos aducidos anteriormente, que pueden multiplicarse, plantean el tema de las traducciones. Hay muchas y buenas ¿Cuál elegir? Unas prefieren traducir al pie de la letra,

aunque el texto resulte casi ininteligible, como en la realidad es el texto original para los exegetas. Otras optan por entregar un texto lo más cercano posible al idioma del lector, para que lo entienda mejor, aunque se corra el riesgo de interpretarlo erróneamente. Hay traducciones con muchas notas eruditas, otras con notas más explicativas. No hay traducción perfecta, pero es imposible prescindir de ellas. Aquí también opera el misterio de la encarnación de las palabras de Dios en palabras humanas. El lenguaje humano tiene las mismas ambigüedades y dificultades cuando se trata de traducir la Biblia que cuando se trata de traducir a Platón.

El Código de Derecho Canónico de 1917, c. 1391, obligaba a que las traducciones de la Biblia a las lenguas vernáculas tuvieran la aprobación de la Santa Sede o el beneplácito de los obispos. Esas traducciones debían ir además acompañadas de “notas sacadas principalmente de los Santos Padres de la Iglesia y de escritores doctos y católicos”.

Las traducciones preparadas por los protestantes siempre carecieron de notas. No querían forzar la interpretación del texto. Dejaban al Espíritu Santo en libertad para sugerir a cada lector el sentido de lo que estaba leyendo. Ahora las cosas han cambiado. Hay ya alguna excelente traducción al español, como la de estudio o de oración, hecha por las Sociedades Bíblicas Unidas, con atinadas notas históricas y literarias y hasta sugerencias para orar con ella.

También han cambiado las cosas en el campo católico. Pío XII en 1943 exhortaba a los fieles a leer diariamente la Biblia y pedía que se hicieran nuevas traducciones a partir de los idiomas originales, no de la versión latina llamada Vulgata, como era habitual hasta entonces. El Vaticano II, *DV 22*, invita a hacer traducciones con los “hermanos separados”, que “podrán ser usadas por todos los cristianos”.

## El autor y su obra

Cada escritor quiere contar en su obra algo que no es él mismo. Habitualmente cuenta una historia real o ficticia. En cualquier caso su escrito da a conocer más que aquello de lo que habla el autor. Sin pretenderlo él revela algo de su personalidad, de sus preocupaciones, del grupo humano al que se dirige y del mundo en que se halla inserto.

Por ejemplo, la historia del reinado de David ha sido contada dos veces en la Biblia de unas maneras bien distintas. La primera versión (1Sm 16- 2Sm 24) es la de un vigoroso narrador, cercano a los hechos, entusiasta de su héroe, aunque no oculta sus pecados. Una obra maestra. La segunda versión (1Cr 11-29) es la de un piadoso sacerdote que escribe probablemente a fines del s. IV a.C, más preocupado del templo de Jerusalén que del rey David, cuyos pecados más vergonzosos parece ignorar.

El profeta Isaías exhorta al rey Ezequías para que resista a Senaquerib, que asedia a Jerusalén. El rey obedece y salva de los asirios a la ciudad (Is 36-37). Siglo y medio más tarde otro gran profeta, Jeremías, aconseja al rey Sedecías lo contrario: que se rinda a Nabucodonosor. El rey no escucha al profeta y Jerusalén con su templo es arrasada por los caldeos (Jr 37-39). La historia de ambos profetas no puede ser actualizada sin mucha cautela para decidir si continuar una guerra o rendirse.

Lo mismo vale para el Nuevo Testamento. La actitud de Jesús ante la Ley de Moisés es distinta en *Mateo* y en *Juan*, porque ambos evangelistas viven momentos distintos en comunidades distintas. *Mt* es un evangelio escrito teniendo en cuenta que se dirige a una comunidad donde los cristianos de origen judíos son numerosos y estiman todavía vigente la Ley de Moisés. La comunidad juánica, por su parte, ha pasado por muchos avatares antes de la redacción definitiva del evangelio a fines

del s. I, en la que esas vicisitudes han dejado su huella. Para entonces se ha consumado ya la ruptura definitiva con la sinagoga, ha muerto el discípulo amado y han abandonado la Iglesia algunos cristianos de origen griego, quizá numerosos, cuyo espiritualismo exagerado les empujó a negar que Jesús “ha venido en carne”. Aquí la Ley de Moisés es “vuestra Ley”, “la Ley de ellos”, la de los judíos adversarios de Jesús, no de sus discípulos (Jn 10,34, 15,25).

Los evangelistas se han informado en fuentes distintas, escriben para comunidades diferentes, cada una con sus problemas específicos, con distinta proporción de cristianos de origen judío o helénico. El que sean cuatro evangelistas es una riqueza que permite ver la figura de Jesús desde varios puntos de vista, con resultados coherentes. Este cuádruple y único Evangelio tiene el inconveniente de que, al no estar sus autores totalmente de acuerdo entre sí en detalles a veces importantes, los evangelios plantean problemas a la crítica histórica ¿Hasta qué punto ha ocurrido todo lo que dicen los evangelistas tal y como ellos lo relatan?

### **La clave fundamental de la hermenéutica bíblica: Jesús resucitó**

Para los cristianos la clave hermenéutica del Antiguo Testamento es su *cumplimiento* en Jesús. “Hoy se ha cumplido ante ustedes esta profecía” (Lc 4:20; cf. Mc 1:14, Mt 26,54, Lc 24,27, Jn 17,12, 19,36, Hch 1,16, 13,27, etc.). Vale la pena leer VD 40-41: *Relación entre Antiguo y Nuevo Testamento*.

La clave hermenéutica de los evangelios y del resto del Nuevo Testamento, lo que permite comprenderlos adecuadamente, es la resurrección de Jesús o, mejor, el que Jesús ha resucitado. Los milagros, incluida la reanimación de Lázaro, no tienen valor en sí mismos, porque ni son muy frecuentes ni se repiten en la



Iglesia. A lo sumo probarían la bondad y el poder de un hombre extraordinario, cuya desaparición es lamentable. El valor de los milagros radica en el ser *signos* del poder y del amor de Jesús, que se manifestaron en su vida terrena y en su muerte, y que ahora, resucitado, ejerce de una manera nueva y más eficaz, sin límites de espacio ni de tiempo. La convicción de que Cristo resucitó y vive en su Iglesia permitirá a ésta comprender la importancia de la vida terrena de Jesús y ver en el hecho de la resurrección el más firme motivo para resolver los problemas de su existencia hasta que el Señor vuelva al fin de los tiempos. Sin fe en la resurrección de Jesús jamás hubiera sido escrito el Nuevo Testamento.

*Lucas y Juan escribieron para que los lectores de sus evangelios creyeran, y creyendo tuvieran vida eterna (Jn 20,30, cf. Lc 1:4) pero escribieron antes que nada porque ellos mismos fueron los primeros en creer. No escribieron para propagar una nueva filosofía mediante el relato de una historia inventada. La fe de los apóstoles y de los evangelistas se apoyaba en un hecho histórico irrefutable: Jesús de Nazaret vivió, reunió discípulos, fue crucificado, muerto y sepultado bajo el poder de Poncio Pilato. Curiosamente el inteligente y cobarde procurador romano que condenó a Jesús, se convirtió en un pilar fundamental de la fe de la Iglesia. El nombre de Poncio Pilato es pronunciado millones de veces cada semana, cuando los cristianos recitan el Credo. Se nombra a Pilato, no a Abrahán ni a Moisés, no a Pedro ni a Pablo (cf. Hch 13,13.18, 1Tm 6,13).*

Le fe no parte de especulaciones que se traducen y expresan en unos relatos ficticios, sino que parten de hechos que se interpretan gracias a una luz que viene de Dios. La primitiva comunidad cristiana no creó la figura de Jesús hijo de Dios. Fue Jesús antes y después de su muerte en cruz, quien dio vida y estructura a esa comunidad.

El intérprete de la Biblia puede no tener fe, pero para ser un buen intérprete debe tener en cuenta que la fe de los autores sagrados es un hecho tan real e histórico como el de la existencia de Poncio Pilato.

### **Actualizar ahora los textos de la Biblia**

Todo lo dicho hasta ahora se refiere más a la correcta interpretación de la Biblia que a su actualización. En realidad, la hermenéutica es un paso previo para que la Biblia llegue a iluminar la vida concreta de sus lectores. El Papa Benedicto XVI cita unas palabras del cardenal Ratzinger:

“En el trabajo de interpretación, los exegetas católicos no deben olvidar que lo que interpretan es la Palabra de Dios. Su tarea no termina con la distinción de las fuentes, con la definición de las formas o la explicación de los procedimientos literarios. La meta de su trabajo se alcanza cuando aclaran el significado del texto bíblico como Palabra actual de Dios” (VD 33, citando la *IBI* III, C,1).

Actualizar la Biblia significa, en primer lugar, comprender bien lo que sucede actualmente. Después, averiguar lo que realmente dice la Biblia. Finalmente, comparar los resultados. Se trata de interrogar al texto con una preocupación concreta despertada por la vida, y dejarse luego interpelar, juzgar e iluminar por la palabra inspirada bien comprendida. O bien interpretar un texto dado lo mejor posible y en vista del resultado preguntarse: ¿qué me dice este texto hoy, ahora? La primera actitud corresponde al teólogo que busca lo que dice la Biblia de un tema específico, por ejemplo el de la obediencia a las autoridades civiles o el del celibato sacerdotal. La segunda corresponde a la del predicador que debe hacer vivo y relevante para su auditorio el texto que le impone la liturgia del día. La *IBC* IV.A.2 da algunos ejemplos:

“Gracias a la actualización, la Biblia ilumina múltiples problemas actuales, por ejemplo: la cuestión de los ministerios, la dimensión comunitaria de la Iglesia, la opción preferencial por los pobres, la teología de la liberación, la condición de la mujer. La actualización puede estar también atenta a los valores cada vez más reconocidos por la conciencia moderna, como los derechos de la persona, la protección de la vida humana, la preservación de la naturaleza, la aspiración a la paz universal”.

El recurso a la Biblia exige una actitud modesta. Ningún hombre llegará nunca a tener un perfecto conocimiento simultáneo de la realidad presente y de la Biblia. Por desgracia o por suerte las urgencias del diario vivir no permiten que uno aguarde a ser un consumado sociólogo y, a la vez, un docto exegeta para interrogar a la Escritura. Por ello la actualización de la Biblia debe hacerse con la humildad de quien es consciente de las propias grandes limitaciones. La humildad no es escepticismo ni duda perpetua. Ella permite una razonable certeza, pero abomina de la testarudez y del inmovilismo.

La única solución que existe para quien desea acercar la Biblia al hombre de hoy es estudiar y orar.

El sentido de la Escritura se descubre cada vez más a quien ora con ella y la estudia con el rigor que permiten las técnicas de la hermenéutica hoy vigentes y los instrumentos al alcance de la mano en las circunstancias concretas de cada uno, tales como las introducciones colocadas en los mismos ejemplares de la Biblia, los comentarios de extensión muy variada, monografías, manuales, diccionarios. La exégesis y la teología bíblica reservan a sus cultivadores verdaderos torrentes de luz que se proyecta irresistible sobre las realidades mundanas aparentemente más extrañas al evangelio. El sentido literal de los textos bíblicos contiene riquezas que no llevan traza de agotarse.

El Espíritu Santo no es amigo de los perezosos. La Biblia se comprende tanto más cuanto mejor se conoce la Tradición viva de la Iglesia, es decir, la historia de la misma Iglesia y del dogma, la liturgia y las enseñanzas del Magisterio. Tarea inacabable. De la oración vendrán, junto a la fuerza para trabajar con gusto, esas luces inesperadas que de repente iluminan un texto y llenan de gozo el corazón de quienes estudian y meditan la palabra de Dios.

El buen lector de la Biblia imita a María, la madre de Jesús, “que conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 2,51).

